



RACHEL CUSK
LAS VARIACIONES
BRADSHAW



Lectulandia

Thomas Bradshaw deja su trabajo para cuidar de su hija Alexa y se dedica a tocar el piano, una práctica que parece llenar el súbito vacío de su mediana edad. Su elección irrita tanto a sus padres como a sus suegros. En cambio, su intensa mujer, Tonie, ha aceptado un absorbente trabajo en la Universidad, apartándose así de la vida doméstica y reencontrando aspectos y modos de vida que creía perdidos.

A lo largo de un año lleno de crisis y revelaciones, asistimos a los avatares de Thomas, Tonie, sus hermanos y familiares: Howard, el mayor y más exitoso hermano y su gregaria mujer, Claudia y Leo, inseguro y casado con la lenguaraz y alcohólica Susie. Y en la cúspide la pirámide, los padres de Thomas, los viejos Bradshaw, prosiguen su erosionante y tensa vida marital.

Con una estructura que recuerda a las famosas variaciones Goldberg de Bach, Rachel Cusk recorre virtuosamente las escalas de las relaciones de los Bradshaw hasta construir una partitura hecha de azares, decisiones, errores, amores y desencuentros que dan una imagen de la vida familiar como una variación sobre un tema la infancia.

Lectulandia

Rachel Cusk

Las variaciones Bradshaw

ePub r1.0

Titivillus 25.04.2019

Rachel Cusk, 2011
Traducción: Cruz Rodríguez Juiz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

EDICIÓN CONMEMORATIVA



VI

ANIVERSARIO


epublibre

No tiene nada de extraordinario. Basta con presionar las teclas adecuadas en el momento adecuado y el instrumento toca solo.

J. S. BACH

[Bach] nos enseñó a hallar originalidad en una disciplina ya establecida; de hecho, nos enseñó a vivir.

JEAN-PAUL SARTRE

1

¿Qué es el arte? Thomas Bradshaw se plantea a menudo esta pregunta. Todavía no sabe la respuesta. Antes creía que el arte era una especie de simulación, pero ya no lo cree. Emplea la palabra «autenticidad» para describir lo que ahora piensa. Algunas cosas son artificiales y otras auténticas. Es fácil detectar cuándo una cosa es artificial. Lo contrario cuesta más.

Por las mañanas escucha música, Bach o Schubert. De pie en la cocina, en batín. Espera a que bajen su mujer y su hija. Tiene cuarenta y un años, la edad en que la vida emerge del pasado como si se desprendiera de un molde y, o es sólida, toda de una pieza, o no logra mantener la forma y se desintegra. No cuesta imaginar la desintegración. Es la solidez, la forma concreta, lo desconcertante. La desintegración no suscita preguntas relacionadas con la autenticidad, es más bien sobre la forma sólida que deben plantearse preguntas.

De hecho, suele ser la inquilina, Olga, la primera en bajar. Oye sus pasos en la escalera y no los reconoce: así es como, todos los días, la identifica, al oír sus pasos quedos, algo pesados, y preguntarse a quién diablos pertenecen. Olga agacha su cabeza oxigenada ante él, le dirige su sonrisa incierta como desde un fugaz vagón de tren. Lleva seis meses enredada en una ortodoncia excesivamente larga. Debajo de los aparatos metálicos hay unos dientes grises y desordenados. Por lo visto, de niña, su madre nunca la llevó al dentista. No por desatención, le ha dicho Olga, sino porque a ella le daba miedo ir y su madre no soportaba que la hija pasara miedo o sintiera dolor. Olga le ha contado a Thomas que está ahorrando para un puente y varias fundas. Tiene tres empleos e invierte todo el dinero en sus dientes. Se queja del gasto; en Polonia los dentistas son mucho más baratos. Allí podría completar todo el tratamiento —«¡Todo!», repite Olga, dando un manotazo seco— por lo que le cuesta aquí una visita mensual.

Estas conversaciones no captan totalmente la atención de Thomas. Cuando Thomas habla con Olga está y no está a la vez. Espera a que baje Tonie, como el jefe de estación espera el paso del tren de Londres. Las apariciones de Tonie en la cocina son breves. Como el tren, Tonie se detiene, desparrama actividad y luego parte de nuevo. Es cuestión de minutos, pero

Thomas necesita estar preparado. Oye a Olga —en cierto sentido incluso se identifica con ella, ambos habitan los andenes— pero cuando ella habla, Thomas no puede corresponderle. Se siente como encerrado tras un cristal. Se pregunta si ella se percata, si se da cuenta de que lo ve pero no puede tocarlo. Olga bebe té de una taza gigante de Garfield y come cereales, añadiéndoles leche a menudo con el recipiente de plástico que está junto al cuenco. Él mira fugazmente sus piernas desnudas, color champiñón, bajo la mesa, sus pies enfundados en zapatillas grandes y blandas. Sube un poco la música: es una ofrenda, una forma de explicación. Quiere que Olga sepa que es consciente de sus limitaciones, de su incapacidad para sacar algo en claro de sus conversaciones matinales. A veces esa incapacidad se le antoja algo inherente al tiempo, una fuerza interior, como la decadencia. Los interludios en la cocina pasan y se olvidan. Y sin embargo son siempre iguales: Thomas podría permanecer en el mismo sitio cien años y tendría más o menos la misma conversación con Olga. Por lo visto existe un número ilimitado de copias de esa conversación, que nunca lleva a ninguna parte ni evoluciona. De igual modo, nunca se agota. No guarda relación alguna con el tiempo. Quizá se deba a su falta de autenticidad.

A las siete y media Tonie baja y Olga sube. Olga trabaja de limpiadora en el hospital; su turno empieza a las ocho. Tonie coge el tren de las siete cincuenta. A Thomas le interesa constatar que la prioridad de Olga es la comida y en cambio la de Tonie es su aspecto. Tonie apura hasta el último minuto en el piso de arriba, mientras que Olga se sienta a la mesa hora y media en bata, aplicándose con la taza y el cuenco. De arriba llegan el sonido de un portazo, un grifo que se abre, las idas y venidas de Tonie. Olga se levanta y con parsimonia lleva los platos al fregadero, arrastrando las siseantes zapatillas por el suelo, y vuelve a atarse el cinturón de la bata antes de iniciar su lento ascenso hacia el dormitorio. A veces se cruza con Tonie en las escaleras y esta le dice «Hola, Olga» con una voz que es casi un susurro, muy profunda y ronca, muy exótica y distraída, como si acabara de zafarse de una situación demasiado compleja y apasionante para explicarla. «¡Hola!», replica Olga, contenta como unas castañuelas.

La escalera recorre el centro de la casa, alta y estrecha, los peldaños sin enmoquetar. Las pisadas suben y bajan por ellos como arpegios por un teclado. Para Thomas las habitaciones de arriba tienen un ambiente dulce, tintineante, lleno de luz y armonioso. La cocina, donde sigue de pie en batín, está en el sótano. Es honda y sonora: apuntala la melodía de la casa con su confirmación estática, estructural. A Tonie no le gusta estar en la cocina.

Siempre anda subiendo cosas en bandejas a las regiones superiores. Ha quitado las cortinas para que entre más luz. A veces la limpia a fondo y a conciencia, pero su sensación no cambia. Thomas, no obstante, es feliz aquí abajo. Le gusta la atmósfera de la clave de fa, fundamental, su insistencia en las necesidades. En el sótano ha comenzado a plantearse el tiempo y su relación con la autenticidad. Aquí ha descubierto una estructura subyacente, un plan. Con frecuencia no se quita el batín hasta las once o las doce. A esa hora han terminado las revelaciones de la clave de fa. Está listo para leer. Leer, lo admite, hay que hacerlo en un sofá, arriba.

Tonie come y bebe café de pie en la encimera. Sus pulseras cascabelean cuando se lleva la taza a los labios y mira el reloj. Thomas cree que la envuelve cierto aire de búsqueda, de honor. Se incorporará al tren de las siete cincuenta como el soldado se suma a la partida de su regimiento. No pensará en él en todo el día; no pensará en Alexa, ni en el sol avanzando en paneles dorados sobre el entarimado de su dormitorio, el tictac del reloj del vestíbulo, el ruido de los coches y las voces que se cuelan desde la calle y luego se desvanecen, el día que pasa por la casa, atravesando irremediabilmente su centro, sus fibras. Será valiente al no pensar en todas esas cosas, pero Thomas sabe que también obtendrá un placer rudimentario. El placer del yo; Thomas lo sabe porque él también lo ha experimentado. En otros tiempos era él quien esperaba allí, limpio, iluminada la mirada, vestido para partir, y Tonie la que se quedaba atrás para ser testigo del paso del día. ¿Llevaba bata Tonie? Thomas no está seguro. No recuerda qué aspecto tenía cuando la dejaba en casa. Tonie formaba parte de un estampado, como una figura de un tapiz, entretejida con su entorno.

Tonie mete cosas en el bolso. Dice algo, pero la música está demasiado alta y tiene que repetirlo alzando la voz. Es la *Fantasiestücke* de Schubert.

—Tengo una reunión. No volveré antes de las ocho —dice Tonie.

—Vale —dice él en voz alta—. Entendido.

Thomas va a bajar la música pero es demasiado tarde. Tonie se ha colgado el bolso del hombro y se encamina a las escaleras.

Alexa todavía duerme. Yace en la cama como una niña en un cuento de hadas. Cuando duerme es muy tierna. Desprende algo, una especie de neblina, como si al dormir apartara a un lado la solidez y adquiriera las propiedades transmutables de la luz y el líquido y el aire. Thomas no quiere pensar demasiado en la belleza de su hija. La mira pero no puede ponerle nombre a

su mirada, darle un motivo. Le gustaría que la pintara un artista. Sería más fácil mirar un cuadro de Alexa que a la propia Alexa.

Más tarde, abajo, Alexa se sienta a la mesa, muy pulcra con su uniforme. Lleva el pelo meticulosamente peinado con raya en medio y recogido en una coleta. Es muy metódica, todos los días igual.

—¿Vas a hacer la compra hoy?

Thomas musita, se frota la barbilla.

—No lo sé —contesta—. ¿Por qué? ¿Qué quieres?

—Necesito pilas.

Thomas está de pie junto a la ventana contemplando el jardín. Es septiembre. A estas alturas, el año siempre ha sido fijado, ensartado en su fondo del tiempo como una mariposa en una vitrina; septiembre es el punto de sujeción, el corazón donde se clava la aguja de la rutina. Pero este año es diferente. Casi por primera vez en la vida Thomas no ha vuelto al pie del cañón al final del verano. No se ha reincorporado al trabajo; la aguja no ha llegado a casa. Está libre o expulsado, una de dos. Alexa le está hablando:

—... para mi reloj.

—¿Qué? ¿Qué dices?

—Tienes que comprarlas del tamaño que va con mi reloj.

—¿Qué reloj?

—El despertador. Se ha parado.

Thomas suspira. Un atisbo de dolor de cabeza le recorre lentamente la frente. ¿Para qué necesita una niña de ocho años un despertador? Otra vez la aguja de la rutina buscando su señal. Ahora Alexa está de pie delante de él.

—A ver si me acuerdo —dice Thomas.

Alexa tiene algo en la mano. Lo deja en la encimera delante de él.

—Tienen que ser pilas de este tamaño —dice la niña.

—¿De dónde la has sacado?

—Es la que he sacado del reloj. Ya no funciona. Necesito dos. No te olvides, por favor.

—Puede que me olvide. Pero ya te he dicho que intentaré acordarme.

Alexa se siente frustrada. Quiere imponerle su voluntad, arrancarle una promesa. La conversación es artificial. A veces Thomas tiene conversaciones como esta con Tonie, conversaciones que son escaparates para que uno u otro muestre su determinación.

—Por favor —dice la niña.

—Lo intentaré.

Llaman al timbre. Es su amiga Georgina, alta, fuerte y responsable, de una seriedad tranquilizadora. Por las mañanas van juntas a pie al colegio, Georgina coge a Alexa del brazo para cruzar y busca ferozmente coches con la mirada, como si en cualquier momento pudieran encontrarse bajo fuego enemigo. Thomas da un beso de despedida a Alexa. Más tarde, cuando regresa, la niña no le pregunta por las pilas. Thomas se ha olvidado. Solo se acuerda cuando la acuesta.

—Las compraré mañana —dice.

Ella asiente con tristeza. Luego pregunta:

—¿Me prestas tu reloj para esta noche?

Thomas casi se enfada, pero termina sintiendo lástima. Le da pena la inanidad de la perseverancia de su hija. Le decepciona.

—De acuerdo.

—Quiero levantarme temprano.

—Puedo despertarte yo.

Ella le mira. No se fía de él.

—Prefiero el despertador.

—Muy bien.

—¿Lo pondrás a las siete?

Thomas se ríe.

—De acuerdo.

Alexa se acomoda en las almohadas, satisfecha.

—A partir de ahora voy a madrugar para desayunar con mamá —anuncia —. Lo he decidido.

Thomas tiene el corazón en un puño, como cuando la música alcanza su nota más alta, agarrándose y aferrándose para salir de su confusión hasta que llega al tope y la tuerca de las emociones gira. Thomas comprende que la confusión es necesaria puesto que de ella nace la determinación. En otras palabras, era necesario que malinterpretara a Alexa para poder entenderla. Le satisface esta idea. Abre un libro y empieza a leérselo. Lo hace todas las noches, a veces incluso durante una hora. Al principio le cohibía leer en voz alta, pero ya no. Cuando lee siente como si volara por la oscuridad alumbrado solo por la bombilla de la lámpara de la mesilla de noche de Alexa; es incorpóreo, una flecha voladora, una fuerza de narración pura. En los libros de su hija Thomas encuentra explicaciones para todo, para el amor y la supervivencia, la lucha y el placer, la felicidad y el dolor, para la fe, para la forma y el devenir de la vida misma. Lo único que nunca explican es la realidad. Thomas se tumba en la cama mientras que Alexa se sienta

primorosamente bajo las sábanas. La niña tiene los ojos castaños, pardos; a media luz parecen enriquecidos por los años, como la caoba. La belleza de sus ojos es de Thomas y no lo es. No le pertenecen a él y, no obstante, forman parte de sus posesiones. Alexa no lo mira mientras lee. Mira al vacío; está visualizando. Esa es una de las razones de la falta de inhibición de Thomas. Si Alexa lo mirara, él recuperaría al instante toda la formalidad. Así las cosas, puede soltarse. Suele llegar un punto en que empieza a sollozar. A diferencia de la mayoría de la gente que conoce, Thomas nunca ha perdido la capacidad de llorar. Lágrimas claras y abundantes ruedan silenciosamente por sus mejillas mientras lee. Los cuentos las desatan. Liberado de la realidad, llora al contemplar la vida.

Después se seca las mejillas, da un beso de buenas noches a Alexa y baja para esperar a que Tonie vuelva a casa.

2

En el tren, Tonie piensa en el sexo. Es como un viejo amigo al que no ha visto en años y con el que se topa en el andén. Viaja con él en el vagón, con su viejo amigo el sexo, con el que por alguna razón perdió el contacto más o menos por las fechas en que nació Alexa, cuando el amor parecía un problema matemático para el que, de pronto, ella había encontrado la solución.

Los otros pasajeros, en cuyos rostros canta a coro la luz del día, muestran un estado de ánimo en transición, un despliegue de accesorios: el tren cruza volando la mañana de septiembre y Tonie lo siente, nota ese elemento que es todo superficie, todo apariencia. Se siente suspicaz, casi resentida. Es como si se hubiera presentado sin invitación a algún acto y descubriera que todos sus conocidos están allí. ¡Ajá! Así que a esto es a lo que se dedica la gente mientras las mujeres cuidan de los niños en habitaciones saludables, mientras empujan cochecitos por la tarde perezosa, satisfechas porque han resuelto el problema del amor. Al resto del mundo no le importa en absoluto el amor. El resto del mundo es puro yo, tiempo presente, ni bueno ni malo, que vuela libre por el instante matinal. Y de repente a Tonie le asalta el recuerdo de cómo era sentirse viva.

De camino a casa se topa otra vez con él.

Lleva un mes en el empleo nuevo, en el tren de la tarde, el ánimo reflexivo. La oscuridad se precipita en las ventanillas y fotografías amarillas en el cristal, como las imágenes constantes que una luz emite desde un río negro de película. ¿Qué ha estado haciendo todo este tiempo? Esa es la cuestión, tras una ausencia de ocho años. A intervalos, su marido se ha vuelto hacia ella en la cama y le ha planteado preguntas con el cuerpo: ¿todavía me amas? ¿Todo va bien? Y ella ha accedido, siempre que ha sido capaz, porque no quería preocuparlo con su extraño aturdimiento, con su indiferencia. ¿Qué más? Dar, cuidar, ver, recordar, sentir, pero no participar —participar de verdad—. Ha sido como leer un gran libro, con la vida representada con toda su plenitud y belleza pero la sustancia en suspenso. Toda su capacidad de entrega estaba comprometida y le había dejado el cuerpo inmóvil, inerte.

En la estación coge un taxi.

Thomas está en la cocina con aspecto algo cansado, las patas de gallo rodean sus ojos formando estrellas radiantes. Son las nueve y cuarto. Le ha preparado la cena, está en un plato en el horno, para que se mantenga caliente. Thomas lleva delantal. Ella se ríe. Le rodea la cintura tratando de desatárselo. Parece ruborizado, un poco bobo. Parece tímido, incómodo como una jovencita a la que trataran de desabrocharle el sujetador.

—Ya lo hago yo —dice Thomas.

Cuando se besan lo hacen con torpeza, con una leve incomodidad, Tonie vuelve a reírse, sus dientes chocan con los de él. Parece que entre ellos se interponen capas y capas de vacuidad. Tonie se esfuerza por atravesarlas. Thomas es como un objeto bien empaquetado que ella intenta conseguir rompiendo el inerte envoltorio. Es como si él se le resistiera, como si no quisiera que lo encontrara. La determinación de Tonie empieza a flaquear. Hay demasiada realidad, hay demasiada luz en la cocina, demasiados detalles visuales de objetos corrientes. Y de pronto la embarga un sentimiento fraternal por Thomas y es como si le vaciaran un cubo de agua fría en la cabeza. Thomas es demasiado familiar. Han estado juntos en esa cocina demasiadas veces.

Los besos se agotan. Se abrazan con camaradería.

—¿Qué es? —pregunta Tonie, todavía entre sus brazos pero mirando a un lado y abajo, hacia el horno humeante. Normalmente cuando miran a un lado y abajo, miran a Alexa, la distracción que se ha convertido en necesidad. Pero el horno también sirve.

—Pastel de pescado. ¿Quieres un poco?

De modo que Tonie se lo come, el pálido montículo de forraje, la patata cremosa que se le pega al paladar, y le cuesta reconciliar ese llenarse con el deseo experimentado hace un momento. La patata se detiene en su lengua, le cae como una piedra en el estómago. Sentirse tan llena cuando lo que pedía era otra cosa es una especie de prisión.

Pero la noche siguiente es distinto.

Tonie regresa todavía más tarde, a las diez, y en esta ocasión no hay comida preparada y Thomas está más alerta, más misterioso. Se sientan en el salón uno frente al otro.

—No siempre será así —dice Tonie—. Iré más rápido. Tengo que leerlo todo cuatro veces. Tengo que hacerle la pelota a todo el mundo.

—No pasa nada. Haz lo que tengas que hacer.

Thomas viste una camisa azul marino que le da un aspecto más definido, más cortante, menos borroso, menos familiar. Desde un punto de vista

objetivo Thomas es guapo, tiene la piel tersa y clara, el pelo negro y lacio que le cae sobre la cara y cierto aire ligero y juvenil a pesar de ser tan alto y ancho de hombros. Las amigas de Tonie bromean con envidia sobre Thomas. Ellas lo ven con objetividad, pero Tonie no. Ella lo ve por partes, desde ángulos particulares. A veces, cuando están lejos de casa, le asombra verlo caminar por la calle hacia ella, entero.

En el dormitorio Tonie se gira mientras él se desviste. Espera a que apague la luz. Está decidida a aferrarse a esa tenue inspiración, el deseo. Sabe que si su vista se cruza con el despertador de grandes campanas con forma de oreja, con los juguetes que Alexa ha dejado por el suelo de la habitación o incluso con el propio Thomas, se romperá. Necesita que Thomas vuelva a convertirse en un desconocido. Necesita reinventarlo. Pero no decirlo es lo que la convertirá en una desconocida.

Y ocurre exactamente como esperaba, como se representaría una obra teatral, la sensación de una estructura, un acontecimiento, que pasa ileso por el tiempo. Se han respetado las formas: nadie ha cometido ningún error ni equivocado una frase. Es raro, esa trascendencia debería ocurrir no por abandonar la estructura, sino por seguirla con exactitud. Thomas se vuelve hacia ella, le acaricia el pelo. A oscuras, Thomas es una forma autónoma. Hacía mucho tiempo que Tonie no lo sentía tan nítidamente diferenciado de ella. Es de esa diferenciación de donde ha brotado la cercanía, la armonía.

Tonie se despierta en mitad de la noche y él, la forma, sigue allí, envuelto en sombras. Está tan bellamente torneado como un instrumento musical, igual de acabado, de mudo y solitario, tumbado de lado a oscuras. El deseo es eso: encontrarlo, usarlo, hacer que responda. Es el único modo que tiene de poseerlo, como el músico posee el instrumento, y aunque se siente como si fuera joven otra vez, no lo es, en absoluto. De joven no poseía los cuerpos de los hombres. Ellos la poseían. En aquel entonces, ella era el instrumento. Y el tiempo intermedio ha sido un vacío, un silencio, porque después de nacer Alexa ella no era ni el instrumento ni la intérprete, sino la creadora, sola de pronto, con su cuerpo desplomado por la entrega, intocable. No acataba la disciplina de la interpretación. Solo quería que lo dejaran en paz.

Tonie alarga la mano y toca la piel del cuello de Thomas, la espalda, el hombro prieto y redondeado. Él se despierta. Ella lo nota, capta la vibración de vida bajo su mano. Él se vuelve hacia ella con la boca ligeramente abierta, los ojos cerrados. La obedece.

Montague Street baja directa a la ciudad. Es empinada, de modo que desde la cima el fondo parece remoto, abajo el confuso despliegue geométrico de edificios se nivela con sus ángulos y bloques iluminados, la corona de contaminación, el zumbido de tráfico y la sensación de que la vida es algo inalienable y general en lugar de frágil y particular, aunque de cerca esta ilusión va desenmascarándose paulatinamente a medida que la moderada escala de la realidad se hace más clara. La ciudad es solo una población de tamaño medio, pintoresca, práctica, a una hora de Londres. Pero desde la cima, donde viven los Bradshaw, tiene una apariencia de esplendor y destrucción.

La suya es una región de parques e iglesias —pequeños y concurridos los primeros, grandes y vacías las segundas— y de hilera tras hilera de adosados victorianos de ladrillo rojo cuyas dos plantas suben y bajan por el ondulante paisaje urbano, y que una vez más evocan una atmósfera de generalidad, la imagen de una burguesía conformada y sólida sin nada excepcional, en contraste con los profesionales liberales de aire inquieto y mal pagados que mayoritariamente las habitan: profesores universitarios, como Tonie, y de instituto, trabajadores sociales.

Según la experiencia de Tonie, son gente cuya capacidad para el sufrimiento profundo, encubierto, y para la indiferencia mundana, para proezas extremas de virtud o de nihilismo, para la represión de las pasiones y la opacidad frente a la realidad es tan violenta que debería dejar alguna marca visible a su alrededor; no obstante, la superficie de sus vidas está tan desnuda que denota una reticencia a imponerse al mundo que discurre a una profundidad todavía mayor. Una y otra vez ha visitado las casas de sus vecinos y las ha encontrado carentes tanto de lujos como de artículos de primera necesidad, ha encontrado habitaciones vacías, sin muebles ni adornos, paredes manchadas sin cuadros, cajas de cartón que nunca se han abierto, estanterías desoladas y, en medio de todo ello, una especie de vaguedad impregnable, una ensoñación, que pone a Tonie en contacto con su propia actitud alerta, su determinación insondable, y sugiere que, al fin y al cabo, tales cualidades no son enteramente normales. Tomemos por ejemplo el caso de su amiga Elsa. Al entrar por primera vez en su casa, Tonie supuso que acababan de mudarse, tan intensa era la sensación de casa deshabitada, cuando de hecho Elsa y su marido llevaban años viviendo allí. En el vestíbulo había una tira de papel colgando que Elsa admitió haber arrancado un día para ver qué escondía debajo —flores de color sanguinolento y plantas trepadoras, mejor no haberlo sabido— y que todavía sigue colgando. Tonie habría

arrancado todo el conjunto en una tarde, no habría descansado hasta que todo hubiera desaparecido y algo nuevo y bueno ocupara su lugar; y sin embargo Elsa es una mujer virtuosa, una mujer que enseña a niños discapacitados, que lo dejaría todo para ayudar a Tonie si esta estuviera enferma o tuviera problemas, que ha acogido al tiempo en su rostro sin protestar a pesar de lo brutalmente que la ha tratado. Cuando Tonie ve a Elsa, cuando ve la lengua de papel colgando todavía en la pared y la sala de estar llena de cajas, se pregunta cuál es el sentido, cuál es el valor moral de su competencia. Tonie ve que ella no es virtuosa pese al hecho de que la guía un sentimiento parecido a la culpa o el remordimiento. No descansaría hasta extirpar la imperfección y consumir la bondad y tendría la impresión de que la azuzaba y la incitaba el deseo de hacer lo correcto. Pero en el vestíbulo andrajoso de Elsa reconoce que no se trata de hacer lo correcto; es el deseo de éxito.

Las casas de Montague Street son diferentes del resto, estrechas, altas y blancas, georgianas, poco prácticas. El mundo siempre ofrece una pequeña oportunidad para la diferencia entre una gran mayoría de cosas que son todas iguales; Tonie lo acepta con idéntica actitud inquebrantable, solo para recordar después que ser diferente no es lo mismo que tener razón. Al principio estaba loca por la casa, tanto que la racionalidad, la reflexión serena, el sentido común, no la afectaban. Se manifestaban como elementos puramente hostiles, cosas que lo único que pretendían siempre era frustrarla, que conseguían que estuviera bien —otra vez, la idea de lo correcto— desafiarlas y desecharlas para siempre.

Es cierto que la casa es peculiar. Hay en ella algo estafalario, tan estrecha y tan alta, con las ventanas salientes, su estremecedor aspecto inestable. Se parece más a un dibujo —a un boceto— que a un edificio. Bastan unos pasos para recorrerla de delante a atrás: en cuanto se cruza la puerta, aparece enfrente el jardincito. Cuando la gente entra siempre se produce un momento de titubeo sorprendido, una sensación de haber calculado mal el espacio, como si fueran a perder pie al borde de un acantilado. Muestran sorpresa, pero solo lo justo para no resultar desconsiderados. A Tonie no le gusta que pase esto. Hace siete años que Thomas y ella viven en esta casa y la continua revelación de sus deficiencias, de sus particulares defectos, les ha hecho sentir como si les sermonearan. Las habitaciones de abajo son oscuras; entre las ventanas se forman corrientes de aire y el jardín es demasiado pequeño; los marcos de las puertas torcidos y los tableros levantados, sobre todo el incesante subir y bajar, bajar y subir como una melodía en busca de resolución..., esas cosas le crisan los nervios y la agotan. Atrapada en lo que

eligió, Tonie ha aprendido una lección: el deseo es peligroso porque está magnetizado por su antítesis, la realidad. Y la realidad, de forma igualmente automática, es atraída por el deseo. ¿Qué vas a hacer con un deseo, más que cumplirlo? Viviendo en su casa delgada y estrafalaria, Tonie se ha sentido acechada por nuevos deseos: el deseo de lo anónimo, de lo espacioso, de lo claramente horizontal. Ha imaginado grandes jardines y garajes en las afueras de la ciudad, avenidas amplias, una casa baja y ancha. Ahora cree que sería más fácil distinguirse en una casa así; que el tiempo discurriría más calmo; que el sujeto humano resaltaría, realzado en contraste con la neutralidad, de modo que el encanto de estar vivo —tan ineludible, tan irremediabilmente arraigado en el terreno del deseo— por fin podría concretarse.

Lo que pasó fue que hace esos años, Tonie se enamoró de la casa; se enamoró de ella y luego, a medida que iba conociéndola más, el amor se dividió y se subdividió hasta que cada información nueva sobre la casa superó en tamaño a la parte de afecto que le correspondía. He aquí la lección, el sermón: los hechos sobreviven a las emociones y el conocimiento es, por tanto, más poderoso que el amor. Hay infinidad de cosas por saber, pero la capacidad de amar es solo eso, una capacidad, un espacio que puede abarcar tanto, y no más.

Hace seis meses la jefa del departamento de inglés de la universidad donde Tonie trabaja se jubiló. Fue una época extraña, nadie se apresuró a ocupar su puesto, por todas partes dominaba una indiferencia que bordeaba la decadencia, hasta que alguien le preguntó a Tonie si tomaría en consideración la posibilidad de presentarse al cargo. Era imposible, un gran empleo administrativo a un mundo entero de distancia del trabajo de profesora a tiempo parcial al que estaba acostumbrada, un empleo para alguien como Angela Deacon, que lo había desempeñado durante años; una mujer mayor con el guardarropa lleno de cachemir y tonos terrosos, una mujer con hijos ya crecidos e interesada en el arte etrusco, una mujer todavía casada que no obstante quería mantener encendida la llamita de su perversidad, que quería pasear por el mundo su cuerpo bien conservado, protegido por la armadura de los trámites burocráticos. Tonie no podía desempeñar un trabajo así, que exigía que le entregaran a modo de dote caudales de tiempo. Daba la impresión de que su tiempo ya no le pertenecía. Hacía tanto que su empleo se había amoldado a la intermitente presencia de Alexa y las ausencias de Thomas, que Tonie había olvidado que tenía una forma y una fuerza propias, un poder propio.

Hubo una conversación en la cocina por la noche, tarde. Los ojos de Thomas estaban llorosos. Dijo que tenía alergia. Cada pocos minutos sacaba un pañuelo y estornudaba, y Tonie no podía dejar los dedos quietos. Sentada a la mesa, descomponía en trocitos pedazos de papel, mondas de naranja, restos de cera de la vela de la mesa de la que arrancaban los riachuelos que habían resbalado por los costados. Parecían blandos, líquidos, pero se desprendían tiesos como ramas, perlados de gotas endurecidas. Thomas y ella hablaron de su vida en común del mismo modo que habrían charlado sobre una película que acabasen de ver o un libro que ambos hubieran leído. Analizaron la situación; la debatieron y, al hacerlo, esta pareció emerger y dirigirse a otro lugar, los dos partían hacia negras aguas en la nave de su mutua compañía. Como si todo el tiempo hubieran estado actuando, interpretando un papel, y ahora por fin pudieran volver a ser ellos mismos. En ese ambiente las carreras profesionales se antojaban triviales, intercambiables, algo que podía abandonarse y reanudarse a placer. Tonie rompió las ramas de cera solidificada en trozos cada vez más pequeños; descansaban sobre la mesa como un montón de huesecitos. Cada vez que miraba a Thomas, veía que las lágrimas le caían por el rabillo de los ojos, como a un santo en una pintura religiosa. Tonie recuerda que se fijó en que Thomas hablaba de su trabajo en pasado. Thomas sacó una botella de *whisky* del aparador y sirvió dos tragos largos.

—Creo que he tenido una revelación —dijo.

Pero era cierto que Thomas no había vuelto a mostrarse tan seguro, que fue dudando más a medida que el ascenso de Tonie se volvía una realidad, que incluso ahora parecía atravesar un proceso, un ajuste, como si la vida a su alrededor hubiera vuelto a endurecerse adoptando nuevas formas y no hubiese modo de encontrar la revelación que lo había desencadenado todo. Esa revelación carece de existencia concreta. No tiene realidad. Simplemente cambió por un instante las propiedades de la realidad, como la llama cambió la vela y la empujó por el borde de sí misma, recorriendo sin parar nuevos senderos como si buscara liberarse de lo que era, de lo que sería de nuevo en cuanto alcanzara el aire y se endureciera en su senda.

En el tren, Tonie mira a los hombres. Algunos tienen aspecto sano, atractivo, pero la mayoría no. Se sienta frente a un hombretón rubio rojizo de gruesos brazos blancos y pecosos que asoman de las mangas de una camiseta. Tiene el pelo aplastado en unas zonas y de punta, como asustado, en otras, como un prado de hierbas altas en el que se hubiera acostado un animal. Está

gordo, sus muslos se funden con el asiento de sarga, su estómago se pliega por encima de los pantalones, tiene los dedos gruesos como salchichas. Son las ocho de la mañana. Lleva puestos unos auriculares minúsculos. Está sentado delante de Tonie y come una chocolatina. Coloca una lata de Coca-Cola en la mesa que los separa y la abre embutiendo el dedo en la anilla de metal.

Comparada con él, Tonie es disciplinada, de un físico casi profesional. Tonie ha entrado en la fase de atemporalidad que se extiende desde la maternidad hasta la decadencia visible. Y sin embargo siente la tensión de la expectativa, como si ahora que ha terminado su tarea biológica la verdadera vida de su cuerpo estuviera a punto de comenzar. Dentro de tres meses cumplirá cuarenta años, pero le asustaba más envejecer cuando era más joven, cuando tenía treinta y cinco años y parecía una mera farfolla y Alexa, a sus tres o cuatro años, el grano verde que iba despojándose de ella paulatinamente. Pero ahora es Alexa la que se hace mayor: Tonie sigue igual. Y deambula por esa uniformidad, nerviosa y ansiosa, como si hubiera en ella algo que teme y no logra encontrar.

Cuando se apea del tren está lloviendo. Coge el autobús para cubrir el resto del trayecto, viaja apretada contra los demás pasajeros, con las ventanillas empañadas de vaho. Los olores húmedos a piel y cabello y cosméticos y cuero de zapatos conforman un modelo en el silencio, una extensión hacia el no lenguaje, como si todos los presentes trataran de describirse de un modo que las palabras nunca han explicado ni explicarán. El autobús se balancea. Una vista gris de aceras mojadas y tiendas fluye y para y fluye de nuevo al otro lado de las ventanillas empañadas. Los edificios de la universidad —bajos, de hormigón, con estética municipal— se aproximan lentamente a media distancia. Sorprende el gran número de personas que recoge bolsas, abrigos y paraguas, y se prepara para bajar. Es como la religión, gente que surge de su anonimato, se apiña y avanza, todo en el nombre de una educación mejor. Ve a Janine arrastrando los pies entre el gentío hacia las puertas.

—Eh —dice Tonie.

Janine pone cara de estrangulada.

—Empiezo a sentir antipatía hacia ciertos grupos sociales —dice Janine cuando está lo bastante cerca—. No soporto a los débiles. Los viejos, las madres, los niños en cochecito.

Tonie se ríe. Bajan, recorren juntas la carretera y cruzan las grandes puertas de cristal.

—¿Te apetece un café?

Janine titubea junto a la entrada de la cafetería y al final entran, se suman a la cola. Inspecciona de soslayo la sala, por el rabillo de sus ojos frondosos. Avisa a Tonie cogiéndola del brazo.

—Martin Carson a las tres en punto —anuncia.

Tonie se vuelve, ve a Martin encorvado sobre una de las mesas de formica más alejadas, con gafas y chaleco como un personaje de *El viento en los sauces*. Ante sí tiene abierto un libro delgado en el que fija la mirada. Enarca las cejas. Su expresión es de leve sorpresa.

—Está leyendo —susurra Janine—. Eh, Martin, que estamos en el siglo XXI.

Janine se ríe a carcajadas, le hace un guiño al chico de la ventanilla de la cocina y pide café solo sin azúcar.

—Me he dado cuenta de que la imagen de un hombre leyendo me resulta afeminada —le dice a Tonie—. ¿Me entiendes?

Janine parece jadeante, desaliñada: como si hubiese salido hasta el amanecer y hubiera llegado a toda prisa directamente desde la fiesta. Viste ropa de estrella de cine pasada de moda, un vestido malva de chifón y sandalias puntiagudas plateadas, de tacón. Su larga melena castaña parece despeinada por el viento. Es de huesos grandes y pechugona, de muñecas y tobillos frágiles, y tiene la piel de la cara y el escote surcada por amistosas arrugas. En cierto modo resulta maternal; Tonie puede imaginar un deseo masculino que adopte esa forma. Aunque en realidad Janine tiene una hija, igual que Tonie, a la que está criando sola. Se sientan a una mesa con las tazas de café.

—Dios, estoy hecha una mierda —dice Janine, entrecerrando los ojos. Tiene los párpados amoratados por el maquillaje. Vuelve a abrirlos—. Anoche discutí con Greg.

—¿Por qué?

Janine da un manotazo al aire, niega con la cabeza.

—No lo sé exactamente. Simplemente... discutimos.

Tonie se pregunta cómo ocurre: el pisito de Janine, la niña presente, dos adultos intentando que algo prenda en los rescoldos de todo lo que fue y fracasando o consiguiéndolo a la vista de todo eso. En cierto modo Tonie sopesa la vida de Janine y la envidia, envidia su franqueza, su falta de estructura. Se imagina posibilidades para Janine que esta es incapaz de imaginar por sí misma, la posibilidad de cambiar, de moverse, de experimentar lo desconocido.

—Francesca estaba en casa del Cabrón —explica Janine, leyéndole el pensamiento—. Greg se vino a pasar la noche.

—¿Así funciona? Francesca se va y él viene.

Janine asiente.

—Exacto. Como en una farsa francesa.

—Lo imaginaba menos... programado.

—Querida —dice Janine, hastiada— es una puñetera lista de turnos. Los fines de semana tocan los tres del primer matrimonio de Greg, dos veces al mes toca el del segundo matrimonio, un hijastro que hay que hacer encajar en alguna parte, un perro que hay que sacar a pasear, un gato que hay que llevar al veterinario. A mí solo me toca las noches de poca actividad.

—Y te las pasas discutiendo. Tus noches.

Janine bosteza, estira los brazos moteados y muestra un atisbo arrugado de axila pecosa. Tonie lo vuelve a sentir: la madre, el cuerpo gravado, decayendo hacia la imperfección.

—Bueno, más o menos lo andas buscando, ¿no? —dice Janine—. Llegas a casa, escondes a la cría, recoges, enciendes las velas, te depilas las piernas, abres el vino... En esencia estás pidiendo que tus tristes planes se desbaraten. Aunque, de hecho, esa parte salió bien. Fue después. —Bosteza de nuevo—. A las tres de la madrugada me despierto y me lo encuentro de pie junto a la cama.

—¿Se metía en cama?

—Salía de la cama. Por lo visto dije algo en sueños.

—¿Qué clase de comentario?

—Por lo visto dije —Janine se ríe— «Roger».

Tonie resopla y da una palmada contra la mesa.

—Así que se viste y sale hecho una furia del dormitorio. Supuse que se habría ido a casa y tenía tanto sueño que pensé, bueno, pues vale. No me importó. Solo quería seguir durmiendo. ¿Nunca te ha pasado?

Tonie asiente a medias, en silencio.

—Creo que es el verdadero desencanto de la madurez —dice Janine, apartando la taza de café—. La incapacidad de que te importen las cosas. De preocuparte.

Tonie se estremece.

—No digas eso.

—En fin, al cabo de un rato oí ruidos y comprendí que seguía en casa. De modo que salí a rastras de la cama, bajé a la cocina y lo encontré allí, sentado a la mesa con las luces encendidas y el portátil en marcha. Trabajando.

Se ríen: la ridiculez evidente del comportamiento masculino.

—Y tú, ¿cómo estás? —pregunta Janine. Mete la cucharilla en el azucarero, la saca y la lame cuidadosamente.

—Bien.

Tonie no quiere dar explicaciones: el lenguaje la aleja del misterio de la expectación. Recuerda haber viajado una vez con Thomas, conduciendo a través de kilómetros y kilómetros de páramos vacíos con el mapa abierto en el regazo; recuerda el aspecto que tenía la carretera sobre el papel, abriéndose paso en el vacío, precisándose mientras que todo lo demás permanecía ignoto e intacto. Tenían que parar, bajar, andar. Para saber qué había allí tenían que penetrarlo físicamente.

—Estoy... aquí —dice, refiriéndose a ese lugar, ese edificio de hormigón junto a la carretera.

—¿Es lo que querías? —pregunta Janine, clara, práctica, como si estuvieran comentando un regalo recibido por Tonie, conscientes ambas de que a su edad no tiene sentido disimular la decepción.

—No lo quiero. Depende. Depende de cómo funciona.

Nota que Janine no lo entiende; para Janine, Tonie ha hecho algo irracional, se ha desviado de la particular iglesia femenina que comparten y de sus incesantes interpolaciones de lo personal y lo práctico, de su reverencia por la emoción, de su humor exclusivo para creyentes cuyo remate es siempre salir adelante como se pueda. Janine nunca comprendería el deseo de Tonie de rigurosidad, literalidad, imposición fría. Nunca entendería su decisión de dejar en el suelo el saco de las emociones.

—Yo echaría de menos dar clase —se limita a decir, mirando por encima del hombro de Tonie.

No es la primera persona en decírselo; aquí, enseñar equivale a emoción. Las mujeres que siguen en casa dirían de igual modo que echarían de menos a los niños.

—No puedes enseñar si estás harta de los libros —replica Tonie en voz baja.

Lo ve en los ojos de Janine, un destello de miedo, una chispa de auténtica reprobación docente. Hay un segundo de duda y luego Janine se ríe. Ha decidido que Tonie se está poniendo iconoclasta.

—Los libros son una enfermedad —conviene—. La literatura, un virus. —Aprieta los ojos, mira a Tonie entre las pestañas—. Pero las hojas de cálculo tampoco parecen demasiado interesantes.

Tonie se encoge de hombros. No piensa defenderse.

—Espero que te vaya bien —dice Janine, de pronto más formal, como si Tonie se fuera a alguna parte para no regresar jamás.

Tonie levanta la mirada. Martin Carson está de pie junto a su mesa.

—Vaya —Janine mira el reloj—, tengo que irme a dar mi clase de Hart Crane.

—¿En serio? —pregunta él como si Hart Crane fuera una opinión en lugar de un poeta. Se vuelve hacia Tonie, la perfora con la mirada a través de sus gafas gruesas como guijarros—. ¿Cómo estás?

—Bien —contesta Tonie. También ella mira el reloj—. Con retraso.

—Me gusta lo que te has hecho en el cabello —dice Martin. Tiene acento transatlántico, difícil de identificar. Todo lo que dice suena irónico. Tonie lo ha visto emprenderla con sus estudiantes, lo ha visto mortificar a chavalotes de extremidades como alambres y gorra de béisbol, a calladas chicas con sobrepeso y mofletes gordezuelos cubiertos de maquillaje y acné. Los golpea con su acento irónico: hace que parezcan desgraciados y estúpidos.

—Gracias.

—Te acompaño —dice Martin.

Janine pone los ojos en blanco, agita una mano, aprieta súbitamente el paso con sus zapatos plateados.

—Tengo la impresión de que he interrumpido algo importante —dice Martin, con satisfacción profesional—. He estado observando tu cara. Parecías... nostálgica. Algo triste, pero pensativa.

Imita el gesto de ella allí, en el pasillo atestado. Apoya los dedos bajo la barbilla y fija la vista a media distancia.

—Gracias —repite Tonie.

Giran a la izquierda y a la derecha y de nuevo a la izquierda por los pasillos de paredes grises con los tablones rebosantes de anuncios y la pintura desconchada; Martin se pega a ella mientras se abre paso a empujones por el campo de cuerpos diciendo «Hola» y «¿Qué tal?» a los estudiantes que lo miran. Al instante parecen preocupados, ligeramente culpables, como si su individualidad fuera algo que debieran ocultar. Tonie no detecta el ardor de la juventud en esas caras, en esos cuerpos: tienen la piel fatal, *piercings* y peinados tiesos, artificiosos. Se les ve meditados, indecisos, como pasajeros que se han apeado del tren en el pueblo equivocado. Parece que nunca se les haya explicado nada.

—Hola, Jamie. —Martin saluda en el ascensor a un chico blanco como la tiza con una cresta petrificada como una cacaúta—. Me alegra que hoy hayas tenido tiempo de venir. De verdad, me alegro mucho.

Salen, dejan a Jamie boquiabierto y solitario en el cubículo de acero y cruzan las puertas dobles que dan a los despachos.

—Deberíamos quedar para tomar un café —dice Martin, apoyándose en el marco de la puerta por donde gira Tonie.

Tonie quiere estar en su despacho a solas, protegida en el rectángulo gris con vistas al aparcamiento; en cambio, contesta:

—¿Crees que disfrutan?

Martin se queda perplejo.

—¿Quiénes?

—Los estudiantes. ¿Crees que lo pasan bien?

Martin mira al suelo, con intensidad, como si le pidieran que adivinara los sentimientos de una mascota doméstica.

—Te refieres en sentido mitológico, ¿no? ¿Están habitando de manera consciente el mito de sus propias vidas? ¿Significa para ellos lo mismo que para ti? Es eso, ¿no? —Se ajusta las gafas, se frota la pálida barbilla—. La respuesta es no.

Tonie oye sonar el teléfono dentro de la habitación. Apoya los dedos en el picaporte.

—Oh, mira —dice Martin—. Te han instalado la lápida.

Tonie mira. Hay una placa nueva en su puerta: Dra. A. Swann, Jefe de Departamento. Martin gesticula con la cabeza.

—Pareces demasiado joven para el cargo.

Ella se ríe.

—Pues no lo soy.

Él la mira y vuelve a gesticular con la cabeza.

—Yo no lo veo. No te pega nada. Te tenía por la rebelde de la facultad. Obviamente —la mira fijamente, como a través de un microscopio—, estaba equivocado.

Ella sonríe, abre la puerta y la cierra con suavidad tras de sí. El teléfono ha dejado de sonar. La habitación está en silencio. Tonie ve la silla giratoria negra, la agenda, las pilas de carpetas. Ve el aparcamiento con su cuadrícula de coches tres plantas más abajo. Allí la gente va y viene cabizbaja, mirando al suelo. El teléfono suena otra vez.

Martin Carson no es nada perspicaz. Esto es, de lejos, lo más rebelde que ha hecho Tonie en la vida.

3

Los otros Bradshaw —Howard, el hermano de Thomas, su esposa Claudia y sus tres hijos— viven más o menos a kilómetro y medio, en Laurier Drive, en el barrio residencial de Laurier Park. Howard, una persona con un carácter bromista que por lo visto de joven denotaba el desprecio por toda clase de convencionalismos, ha impregnado su vida adulta de una atmósfera de ironía en la que su conservadurismo por encima de la media lleva el impreciso disfraz de ser una broma. Thomas a veces se pregunta si su convicción de que Howard es distinto de los demás no estará alimentada únicamente por el entorno en el que lo ve; si, en un contexto distinto, no percibiría que Howard, al fin y al cabo, es como el resto, no alguien que solo finge serlo. Las serpenteantes avenidas del extrarradio de Laurier Park, con verjas de seguridad electrónicas y caminitos de gravilla iluminados, coches elegantes y sugerentes setos, y ese extraño ambiente de abandono desordenado, son la metáfora del lugar que Howard se adjudica en el mundo. Howard y Claudia gustan de obsequiar a sus invitados con anécdotas sobre las nuevas cotas de mal gusto —los jacuzzis exteriores, la estatuaria obscena, el bar hawaiano que acaban de construir en el jardín de al lado— que alcanzan sus vecinos cada mes, pero el BMW de Howard sigue aparcado en el caminito de entrada al igual que los de los otros. En Laurier Park hay castaños de Indias con grandes y susurrantes faldones que de forma harto molesta derraman su cargamento de hojas y cáscaras y castañas en las aceras impolutas. De vez en cuando circula una petición para talarlos y Howard y Claudia se indignan sinceramente, puesto que está en la naturaleza misma de la ironía apreciar algo que esencialmente carece de ella.

«Tengo que pintarlos sin falta», dice Claudia, como si esa actividad, de conseguir ponerse a ella, garantizase de una vez por todas la inmortalidad de los castaños.

Thomas siempre ha considerado a Howard el miembro de más éxito de la familia. A los veinticinco años ya era rico y empezaba a quedarse calvo, dos cosas que parecían ir de la mano; aunque nunca ha llegado a ser tan rico como Thomas esperaba, ni tan calvo. Ocurre sencillamente que para Thomas los éxitos de Howard son más reales que sus fracasos, mientras que cabría decir

lo contrario de su hermano menor, Leo, cuya vida perfectamente acomodada Thomas percibe a través de una bruma de dudas, de tal modo que nada de lo que hace Leo le convence del todo. Thomas comprende que son prejuicios y por tanto cuestiones irracionales, pero en ocasiones le parecen algo más, algo que nace fuera de él: fuerzas reales que rigen el comportamiento y lo han regido desde el principio, al igual que la clave rige el tono de la melodía. Desde el principio, opina Thomas, Howard estuvo en clave mayor y Leo en clave menor, y, si bien sus vidas les pertenecen, a Thomas siempre le parecerá que están resolviendo su destino armónico, igual, supone, que pensarán ellos de él.

A lo largo de los años Howard ha hecho cosas que Thomas no logra reconciliar con su versión de la personalidad de su hermano: se ha interesado por el golf, el cristianismo, el *windsurf*, los grupos masculinos; ha experimentado la duda, la depresión, el fanatismo, la indiferencia y ha sostenido durante temporadas enteras opiniones y creencias; sin embargo, en todas estas contradicciones ha demostrado cierta coherencia, ha vuelto de la discordancia a la armonía, a sí mismo. Viendo vivir a Howard, Thomas se ha dado cuenta de que es imposible entender plenamente a otro ser humano. Pero hay algo más que le permite anticipar los movimientos de Howard, una adivinación más profunda que le revela qué es su hermano. Las fases por las que pasa llenan a Howard a intervalos, como los pasajeros llenan un tren. El comportamiento de Howard es descriptivo; siempre que Howard empieza algo, Thomas comienza a darse cuenta de que otra gente también ha empezado lo mismo. A través de él pasan modas y manías, creencias generalizadas, tendencias emocionales y, no obstante, su configuración exterior, su forma, no se altera. Es eso, la forma, lo que constituye el conocimiento más profundo que Thomas tiene de su hermano. No posee este mismo conocimiento de otras personas. A las otras personas tiene que aprenderlas. Son puro contenido, información. En cierto sentido, la facultad que tiene con respecto a Howard es un talento. Puede distinguir el devenir de la vida cruzando el recipiente de su hermano; algún don misterioso lo capacita para ello.

Pero a veces, de igual modo, es Howard quien enseña a Thomas al mantener una relación con la realidad más sorprendente, menos predecible, que la vida que su hermano habría imaginado para él. La riqueza, por ejemplo: con veintipocos años, siendo todavía estudiante, Howard fue a Estados Unidos y regresó con un contenedor lleno de unas bicicletas rarísimas que había comprado con el dinero de la beca para todo el cuatrimestre y que

aseguraba tener intención de vender. Thomas recuerda la consternación, el desconsuelo, el quebradero de cabeza que le supuso pensar en aquellas bicicletas imposibles de erradicar, onerosas, y en el empobrecimiento impresionante que habían significado para Howard, que se había visto forzado a pedir dinero a su padre; dinero que devolvió con intereses antes de acabar el cuatrimestre tras haber vendido hasta la última de las bicicletas y conseguir pedidos para más. Hoy en día todo el mundo tiene bicicletas como las que trajo Howard: el mismo Thomas tiene una. Lo mismo puede decirse de los monopatines y las motocicletas que hace unos años importó con la segunda hipoteca de la casa de Laurier Drive. Howard tiene una empresa: se mire como se mire, ha tenido éxito. Es solo que las pautas que estableció al principio nunca han cambiado. Lo arriesga todo y se beneficia de ello, pero en lo fundamental la escala no se ha ampliado. Esa es la función tutelar de Howard: su realidad duradera le proporciona a Thomas una estructura. El episodio de las bicicletas dio lugar a un Howard de fantasía, una persona que no existe fuera de la imaginación de Thomas. Thomas todavía lo ve: un emprendedor imparable que nada en el dinero y la abundancia, un hombre con yates e inversiones y afición por los lujos esotéricos, pero el Howard de verdad no se le parece en nada.

A menudo, los domingos, Thomas y Tonie se descubren poniendo rumbo a Laurier Drive porque, pese a los setos recortados y las banderas británicas colgando de mástiles enlustrados, los dominios de Howard y Claudia poseen el magnetismo de la centralidad cultural. Normalmente, en el coche, Tonie se queja; le gustaría que su casa atrajera al mundo y tirara de él, o eso cree ella. Pero cuando reciben visitas tiende a encontrarse mal o incómoda. Thomas supone que es de eso de lo que se queja. A Tonie le gustaría ser diferente al tiempo que no entiende exactamente lo que es la diferencia.

Sin embargo hoy va callada en el asiento del acompañante. Es un día luminoso, frío, de finales de septiembre. Thomas la mira a menudo; su mujer parece sortear los taludes de sol que llegan a ella por el parabrisas. Tonie se pone las gafas de sol y mira por la ventanilla. Desde que ha ocupado el nuevo puesto de trabajo, Thomas la nota más reservada. El cambio la ha sacado a la luz, como sale a la luz una habitación cuando se recogen y se guardan las cosas. Pero su nuevo aire de compleción resulta enigmático en sí mismo: ahora que Thomas puede verla, se pregunta qué es ella en realidad.

—¿Estás bien? —pregunta Thomas.

—Extasiada —replica ella, con voz ronca.

Cuando llegan, Alexa salta del coche y desaparece por el lado de la casa en dirección al jardín, desde donde llegan voces de niños. Thomas y Tonie toman la otra dirección, van hacia la entrada y llaman al timbre.

—Qué bonitos —dice Tonie. Toca la jardinera de piedra rebosante de geranios junto al umbral, bajo el sol otoñal. Toquetea las flores de color carmesí chillón—. Qué típicos.

Está pensando en Claudia, en ese don que tiene para llevar despreocupadamente la casa que agrada a Tonie y a la vez parece hacerla misteriosamente infeliz. Los métodos de Tonie son más purgativos; tiene ataques de limpieza despiadada en los que toda superficie conocida de vida doméstica desaparece, como si confiara en alcanzar la belleza por medio de la aniquilación. En casa de Claudia el acercamiento a la belleza —no menos asiduo, piensa Thomas— discurre por caminos aleatorios. Cuando Tonie visita el lugar desearía parecerse más a Claudia, poder liberarse de su sentido del orden, poder recordar ciertas cosas y olvidar otras, al igual que Claudia ha recordado plantar los geranios y luego se ha olvidado de ellos lo suficiente para dejarlos crecer. Tonie toquetea los geranios como si fueran cosas que ella, en su locura, se hubiese visto obligada a recoger. Howard abre la puerta. Sepulta a Tonie con sus brazos como losas y asoma la cara, oronda y sonriente cual calabaza de Halloween, por encima del hombro de su cuñada.

—Pasad y veréis lo que tenemos —dice.

Les hace señas para que lo sigan por el centro oscuro de la casa en dirección a las grandes cristaleras abiertas y al luminoso jardín que espera tras ellas. Thomas observa la mancha de sudor en la espalda de su hermano, su cabellera rojiza en retroceso. Con la madurez Howard se ha vuelto todo superficie. Las emociones recorren su cuerpo enorme como los sistemas meteorológicos las praderas. Fuera, los niños corretean por la hierba. Se oye un zumbido incesante que recuerda a un cortacésped. Cuando Thomas sale, Lewis, el hijo de Howard, aparece de pronto entre la vegetación del fondo del jardín montado en una motocicleta minúscula. Persigue a los otros por el césped y, cuando llega al final, vira y gira alrededor de ellos como un loco antes de caer de lado sobre la hierba; las ruedas siguen girando mientras los otros se parten de risa.

Claudia está de pie en la galería, protegiéndose los ojos del sol.

—Es un trasto feísimo, ¿verdad? —dice—. Howard acaba de importarlo de Japón.

—Tengo cinco mil más en un almacén de la M25 —confirma Howard, encantado.

Thomas mira el objeto. Intenta no parecer distante aunque el trasto, esa última prueba de la falta de criterio de Howard, le desagrada, le decepciona. En Navidad, una motocicleta eléctrica en miniatura se habrá abierto su inevitable camino en el territorio del deseo infantil. De pronto siente que es culpa de Howard, que, si quisiera, podría evitarlo.

—¿Qué consume?

—Se carga con un aparato que se alimenta de cualquier enchufe de la casa —explica Howard—. Alcanza los treinta kilómetros por hora en llano.

—¿Se os ocurre algo más repulsivo? —pregunta Claudia—. Solo el ruido basta para sacarte de tus casillas. Y no queráis saber lo que cuesta...

—Quinientas libras, precio por internet —apunta Howard, codeando ligeramente en las costillas a su hermano.

—Hay que estar enfermo para comprar eso —dice Claudia—. ¿No os parece?

Tonie está de pie con las manos en la barandilla, contemplando el jardín. Ha vuelto a ponerse las gafas de sol. Va toda de negro, pantalones y camisa negros, chaqueta de cuero negra.

—Hombre —dice, sonriendo—. Parece divertido.

Claudia se acerca a Tonie, le toca la solapa de la chaqueta. No le gusta, opina Thomas, que la consideren poco divertida.

—Hoy vas *très rock*, querida —dice, admirada—. Estaba segura de que eras una liberal crítica, pero ahora me doy cuenta de lo equivocada que estaba.

Ella lleva unos zuecos viejos, un poncho y unos pantalones de pana acampanados. Cuando Howard la conoció, Claudia todavía estudiaba bellas artes. Forma parte de la mitología de la vida de Claudia y Howard que él se la llevó antes de que pudiera acabar la carrera. El mito impide recordar exactamente lo que ocurrió. Claudia tiene un estudio de pintora al fondo del jardín, una especie de monumento a la carrera abandonada. Para Thomas la ropa de su cuñada también es simbólica, conmemorativa, como los uniformes que lucen los veteranos el día de los Caídos para recordar a la gente los sacrificios que hicieron.

—Ahora todo me parece bien —dice Tonie.

—Qué agradable —dice Claudia, alegre—. Yo cada vez estoy más amargada. Me estoy avinagrando, como el vino con sabor a corcho.

—Venga ya, cariño —dice Howard.

—La cuestión —continúa ella— es que no quiero creerme que la gente esté dispuesta a comprarlas. No quiero creer que sean tan tontos.

Howard la abraza, sonrojado, con una sonrisa beatífica.

—Pues esperemos que sí.

—¿Lo veis? —remata Claudia en tono triunfal, aunque no queda claro qué es lo que deberían ver.

—Bueno —le reprocha Howard— de algún modo tenemos que pagar la hipoteca.

—Si por mí fuera —anuncia su mujer— no tendríamos hipoteca.

Howard parece desconcertado, como si, a diferencia de los demás, nunca hubiera oído semejantes comentarios de Claudia.

—Depende de ti, Claude.

Claudia suspira.

—¿Para qué necesitamos todo esto? Tanta... posición. Otra gente no necesita tanto. Personalmente sería feliz con mucho menos. —Pasea la vista por la voluminosa casa de color ladrillo, el amplio jardín, los árboles con el follaje otoñal y los numerosos niños. Parece estar decidiendo de qué podría prescindir—. Lo único que necesito de verdad es el estudio. Tal como van las cosas, apenas lo piso una vez al mes. No tengo tiempo.

Howard parece afligido.

—Sacaremos tiempo —dice—. Deberías disponer de todo el tiempo que necesitas. Lo arreglaremos.

—El problema —dice Claudia a los otros— es que la pintura no da dinero. Otros tendrían que hacer ciertos sacrificios. Y simplemente se negarían.

Desaparece en la casa. La mirada de Howard la sigue, suplicante.

—Pobre Claude —se lamenta Howard—. Es demasiado generosa. Todas las mujeres lo sois. —Sale detrás de ella hasta la puerta y asoma la cabeza al interior—. ¡Cariño! ¿Tenemos algo de vino para ofrecer a nuestros invitados? ¿Queda algo de la cosa esa de aguacate de anoche?

Se sienta, aparta una silla para Tonie y se frota las manos, otra vez contento.

—Corren buenos tiempos —dice—. Son días felices, estamos juntos. Somos afortunados, ¿verdad?

Tonie sonrío. Le gusta Howard de buen humor.

—Desde luego —confirma.

—Y los niños... ¡míralos! Mira la suerte que tienen esos mocosos. Piensa en la vida que podrían haber llevado en otro lugar. La semana pasada estuve en nuestra fábrica de Bombay. Vi a criaturas de no más de dos años

rebuscando comida en las alcantarillas. Niñitas con la mitad de los años de Martha.

De pronto frunce el ceño. Coge la mano de Tonie y la estruja.

—Puede que trabajen en tu fábrica —apunta secamente Thomas—. Deberías pagarles más.

—Le he dicho a Howard que, como descubra que ha empleado a niños, le dejo —dice Claudia, regresando con una bandeja—. Hago la maleta y me voy.

—No nos está permitido ni que los niños colaboren en casa —dice Howard—. Y nuestros hijos ni siquiera se hacen la cama.

—Están malcriados —confirma Claudia—. Son unos egoístas y unos malcriados.

En el jardín, Lewis ha vuelto a levantar la moto y la aguanta para que monte Alexa. Se vuelve y mira inquisitivamente a los adultos. Alexa se acomoda en el sillín, pálida e insegura. Thomas espera a que su mujer intervenga, pero Tonie no dice nada. En lugar de intervenir coge una de las copas de anticuario de la bandeja de Claudia y la hace girar delicadamente entre las manos.

—¿Dónde las has conseguido? —pregunta.

Howard se levanta, baja los escalones que los separan del jardín. Thomas le oye decir:

—La verdad es que para ser un juguete tiene bastante reprís.

Todavía no ha terminado la frase cuando a Lewis se le escapa la moto. Alexa sale disparada. La niña cierra los ojos con fuerza. No intenta controlar el manillar. Casi de inmediato la moto choca de frente con el tronco del manzano de Howard. Alexa sale volando hacia delante. Thomas ve la caída desde atrás, y, luego, la cara de la niña llena de sangre sobre el césped. Howard llega primero, corriendo y bamboleándose como un oso. Coge a Alexa en brazos. Cuando llega Thomas se la entrega en silencio y se vuelve para reñir a Lewis, que espera de pie mirando al suelo, asintiendo acongojadamente a cada acusación.

—¡... idiota! Hay que ser irresponsable para dejarla...

Alexa no llora. Tiene los ojos muy abiertos a causa de la impresión y unos hilillos de sangre a su alrededor. Claudia llega corriendo con un cuenco con agua y le lava cuidadosamente la sangre. Los otros niños los rodean en silencio.

—¡Traed hielo! —ordena Claudia señalando hacia la casa.

Tonie obedece la orden. Thomas la ve fugazmente junto al manzano, asustada, aterrada, como si el dedo de Claudia la acusara de algo. Luego Tonie corre hacia la casa. La sangre mana de un solo corte; enseguida para. Al igual que se pregunta cómo ha podido Claudia traer el agua tan rápido, Thomas rumia a ciegas, de forma inconexa, sobre la ausencia de Tonie. Al fin llega. Le da el hielo a Claudia. Luego se coloca junto a Howard. La oye decir:

—La he visto muerta.

Thomas ve a su hermano rodearla con un brazo. Ve a su mujer taparse los ojos con la mano.

En la cocina, Claudia sirve cordero al horno. Alexa está tumbada en el sofá bajo una manta, con un vaso de limonada y una tirita en la frente. Hay piezas de Lego por el suelo de la cocina y papeles por todas partes. Lottie, la mayor, está sentada a la mesa, comiéndose una montaña enorme de helado regada con salsa de chocolate.

—Guarda eso, Lottie —dice Claudia—. Vamos a comer.

—No quiero comer.

Lottie tiene trece años, es huraña y fornida. Tiene ojos estrechos azul claro por los que se asoma con inquietud, incómoda, como si hubiera rendijas en la prisión de su cuerpo pálido y gordo.

—... atiborrarte de helado y luego negarte a comer el almuerzo tan sano que he preparado —dice Claudia cerrando de un portazo el horno—. ¿Por qué no hablas con ella, Howard?

Howard no está: está en el vestíbulo hablando en voz alta por teléfono.

—De todos modos soy vegetariana. Ya lo sabes.

—Los vegetarianos comen verduras —dice Lewis—. Tú no eres vegetariana. Tú solo comes pasteles y cosas así.

—Es pasteleriana —apunta Martha.

—Gordariana —replica Lewis, riendo—. Algo que engorde para comer, por favor, acompañado de, mm, algo gordo.

Lottie chilla. Coge un libro de la mesa y lo lanza contra Lewis, al otro lado de la habitación.

—¡Basta! —grita Claudia envuelta en nubes de vapor de la cocina.

Tonie está sacando tenedores y cuchillos de un cajón. Coge platos de un aparador de madera. Se muestra reservada, conforme, eficiente, como por las mañanas cuando va a trabajar. Thomas se da cuenta de que ha recurrido a esa actitud para digerir la confusión del día.

—Creo que estamos completamente descontrolados —le dice Claudia a Howard en cuanto este aparece. Deja lo que estaba haciendo, deja el cordero humeando en el plato grasiento y las verduras enfriándose en los cazos. Se apoya en la cocina y se cruza de brazos.

Howard parece preocupado. Apoya una mano en el hombro de su mujer.

—Estamos bien, Claudia, ¿no?

—¡Cómo puedes decir que estamos bien! —exclama ella, furibunda—. Tenemos a una niña con una herida en la cabeza y al resto de los críos peleándose como animales salvajes, son las tres y media, ¡y la comida no está aún en la mesa! ¡Egoísmo...! ¡Es egoísmo puro y duro!

Está llorosa. Se frota los ojos con los puños. Howard parece triste.

—Entra una niña en casa —continúa Claudia— y en menos de media hora acaba contusionada.

—Lo siento mucho —le dice Howard a Tonie—. Ha sido culpa mía, yo les di el maldito trasto. No debería haber dejado que se acercara a la moto.

—Ha sido un accidente —contesta Tonie.

—No debería haber ocurrido. Perdóname, por favor.

Tonie, de negro, de repente se ha convertido en el párroco, en el confesor, y Howard y Claudia —acalorados, despeinados—, en sus penitentes. Claudia la abraza, secándose los ojos. Howard, absuelto, recorre la cocina dando órdenes a los niños. Thomas nota a Tonie aliviada; su conducta ha pasado desapercibida en el alboroto general. Pero en el coche de regreso a casa vuelve a ella. Tonie se vuelve a menudo en el asiento para ver a la niña, que va mirando por la ventanilla en silencio. Le coge la mano a Alexa.

—Parecía que fuese culpa mía.

—No ha sido culpa de nadie —replica Thomas, aunque en secreto está de acuerdo con ella.

—Daba la sensación de que fue porque no la vigilaba.

Thomas se calla. Opina que no deberían discutir esas cosas delante de Alexa. Tonie solía estar más atenta a lo que era apropiado, y ahora, de buenas a primeras, es él quien lo está. Es como si Alexa se hubiera vuelto menos real para Tonie y más para él.

—Claudia parecía nerviosa.

Thomas sonríe con frialdad, sin empatía.

—Siempre está igual. Menudo follón ha montado con la comida... La verdad es que no quiere que el almuerzo esté listo a la una. No sabría qué hacer después.

Thomas se pregunta si Claudia es buena; siempre se lo ha preguntado. Otro día podría habérselo dicho a Tonie, pero hoy no lo hace. No quiere que crea que se erige en juez de nada. A pesar de todo, Thomas siente que la aventaja.

Tonie se ríe.

—Tal vez debería ir más a su estudio —dice.

Al oírla reír, Thomas también ríe. Es la conciencia de la forma lo que los hace reír, la sensación de que en la vida familiar están limitados y a la vez son eternos; como la música, piensa Thomas, que podría ser cualquier cosa pero al mismo tiempo no puede ser sino lo que es. Apoya la mano en la rodilla de Tonie. No vuelve a decir nada más durante el resto del trayecto.

4

En Little Wickham la gente está cortando el césped. Es una tarde clara de domingo y el pueblo zumba como un nido de avispones. El señor Bradshaw empuja su cortacésped por el jardín, como los demás. El jardín trasero de la casa es ondulado: se eleva cual cuerpo de mujer hacia dos montículos separados por una pendiente suave. El cortacésped avanza con firmeza por las curvas, sube y baja, con las manos del señor Bradshaw sobre la barra. Sus pies avanzan con pasos rítmicos por un pasillo trasquilado siempre renovado. Al repasar los tiernos flancos y los pliegues siente que los domina. Después el césped queda suave. Limpia el cortacésped y lo devuelve al cobertizo.

Son las cuatro en punto y su mujer todavía no ha regresado del almuerzo del comité del hospicio. El cielo está rosado; las golondrinas vuelan en picado alrededor de los postes de telégrafos. Los grajos llaman desde el otro lado de los campos, imponiéndose al ruido del último cortacésped. Es el de Gus Robertson, que dura más que los demás, como si anunciara el tamaño de sus dominios. A través de la pantalla de árboles el señor Bradshaw ve al vecino sentado en su cortacésped autoportante. La máquina, del tamaño de un tractor pequeño, reluce de nueva. Gus la conduce sin entusiasmo, con la vista clavada al frente. El señor Bradshaw no había visto el cortacésped y siente una punzada de traición, como si hubiera pillado a Gus en un acto de deslealtad. A veces da la impresión de que al señor Bradshaw le basta con enterarse de que los Robertson tienen un chisme nuevo para comprárselo. Qué desasosiego vivir entre gente que está siempre entrometiéndose en lo que tiene el otro, que parece proclamar su indiferencia hacia los demás cambiando lo que en ellos hay de familiar.

Recientemente los Robertson han instalado una bomba de agua y un canal que alimenta el estanque; cuando se pone en marcha la bomba, el agua corre por el canal. Los Bradshaw fueron invitados a presenciar esa ceremonia y permanecieron de pie en el jardín mientras Gus corría de un lado para otro para comprobar el funcionamiento del suministro y el drenaje de agua, con su flequillo lateral, blanco y estiloso, subiendo y bajando. Es un hombre atractivo para su edad, alto y esbelto, bronceado, perfectamente acicalado; sin embargo, mientras contemplaba fluir el hilillo electrónico hacia el estanque de

flores revestido de plástico, el señor Bradshaw concibió la idea de que Gus resulta trágico, no por la vanidad ni la ostentación, sino por la falta de gusto. Algo que probablemente Gus nunca llegará a saber acerca de sí mismo, pero para el señor Bradshaw ha constituido una revelación importante y liberadora. Con todo, el cortacésped nuevo ha sido un mazazo. Por presuntuoso y feo que sea, el señor Bradshaw siente, cual amante, que Gus le ha sido infiel.

Su mujer llega a las cinco menos cuarto seguida de Flossie. Aparece por el sendero que rodea la casa, donde el señor Bradshaw está arrancando malas hierbas de la gravilla.

—¡Uf! —exclama ella—. ¡Creía que no iba a salir nunca! No paraban de hablar... ¿Has tomado el té?

—No —contesta él sin levantar la mirada—. Como dijiste que volverías a las tres, te he esperado.

—¡Charles! ¡No!

—El té es a las cuatro. Me ha parecido razonable suponer que ya estarías de vuelta.

—Lo siento, tesoro... ¡Debes de estar muerto de sed!

—Me he puesto a cortar el césped a las tres para terminar a las cuatro.

—¡Y con este sol! —se queja ella—. No entiendo por qué no te has tomado una taza de té.

—Dijiste que volverías. He pensado que debía esperarte.

Efectivamente está muerto de sed y, cuando se endereza, nota un ligero vahído. Ella está a su lado con las mejillas acaloradas y la comisura de los labios hacia abajo. A veces el señor Bradshaw se olvida de que los dos son viejos y al verla lo recuerda.

—No importa —dice su mujer—. Enseguida lo preparo.

—Ahora no me apetece. No me gusta tomar té después de las cuatro. Me quita el hambre para la cena.

—¡Pero no puedes pasar sin él!

—Prefiero no tomarlo a esta hora. Ya te he dicho que me quitaría el hambre.

Vuelve a agacharse con la paleta en la mano. Ve los pies de ella a su lado, en el sendero de gravilla, las cuerdas de venas azules, los dedos callosos amontonados en las sandalias. Se pregunta qué hará su mujer. El aire que los separa parece temblar; la atmósfera es un capullo oscuro luchando por florecer. El señor Bradshaw quiere su ofrenda, de amor o violencia. Quiere que lo localice en el laberinto de su inflexibilidad y le ofrezca algo. Esa es la prueba, lo ha sido siempre.

—No veo por qué no podemos cenar más tarde —dice su mujer.

Él no replica. No es eso lo que debería haber dicho su mujer. Lo deja dentro del laberinto; le pide que encuentre la salida solo.

—Bueno —añade ella enseguida—, supongo que tendré que tomarme el té sola.

El señor Bradshaw la oye alejarse. Se ha ido. Él siente la presencia de un vacío terrible cerniéndose sobre él, envolviéndolo fríamente. Es el silencio: Gus ha parado el motor del cortacésped. Más tarde oye a su mujer regresar casi a oscuras hasta donde él sigue encorvado sobre la gravilla, arrancando hierbajos. Su mujer deposita a sus pies una taza de té acompañada de dos galletitas de *bourbon* y vuelve a marcharse rápidamente. Son las galletas preferidas del señor Bradshaw. Las mira por el rabillo del ojo mientras piensa en ellas con humor sombrío. Decide que las han echado a perder. Lo han separado para siempre de la dulzura de las galletas. Deja enfriar el té. Cuando oscurece, regresa a la casa, tira el té por el fregadero y devuelve las galletas a la lata.

5

El perro lo trajo Howard. Regresó de casa de su madre con el animal arropado en su chaqueta.

—Flossie ha tenido cachorros —dijo.

Cosas así son su especialidad. Nunca pisa más firme que cuando se embarca en algo fácil de hacer y difícil de deshacer. Está especializado en el compromiso. El perro es un jack russell. Es pequeño, fuerte y vigoroso, con un pelaje blanco y grueso, y los ojos brillantes y penetrantes. Le llaman Skittle.

A Claudia le gusta tener una criatura nueva en casa. Por las noches hay que alimentarlo como a un bebé y el cachorrillo va dejando charquitos de orina dorada por el suelo. Su hermana Juliet recomienda a Claudia que durante esta primera fase mantenga a Skittle junto a ella. Claudia lo carga en brazos cuando los niños están en el colegio.

Un día, mientras está sentada leyendo el periódico y acariciando al perro que descansa en su regazo, Claudia mira el cuerpo de Skittle. Está tendido de placer: tiene el hocico, peludo, echado hacia atrás y le tiemblan los lomos. De pronto Claudia siente repulsión. Hay algo sucio en la excitación del perro, en su entrepierna rosa y temblorosa. Lo deja en el suelo. El animal se inquieta, le araña las pantorrillas con las garras pequeñas y afiladas.

—¡No! —le ordena ella, cogiéndolo firmemente por el medio—. ¡No me arañes!

Lo coloca unos metros más allá. El perro se retuerce entre sus manos. Cuando lo suelta, el animal rebusca como un loco a sus pies y vuelve a levantarse sobre las patas traseras y a clavarle las garras en la carne. Ella lo golpea con la mano abierta. Él se encoge, contorsiona el estrecho cuerpo y la mira con ojos fanáticos, como luceros.

Es octubre, y una luz amarilla tiñe el jardín de dorado. Por las mañanas el césped está empapado. Claudia pone las fundas a los muebles del jardín. Recoge las manzanas que se pudren al pie del árbol. Todo está suspendido entre la madurez y la descomposición. Contempla a los niños jugar después del colegio, en el crujiente atardecer. Sus cuerpos han perdido la fluidez del verano aunque hace buen tiempo. Se mueven por el rectángulo de césped en

sus uniformes, riendo y peleándose, lanzándole palos a Skittle y gritando cuando este salta para atraparlos hábilmente entre las mandíbulas. Más tarde, cuando ya han entrado en casa y el paño gris azulado del anochecer envuelve el jardín, Claudia mira por la ventana y ve a Skittle retozando a solas bajo la luz mortecina. El perro salta en el aire, atrapa palos invisibles. Ella contempla su forma blanca y retorcida en suspenso. Oye el murmullo de la televisión en la otra habitación.

Howard llega a las siete y media. Entra con un aire de expectación, de emoción, aunque para él el día se acerca a su fin: suele quedarse dormido a las diez y media. A veces Claudia se pregunta qué significa tanta excitación. Howard es como alguien que espera con avidez el postre, superados ya los platos principales. Pero por dulce que sea, constituye el ritual del fin. Howard deja el abrigo y el maletín en el vestíbulo, encuentra a los niños y los alborota con su cuerpazo de oso, luego se bebe dos copas de vino seguidas, de pie, junto a la encimera de la cocina, tras lo cual se le ve colorado y feliz, frotándose los ojos y con la camisa colgando por fuera.

—Ha hecho un tiempo magnífico —dice Claudia con añoranza—. Estaba pensando que es una pena que el fin de semana no podamos salir.

Howard parpadea.

—¿Qué dices, Claude? Sé que me estás diciendo algo, pero no sé qué es.

—Solo que podríamos haber ido a Escocia o a ese sitio en Derbyshire que nos dijo tu hermano. Hacía años que no teníamos un otoño tan bueno.

Howard ojea las cartas sobre la mesa de la cocina, inspeccionándolas por encima de las gafas.

—Bueno, no sé vosotros —dice, ausente—, pero yo me voy a Escocia. Volveré el domingo.

—¡No podemos ir!

—¿Por qué no?

—No podemos llevarnos al perro.

Claudia capta una pequeña duda antes de que Howard responda.

—Pues claro que podemos llevarnos al perro. Lo metemos en la parte trasera del coche con un cuenco con agua y punto.

—No vamos a ir a Escocia en coche solo para el fin de semana. Tendríamos que ir en avión o en tren.

—Pues vamos al otro sitio. Derbyshire. ¿Dónde está Derbyshire? No puede quedar muy lejos. ¿Cómo se llamaba el sitio? Llamemos a Tom y se lo preguntamos. También podrían ir... Iremos todos juntos. —Ahora está de pie junto al teléfono y con el auricular en la mano—. ¿Sabes el número?

Claudia busca el número. Es la especialidad de Howard: el compromiso. Claudia se ha acostumbrado a avanzar hacia el futuro con Howard como una barca arrostra las aguas agitadas, con la sensación de tener una elevación por delante, una resistencia momentánea y terminar venciénola. Depende de eso, desde el principio. Hace años estaban en una playa de Mothecombe, viendo a una familia jugar al críquet en la arena al final de un día de verano. Howard estaba encantado con el espectáculo, niños que gritaban y reían bajo la luz rosada.

—Hagámoslo, Claude —dijo Howard frotándose las manos, con el rostro iluminado por el atardecer—. Paso de gilipolleces. Quiero el paquete completo. Quiero que tengamos nuestro propio equipo de críquet.

Solo hacía tres semanas que se conocían.

Thomas y Tonie no pueden ir a Derbyshire. Howard prueba con Leo, que está de acuerdo con reunirse allí con ellos, con Susie y los niños.

—¿Y los de Bath... los Mattison?

—Los Morrison —corrige Claudia.

—Hace siglos que no los vemos.

Howard telefona a los Morrison. También ellos aceptan ir a Derbyshire. Son casi las diez. Howard, con cara de sueño, cena al teléfono, engullendo la comida con el tenedor. Llama al hotel. Claudia se acuerda de que no ha acostado a Martha. Sube corriendo. Lottie y Lewis están viendo la televisión. Martha está leyendo en su cuarto. Sentada en el suelo con las piernas cruzadas se la ve muy pequeña. Claudia se pregunta si su proceso de crecimiento se habrá estancado. Alguien le contó que si un niño no duerme lo suficiente puede ocurrir.

Abajo Howard sigue al teléfono. Tapa el auricular con la mano al ver a Claudia.

—No aceptan perros —dice.

Skittle entra en el dormitorio y destroza los zapatos de Claudia, su bata de seda y el viejo bolso de Gucci de cuando estudiaba bellas artes en Londres, antes de que Howard la conquistara con sus planes. Es ese último acto vandálico el que le rompe el corazón. Es como si ya no quedara nada de aquella época, nada que evite su extinción salvo la pasada familiaridad de ese gastado objeto de ante color herrumbre. Ahora está irreconocible. Claudia lo levanta por encima de la cabeza dispuesta a lanzárselo al perro. El animal está encogido debajo de la cama con una tira de seda asomándole entre las mandíbulas. Sus ojos enloquecidos la miran fijamente desde la penumbra. Es

un delincuente; Claudia comprende que no serviría de nada castigarlo. Tira el bolso a la papelera.

Durante todo el día Skittle gañe y araña la puerta suplicando que lo dejen entrar o salir. Claudia lo saca a pasear tirándolo de la correa por Laurier Drive. El animal enloquece con los remolinos de hojas amarillas, los pájaros asustadizos, las bolsas de plástico que de vez en cuando nadan como fantasmas por las aceras mecidas por la brisa. Se estremece cada vez que ella habla, se le escapan nerviosos chorritos de orina. Al correr, agacha y retuerce tanto el cuerpo, que avanza en diagonal, escabulléndose como un cangrejo. Se planta en mitad de la habitación ladrando a nada. Juliet le pasa a Claudia el nombre de un psiquiatra para mascotas.

—Me odia —dice Claudia—. Y además creo que le pasa algo. No parece un perro normal. Veo a otras personas con su perro y él no es como los demás.

—Un perro es como un crío —dice Juliet. Juliet no tiene hijos.

—Te digo que este perro no parece un perro.

—La verdad es que con todo lo que tienes me preguntaba si era una buena idea que te encargaras de algo más. No quise decir nada.

—Lo trajo Howard. No ha sido cosa mía.

—¿Por qué sales siempre con lo mismo? Howard no lo haría si tú no se lo permitieras. Ocurre lo mismo con la pintura. Siempre son los demás los que te impiden pintar. Nunca eres tú.

Claudia se ha percatado de que las mujeres sin hijos defienden a los hombres. Se posicionan en contra de la madre porque sus simpatías todavía no se han transformado. Recuerda cómo al nacer Lottie la perspectiva del sacrificio asomó a la vista como un paisaje contemplado desde un tren que se va acercando; recuerda cómo se le fue mostrando a ritmo constante un lugar que no había visto en la vida y al que estaba inexorablemente ligada, y luego, al cabo de un tiempo, tras sumar numerosas pistas, comprendió que era donde había vivido siempre su madre.

El psiquiatra veterinario la telefonea varias veces al día.

—¿Dónde está?

—Fuera. En el jardín.

Se oye un golpeteo constante en la puerta trasera. Es Skittle, arrojándose contra la puerta. Claudia lo ha visto hacerlo, lo ha visto coger carrerilla y luego lanzarse contra la madera. La sobresalta, porque ella a menudo siente el impulso de coger a Skittle y tirarlo, estamparlo contra una superficie rígida. Ocurre exactamente como Claudia había imaginado.

—¿Cómo describiría su comportamiento, Claudia?

—Está enfadado. Quiere entrar.

—¿Por qué no lo deja entrar? ¿Qué pasaría?

Claudia suspira.

—Tendría las mismas ansias de salir.

El psiquiatra le propone que deje la puerta abierta. El consejo mejora la situación, aunque enfría la casa. El fin de semana Howard compra una gatera y la instala en la puerta trasera. Los niños se pasan la tarde allí sentados, enseñándole a Skittle a cruzar la puerta de un salto. Es lo bastante pequeño para pasar por ella, pero le cuesta superar la convicción de que resulta físicamente imposible. Ha verificado la solidez de la puerta: ¿cómo puede haber alterado sus propiedades? Lewis y Martha se sientan cada uno a un lado de la gatera y pasan y vuelven a pasar a Skittle por el agujero.

—Yo diría que es bastante terapéutico —le dice Claudia a Howard.

Más tarde oye un grito proveniente de la planta baja.

—Mira —le dice Lewis tranquilamente cuando llega Claudia.

—¡Lo ha conseguido! ¡Lo ha conseguido! —grita Martha.

Sacan a Skittle al jardín y cierran la puerta. Lewis se arrodilla junto a la gatera y da dos palmadas. Sigue una pausa antes de que Skittle aparezcan volando por el agujero como un torpedo.

—Extraordinario —dice Claudia, riendo, mientras Skittle corre como un loco por la cocina dibujando arabescos descontrolados en el aire.

La sensación de dejarse ir, de rendirse: le caldea las venas como un tranquilizante, expandiendo su entumecida dicha. Claudia ha limado así el filo más cortante de la vida. Se apaga, abandona dudas, penas y ansiedades como cáscaras vacías, como conchas en la playa. Dispersas por su pasado yacen preguntas para las que nunca hubo respuestas. ¿Cuál es la forma correcta de vivir? ¿Qué valor tiene el éxito? Y lo más importante, lo más difícil de responder: si el amor es egoísta, ¿continúa siendo amor?

6

Leo va por el carril rápido de la A23 cuando Susie le pide que pare de inmediato. Su mujer se tapa la boca con la mano. En el área de descanso, Susie se agacha con la portezuela abierta y vomita en el asfalto. Los tráileres pasan de largo como rayos, uno tras otro. El Vauxhall se tambalea por las vibraciones. En el asiento de atrás, Justin y Madeleine permanecen en completo silencio.

—Es lo peor —jadea Susie, limpiándose la boca con el dorso de la mano. Sus largas uñas escarlata brillan junto a su mejilla, un ramillete de color sangre—. Cuando no echas nada.

Una ráfaga de aire a presión golpea el lateral del coche y lo suelta al instante. Se balancean de un lado a otro; durante unos segundos están a sotavento de un monstruo, sumidos en el rugir de las ruedas en movimiento y el aleteo desbocado de las lonas.

—Salgamos de aquí —dice Leo, nervioso—. Esas moles pasan demasiado cerca.

Susie coloca el espejo del acompañante y vuelve a pintarse los labios. Se gira en el asiento para controlar la carretera por la luna trasera.

—Yo te aviso —dice.

Se detienen dos veces más antes de llegar. En la serpenteante carretera secundaria Susie gime y se aprieta el estómago. Las vacas del campo levantan la vista para verlos pasar. A kilómetro y medio de Little Wickham unos cuervos saltan sobre el maltrecho cadáver de un animal en mitad de la carretera. Leo frena, toca el claxon. Están picoteando la carne y la piel muertas, no le hacen caso. Vuelve a tocar el claxon, acelera el motor. Era un conejo. Leo distingue una oreja arrancada y un fragmento de cráneo aplastado.

—Por el amor de Dios —se queja. Se da cuenta de que está temblando—. Dejad en paz al pobre bicho.

De mala gana, los cuervos se elevan con sus alas negras y se posan en el arcén, con los picos atiborrados. Susie apoya una mano en la rodilla de su marido. Ahora ella se encuentra bien. Deja la mano en la rodilla, firme.

—Ya casi hemos llegado —dice.

Es un día gris, ventoso, los árboles desnudos se sacuden irritables, el campo se extiende en montículos inconscientes de tosca vegetación. Mamá está esperando en el jardín delantero cuando ellos aparcan en la entrada. Lleva un sombrero divertido, una chaqueta de hombre y calcetines gruesos en los que se ha remetido los pantalones.

—¡Anda, hola! —saluda por la ventanilla del coche.

Parece sorprendida. Leo y Susie bromean sobre eso, sobre el hecho de que a los padres de él siempre les sorprende verlos a pesar de que hayan quedado en ir a visitarles; no es una sorpresa agradable ni una impresión fuerte, solo una leve falta de previsión, como cuando olvidas algo y luego te vuelve a la cabeza. Susie los imita, arquea ligeramente una ceja, abre más los ojos, el atisbo de una pregunta en la voz. Anda, ¿hola? Lo imita.

La ropa de la madre de Leo lo dice todo. La mujer no se desvive, por así decirlo.

—Leo —saluda la mujer, cuando su hijo baja del coche. Lo abraza. Él nota el cuerpo nudoso y vigoroso bajo la ropa, la eterna e imparable suficiencia de su madre—. Y Susie. —También Susie recibe un abrazo. Se le hunden los tacones en el césped.

—Ya lo veo —dice Susie, tocando la chaqueta de hombre y el sombrero viejo y arrugado—. Hoy vas a la moda andrógina.

Mamá se echa a reír encantada. Susie sabe tratarla, siempre ha sabido. Justin y Madeleine están aporreando las ventanillas del coche.

—Vaya por Dios, ¿los dejamos salir? —dice Mamá.

—Que se queden ahí —propone Susie—. No me iría mal un día libre. Podemos echarles una bolsa de patatas fritas para almorzar.

Mamá se vuelve a reír. Susie exagera su actuación de mala madre y Mamá apura hasta la última gota. Quiere formar parte del club, de la banda.

—¡No! —dice—. ¡Yo siempre me dejaba los míos encerrados en el coche! ¡Me iba y me olvidaba de ellos durante horas!

En casa, Susie la imita también en eso. «¡Una vez estuve siete años sin ver a Leo! ¡Se me olvidó!».

—¿Está Thomas? —pregunta Leo.

—Todavía no han llegado. No sé dónde andarán... Llamaron hace horas para decir que venían para acá. Y los demás no vienen porque Howard no se encuentra bien. Tengo un redondo de ternera enorme y de momento solo estamos nosotros.

Otra cosa igual, al parecer, después de quince años la mujer sigue sin enterarse de que Susie y él son vegetarianos.

—Bueno —dice Leo, porque parece que a su madre no le baste con tenerlo a él, como si al no estar Howard y Thomas lo mismo podrían cancelar la comida, ya que tiene un montón de cosas que atender. Su padre sale de la casa observándolo todo como un policía que investigara un altercado. Ve a Leo y a Susie, cambia su expresión por otra de reconocimiento. Leo se pregunta cuánto tiempo ha estado esperando antes de salir. Se lo imagina pegado a la pared junto a las cortinas, con los ojos entrecerrados, intentando atisbar por una rendija.

Susie baja a los niños del coche, mimándolos, poniéndoles bien la ropa. Leo y su padre se dan la mano.

—Me alegro de verte —dice el padre.

Dentro de la casa persisten la vieja oscuridad, los viejos olores. Flossie está en su cesta. El reloj del vestíbulo hace tictac. La casa está fría. El suelo de madera rayado, los grabados de caza con su aire de antigualla sin pizca de gracia, el papel pintado William Morris descolorido y lleno de formas extrañas, devoradoras; es algo más que meramente familiar, está cargado de vida subconsciente, como el bosque de un cuento de hadas. La casa está encantada, Leo lo sabe. Una única vez, cuando Leo tenía diecisiete años, pasó la noche solo en la casa. Algo lo llamó por su nombre cuando estaba sentado en la cama. La sensación de peso sobre el colchón lo había despertado mientras dormía. El haber estado dormido empeoró la situación. Es peor enfrentarse a algo de manera inconsciente. Le gritó a la cosa que se marchara, recorrió la casa entera encendiendo luces y dando gritos. Gritarle a nada significa romper un contrato con uno mismo, con la realidad. Si lo piensa ahora, Leo ve su vida puntuada por incidentes así. La realidad también es personal. Él ha tenido que romperla para avanzar, para seguir adelante. Es el único modo que conoce de llegar al lugar donde se siente cómodo.

—¿El trabajo va bien? —pregunta su padre—. ¿Alguna misión nueva últimamente?

—Va bien —contesta Leo—. Como siempre.

No sabe de dónde ha sacado Papá la idea esa de las misiones. Leo es redactor publicitario. Escribe para la misma agencia de siempre. Sin embargo, cada vez que ve a su padre, el hombre empieza a hablar de misiones. Suena a terminología militar; no es una palabra que Leo se haya aplicado nunca a sí mismo. Él imagina que es la manera que tiene su padre de racionalizar el molesto hecho de que Leo no sea un asalariado. Leo es autónomo, un mercenario, un soldado de la fortuna. Un día recibirá una misión y partirá hacia el ocaso.

—¿Y tú, qué tal? —pregunta Leo—. ¿Cómo va todo?

—Todo bien.

Se hace un silencio. Leo mira alrededor en busca de Susie, pero su mujer no está. La necesita. Él no sabe qué decir. Siente que el silencio lo consume, se lo traga.

—¿Qué tal el jardín? —pregunta.

Su padre lo mira con cierta frialdad. Lleva un fular atado al cuello. Y el cabello blanco como la nieve aplastado en su sitio.

—En esta época del año no hay demasiada actividad en el jardín. Podar un poco y recortar cuatro cosas con vistas al invierno. Estamos pensando en arrancar algunos de los árboles que están junto al garaje. Las raíces empiezan a socavar los cimientos.

—¿En serio?

—El problema está en que tu madre no quiere ni oír hablar de talar ningún árbol. El arboricultor vino a explicárselo, pero por lo visto no consiguió hacérselo entender. Mucho me temo que fue una tarde perdida. No me sorprendería que el hombre nos tachara de su lista, lo que sería una pena.

Justin y Madeleine miman a Flossie en la cesta. La perra abre un poquito las mandíbulas, se da la vuelta. Los niños le hacen cosquillas en su viejo barrigón y Flossie se tumba boca arriba, estirándose de placer sobre la manta sucia. Leo mira el cabello suave de sus hijos, su piel nueva y lozana, y nota la tensión del amor que siente por ellos, como si en este lugar su amor fuera ilícito.

—En fin —dice.

Por fin se oye cierto ajeteo en la entrada; han llegado los demás, Susie huele a cigarrillos, Thomas y Tonie cierran la puerta al entrar acompañados del aliento del mundo, de la bendita modernidad. Se les ve jóvenes, limpios y esbeltos. Se les ve eminente y tranquilizadamente competentes.

—Perdón —se disculpa Thomas. Abraza a Leo, le da unas palmaditas en la espalda—. Hemos tenido que dar un rodeo, pero hemos venido tan rápidamente como hemos podido.

—Habría tenido que comer ternera a la fuerza —se queja Leo. Ahora que están los demás, puede exteriorizar su malestar.

—Necesitamos una copa —dice Thomas—. A todos nos vendría bien una copa, ¿no os parece, papás?

Madeleine levanta la vista, sorprendida.

—A mami no le deis nada de beber —dice—. Anoche bebió demasiado y se ha mareado en el coche.

Susie pone los ojos en blanco. Lleva un montón de maquillaje y tiene la tez mortecina, gris. Se ha manchado los dientes de pintalabios. El vestido está completamente arrugado por delante. Leo se siente culpable. Debería haber dejado que se quedara en casa, dejar que durmiera la mona. Le preocupa no cuidarla debidamente. Le preocupa agotarla.

—Mami tenía un bichito en la barriga —le dice con severidad a Madeleine.

Madeleine arruga la frente, perpleja.

—No es verdad. Y hace un momento estaba fumando. La he visto en el jardín.

—¿A que es un amor? —dice Susie, entre dientes—. ¿Qué más se puede pedir de una hija? —Abraza a Alexa y le da un beso en la reluciente frente—. Esta sí que es una niña mona y discreta. Esta niña sí que está bien enseñada.

Tonie está en el umbral. Leo la ve, la ve contemplándolo todo. Parece estar viendo una obra de teatro.

—Sal un momento —le dice Leo en voz baja a Madeleine.

La niña abre la boca para protestar, pero no dice nada, se limita a levantarse y pasar enfurruñada por delante de su padre en dirección al jardín. Él la sermonea entre la hierba, en pleno día gris y ventoso. Cuando vuelven a entrar los otros están sentados charlando, bebiendo *gin-tonics* poco cargados. Madeleine lanza una mirada elocuente a su madre, que tiene una copa en la mano, pero Leo la ha hecho callar. La niña va a sentarse en la repisa de la ventana y se queda mirando el exterior hasta que la abuela los llama para almorzar.

Susie bebe un segundo *gin- tonic* y luego vino y, a las tres, está colorada, desaliñada, la melena pelirroja le cae como una cascada alborotada sobre los hombros. Los niños se han levantado de la mesa. Leo los oye gritar y reír en el césped.

—¿Cómo va el nuevo trabajo? —le pregunta a Tonie.

Ella sonríe misteriosa, distante. Asiente.

—Ya, me alegro.

—¿Y el...? ¿Cómo se llama? El año sabático. ¿Cómo va? —le pregunta Susie a Thomas.

Existe una jerarquía, piensa Leo, cierto orden en estas conversaciones, y Susie y él están en la base de la pirámide. Se sobreentiende que ellos preguntarán, se interesarán por los demás, como se interesarían por algún lugar atractivo en el que estuvieran de visita, París, por ejemplo. Él es el más joven, tiene cinco años menos que Thomas y siete menos que Howard.

También es el más grande, el más alto, más incluso que Howard, aunque no lo siente así, no en esta casa. Cuando sus padres no estaban, Howard lo obligaba a sentarse bajo la mesa a la hora de las comidas. Y si trataba de salir, lo pateaba. Le servía la comida en el suelo, como a un perro.

—Estoy aprendiendo a tocar el piano —dice Thomas.

—¿De veras? —pregunta Susie, perpleja—. ¿Qué...? ¿Como profesión?

Susie no comprendería lo de tocar el piano. No comprende ninguna afición de clase media. Siempre ha trabajado, siempre ha cuidado de otros, trabajó incluso de niña, cocinando y ocupándose de la casa. Su madre era mujer de la limpieza. No sabía leer ni escribir. Susie tampoco aprendió hasta que cumplió catorce años y alguien de la escuela se dio cuenta.

—No exactamente —contesta Thomas, riendo.

Leo quiere protegerla, defenderla. Quiere golpear y golpear hasta que Susie esté a salvo. Quiere a Thomas, pero con un amor pasivo, un amor de fondo. Es algo a lo que nunca se enfrenta de cara. Está acostumbrado a verlo por el rabillo del ojo. Algo que no eligió él y que sin embargo siempre ha estado ahí. En realidad no sabe lo que es.

—No puedes pasarte todo un año tocando el piano —dice Leo. Parece más indignado de lo que quisiera. Siempre igual, la dificultad de ser él mismo con esta gente, su familia, la dificultad de localizar su autenticidad. Dice cosas que no piensa y lo que piensa en el fondo no lo dice.

Thomas parece sorprendido.

—¿Por qué no?

—Es... Es una pérdida de tiempo, ¿no?

—A mí no me lo parece. De todos modos puede que dure más de un año.

—Ándate con ojo —le aconseja su padre—. Si estás sin trabajo demasiado tiempo, podrían no volver a cogerte. Las cosas evolucionan, ¿sabes? Tu experiencia podría quedarse obsoleta.

—No quiero regresar al trabajo —dice Thomas—. Me gusta estar en casa. Papá se ríe con amargura.

—Como quieras —dice—, pero por mucho que te guste, la cuestión es si os lo podéis permitir.

Leo lo oye, oye ese tono, el modo en que pasa por encima de todo y lo arrasa mecánicamente, como un tanque. Es benevolente, implacable, constante. Nunca ha oído a su padre alzar la voz. No ha hecho falta; la violencia se consume mediante la persistencia arrasadora. La voz de Papá está hablando del mundo y su funcionamiento en la cabeza de Leo desde que este tiene uso de razón.

Thomas también se ríe, ligeramente combativo, y se encoge de hombros.

—Pregúntaselo a Tonie. Pregúntale a Tonie si podemos permitirnoslo.

—Siempre he sido de la opinión —continúa Papá—, de que para un hombre el trabajo es la vida, como para una mujer lo son los hijos.

Un resalte de silencio que todos superan juntos, un bache.

—Pero el trabajo no era mi vida —explica Thomas con prudencia—. Igual que los niños no lo son todo en la vida para Tonie.

De pronto hay algo nuevo, algo en el ambiente. Leo lo nota, una alteración en el fondo de las cosas, como un movimiento de placas en el lecho oceánico. Siente el levantamiento, el cambio, en las profundidades.

—Venga —dice Tonie con su voz baja y ronca, que siempre le eriza los pelos de la nuca a Leo—, va, cambiemos de tema.

Apoya su mano con un único anillo de plata en la de Thomas. Leo piensa que el anillo de Tonie tiene algo inquietante. Susie en ese dedo luce una gran esmeralda engarzada en oro.

—Sí, por Dios, cambiemos de tema —exclama Mamá—. Estáis todos ahí sentados con caras largas.

Como si, de haberlo dejado en sus manos, la vida hubiese sido muy diferente, toda frivolidad.

Más tarde, a la hora de irse, Leo está buscando a los niños por la casa y en el estudio de su padre encuentra sobre el escritorio un libro de crucigramas, completado y fechado con la letra clara de su padre, escrito con estilográfica. Tiene que ayudar a Susie a cruzar el jardín. La agarra con firmeza por el codo, pero aun así, su mujer se tambalea cuando se le hunden los tacones en el césped y se le sale un zapato. Mamá está desherbando los parterres arrodillada en una esterilla que ha colocado en el suelo. Levanta la vista. A veces hay algo tan vago en sus ojos azul claro que a Leo le dan ganas de llorar. Su madre consigue que a Leo su existencia se le antoje mucho más azarosa de lo que él puede soportar. Cuando era niño, ella solía ir contando por ahí con total libertad que Leo era un error, hasta que él fue lo bastante mayor para pedirle que dejara de hacerlo.

—¿Ya os vais? —dice Mamá—. Si apenas os he visto.

—Bueno —contesta Leo. Es todo lo que puede decir, todo lo que ha sido capaz de decir en todo el día.

En el coche, a la vuelta, le cuenta a Susie lo de los crucigramas.

—Bueno, de algún modo tiene que matar el tiempo, ¿no? —dice ella, soñolienta.

Susie tiene razón, por supuesto, pero de todos modos los crucigramas le han inquietado. No sabría explicar exactamente la razón pero tampoco tiene que hacerlo porque Susie ronca ligeramente, desplomada en el asiento de al lado. No hay nada de malo en un crucigrama. Es solo que no va a ninguna parte. Es rígido internamente pero carece de fuerza para extenderse. Es trivial. El paisaje llano de la autopista es radial, infinito, se extiende sin fin hacia la nada. En el pecho de Leo se abre una especie de vacuidad, una sensación de ingravidez.

Un Lamborghini amarillo los adelanta por el carril rápido. A Leo no le interesan los deportivos, pero de pronto ver ese aparato sin sentido de color plátano le anima, le hace gracia. Se vuelve hacia Justin, que va en el asiento de atrás.

—Mira eso —le dice.

El avión remonta el vuelo por el cielo gris. La gente va callada, con los cinturones de seguridad abrochados. Cabalgan precipicios y depresiones, montañas y súbitos y vertiginosos vacíos. Con sus trajes a medida, con sus libros y sus maletines y sus ordenadores portátiles, son como un pelotón que avanza en nombre de la civilización. Se aferran a sus periódicos, a sus *gin-tonics*. Su movimiento de avance parece racional, incluso cuando la tormenta los aparta a la fuerza de su camino. El avión sale disparado en una y otra dirección. El motor zumba, emite una línea de sonido ondulante. Tonie no tiene miedo. Se alegra de estar en el bando de la racionalidad. Es mucho peor ser la tormenta, estar atormentada e histérica, estar descontrolada.

Aparece el aeropuerto de Amsterdam, bajos edificios grises entre velos de lluvia horizontal. Hay vehículos como cajitas aparcados en el asfalto entre los charcos informes arrugados por el viento. Su anonimato resulta casi estimulante. También el aeropuerto es demasiado racional, demasiado impersonal. Parece sacar a Tonie de la pelea de las relaciones. Parece aliviarla de todo lo que es privado y particular, de la emoción. Cuando consigue un taxi ya ha oscurecido. La tormenta avanza sin obstáculos por el paisaje llano, cruza el puerto con las negras siluetas de las grúas y los contenedores, cruza el mar picado y los istmos de hormigón de las afueras de la ciudad. Restos de desechos atraviesan volando la oscuridad; el viento envuelve la frágil verticalidad del extraño paisaje urbano, doblega los árboles esqueléticos, balancea los postes metálicos con amarraderos de hormigón. Parece proceder de la infinidad del horizonte bajo, de la negra nada. Por primera vez, al mirar por las ventanillas del taxi surcadas de lluvia, Tonie tiene miedo. Es la fuerza de lo horizontal cayendo sin control por el borde de la tierra negra lo que la asusta.

El taxista no sabe adónde van. Él también es de otra parte. Tiene la piel oscura, vulnerable con su camisa de manga corta. Estudia minuciosamente la dirección del hotel que ella le ha escrito al dorso de un sobre: analiza la letra, las crípticas palabras plagadas de consonantes. Se apea del coche y muestra el sobre a un transeúnte. Ambos se apiñan sobre él, señalando y discutiendo. Tonie va sentada detrás, con las manos recogidas en el regazo. Están

aparcados en la oscuridad de una calle vacía de una zona de aspecto industrial, llena de almacenes y edificios modernos sin nombre con las persianas metálicas bajadas. El viento sopla quejumbroso desde el mar. La lluvia salpica los cristales. La turbulenta agua negra se agita en la explanada de cemento. El taxista regresa y reemprenden la marcha despacio. Giran en una esquina y al cabo de unos cien metros se adentran sigilosamente en la oscuridad junto a una carretera y se detienen. El taxista señala. Tonie ve un edificio industrial enorme y lúgubre detrás de una pared. De pronto pierde los nervios.

—Eso no es un hotel. No parece un hotel.

—¡Sí, hotel!

El taxista vuelve a señalarlo. Insiste. Su convencimiento es tan fuerte como lo eran sus dudas hace un minuto. Tonie se da cuenta de que es muy capaz de dejarla allí sea un hotel o no. La desilusión se apodera de ella, la impresión de que la ha defraudado no aquello que conoce y en lo que confía, sino lo que le resulta nuevo y desconocido. Permanece en su sitio en el asiento trasero. Siempre ha sido susceptible a los malos modos, se vuelve maleable, una víctima. Lo que la paraliza es la masculinidad del taxista. No es capaz de sustraerse de ella. El taxista tiene que soltarla, como el pescador suelta de cualquier modo un pez del anzuelo. De pronto Tonie ve gente, tres o cuatro figuras que suben maletas por los escalones inmersos en la penumbra de la entrada del edificio. La gran puerta anónima se abre y vuelve a cerrarse detrás de ellos mostrando un segmento de luz naranja. El taxista grita. Está contento. Se levanta de un brinco del asiento y le abre la portezuela. Señala de nuevo hacia la entrada apenas iluminada, no sea que todavía le queden dudas. Tonie le paga lo que le debe. Comprende que, al fin y al cabo, el taxista no la habría abandonado.

En la habitación, Tonie se sienta en la cama y repasa las notas. La habitación es grande, espartana y luminosa, blanca como una galería. El viento gime en las ventanas. Las altas persianas blancas se mueven y golpean. Tonie atisba entre las lamas y vuelve a ver las llanas distancias negras bañadas de lluvia, las siluetas de las grúas y, más allá, la oscuridad indistinta agitándose sobre el bajo horizonte. Da la impresión de que avanza hacia ella cruzando la desolación, empeñada en arrancarla de allí. Pero la habitación tiene fuerza propia, con su enorme desnudez inmaculada, sus extraños racimos alargados de luces colgantes, su mobiliario futurista todavía intacto. Sobre la mesa hay un gigantesco bloque de cristal —un jarrón— con un haz

de orquídeas y gladiolos color sangre. Las flores no huelen, miden casi un metro y tienen tallos gruesos, verde veneno. Parecen sintéticas, pero Tonie descubre al tocarlas que son naturales.

Tonie está aquí para dar una conferencia. Tendrá lugar mañana a las diez; después volará de vuelta al hogar. Esta mañana, al salir de casa, se le ha olvidado que regresaría tan pronto. Lo único que le preocupaba era el distanciamiento, la partida, como la valla preocupa al saltador y no la misma tierra continua que espera al otro lado. Recuerda que Alexa llevaba un vestido rojo cuando ha salido a la puerta a despedirla. Tonie nunca había visto ese vestido; se lo ha comprado Thomas. Le daba un aire irreal, como de niña en un sueño. Con él puesto, parecía que Alexa ya no necesitara a Tonie salvo para figurar entre sus logros. Sin embargo la marca de posesión pertenecía a Thomas: con el vestido rojo Alexa lucía un sello distintivo, como una estatuilla de plata. Ese era, pensó sorprendida, el aspecto de una persona atendida por Thomas. En cierto modo era el mismo que debería tener ella. Cuando Tonie miraba a Alexa estaba mirando una versión de su relación con Thomas, una de las diversas versiones posibles en las que ella era el objetopreciado de Thomas engalanado con el vestido que él había elegido.

Abajo hay un restaurante. Tonie se prepara frente al espejo, probándose una camisa diferente. ¿Quién es ella? ¿Qué está haciendo en esa habitación con flores siniestras y unas persianas blancas que el viento y la oscuridad parecen empeñadas en arrancar? Su cuerpo, la unidad que la constituye es único y estanco; eso es todo lo que es y, no obstante, vive muy poco en él. Lejos de casa, Tonie solo es esa unidad de carne. ¿Qué experiencia puede ofrecerse a sí misma? ¿Qué acontecimiento físico justificaría esta forma y la daría a conocer? Sola, come un plato de pescado y bebe una copa de vino amarillo y frío. El camarero es joven, atento, tan formal que Tonie se siente incómoda y extraña cuando se le acerca. Ella ha bajado sus notas y se descubre consultándolas, mirando lo que escribió la noche anterior en la mesa de la cocina de Montague Street, cuando estaba sentada pensando en el viaje e imaginó el tentador gran mar de lo desconocido y a sí misma zambulléndose en él. Ahora no sabe qué pensaba que iba a encontrarse aquí. Descubre una mancha en una de las páginas: es salsa de carne, del pastel de pollo de anoche. Observa al resto de la gente que conversa y come en el salón a la moda.

Arriba, telefonea a Thomas. Suena distante, algo seco. No sabe que hay algo en la difícil situación de su mujer que debería inquietarlo. Y ella nunca puede explicárselo, puesto que en tanto que historia gira en torno a la revelación de un deseo de algo que no tiene nombre y es indescriptible, algo a

lo que Tonie solo podría llegar por un camino de negativas que en algún punto del recorrido pasaría por el propio Thomas. Pero él no pregunta. Tonie está de viaje por trabajo, nada más; él mismo lo hacía a menudo. A la vuelta, ¿se quejaba Thomas de soledad, de desilusión? Tonie piensa que quizá lo hiciera. Thomas se quejaba al igual que el recluta se queja de lo incómodas que son las botas reglamentarias. Quizá Thomas tampoco se lo contara todo.

Tonie se sienta en la cama. Quiere y no quiere ir a casa. Recuerda ese sentimiento de la infancia, cuando se recluía en su cuarto después de alguna disputa familiar y tumbada en la cama experimentaba el mismo deseo dividido, el mismo dilema que ahora comprende que no era tal entre volver abajo o quedarse donde estaba. Abajo continuaba desarrollándose el guión, lleno de tramas e incesante, de todo lo que ya conocía; pero en su cuarto había silencio, luz diurna, ausencia de estructura. Al salir del guión se había topado con el vacío que la rodeaba. Era un lugar muy transparente y silencioso: parecía presagiar la creación de algo, aunque el momento de hacerse realidad nunca llegó. Únicamente había soledad, bella pero estéril, sin polinizar. Tonie nunca encontró nada allí. Al final, siempre regresaba.

Se acuesta y a lo largo de toda la noche la despiertan los golpeteos de las persianas y el viento que gime al otro lado del Zuider Zee.

8

¿Qué es el arte?

Lo contrario del desecho, de la redundancia. Thomas rebusca en los armarios y encuentra una caja tras otra de basura obsoleta. Cables, piezas de ordenador, una caja entera de cartuchos de plástico gris todavía sellados en envoltorios herméticos. La impresora para la que fueron diseñados ya no existe y no son compatibles con ninguna. Sin embargo, durarán para siempre.

Le asalta la sensación física de su despacho londinense, el gran edificio de acero y material acrílico con sus cables, pantallas parpadeantes y teléfonos estridentes, el olor amargo a plástico y luz eléctrica, los silenciosos espacios grises, las ventanas aislantes acallando el mundo, el olor a maquillaje de su secretaria Samantha y su ropa sintética, todo el mundo tan trajeado y de un olor tan químico, y el modo de hablar de la gente, el propio lenguaje se ha vuelto artificial, de tal manera que acababas mirándoles a los dientes, a los ojos, para recordarte que allí dentro había un ser humano. Y sobre todo la sensación de estar a bordo, de vivir en un presente irresoluble, la sensación de que toda esa artificialidad podría sostenerse, siempre y cuando no se le permitiera deslizarse en el pasado. Recuerda cómo la propia realidad se hacía irreal. Lo último que Thomas hizo antes de marcharse fue reestructurar una empresa que fabricaba comida para perros. Cuando llevaban tres o cuatro semanas con el tema, alguien sacó una lata de comida de perros en una reunión. Hasta ese momento, la comida para perros había sido teórica. Ahora estaba allí, era real. Tras tanta artificialidad se había descubierto lo real. Thomas comprendió que siempre había estado allí. La comida para perros siempre había estado allí. Los perros, amistosos y sucios y mortales, siempre habían estado allí.

Encuentra tres auriculares sin abrir enroscados dentro de sus bolsitas de plástico como embriones. Venían con un teléfono móvil que se quedó anticuado. No sirven para el teléfono nuevo. Sin embargo, durarán para siempre.

En el tren Thomas solía tomar varias decisiones. Decidió no quedarse dormido. Decidió no leer la prensa. Decidió escribir un diario. Decidió llevar un cuaderno de dibujo y retratar a los demás pasajeros. Tardaba cuarenta y

cinco minutos en cada trayecto, a veces más. Lo que significaba una hora y media que podía rescatar del desperdicio diario. Quería echar un ancla en el estrecho canal del tiempo. Quería dejar de ir a la deriva.

En el armario encuentra el diario, tres libretas y el libro de papel de filigrana en el que pensaba dibujar. El diario está totalmente en blanco. En el libro hay dos esbozos a lápiz que no recuerda haber hecho, por lo que dan un poco de miedo. Uno de ellos es de una mujer con gafas y el cabello estropajoso como una bruja.

Le viene a la mente la imagen de un objeto abovedado hecho de plástico que tenía en la mesa del despacho. No tiene ni idea de lo que era. Lo miraba todos los días. Tenía una especie de fisura en el revestimiento, un araño de unos once o doce centímetros que iba hacia la izquierda y seguía recto, con una curva al final. Posiblemente no olvidará nunca ese objeto inútil y extraño. Sobrevivirá en su mente para siempre, inmutable. En cierto modo le sobrevivirá. Su recuerdo del araño es tan preciso que podría tratarse de una cicatriz de su cuerpo. Sin embargo, la mujer cuya cara dibujó y el acto de dibujarla han desaparecido.

Encuentra una carpeta llena de manuales de uso de cosas que están rotas o ya no conserva. Se le llama progreso a eso de reemplazar una cosa por otra, privar de sentido a una cosa mediante otra. Las cosas sin sentido no viven ni tampoco mueren. La mayoría de la gente que conoce opina que el progreso es bueno.

A menudo llegaba a la estación y veía que su tren atestado y listo ya, con las puertas cerradas, empezaba a alejarse del andén sin él. Nunca se ha sentido más un individuo, nunca se ha sentido más diferenciado que en esos momentos. Sin embargo era solo que había dejado de avanzar. Por un segundo, se convertía en pasado. Lo raro era que allí parecían existir más posibilidades. Recuerda cómo automáticamente pensaba en ir a Nueva Zelanda o a Sudamérica. Ni una sola vez se le ocurrió lo mismo en ningún otro momento. Solamente allí, cuando había perdido el tren, surgía la necesidad de tomar un vuelo hacia tierras lejanas, como si tiempo atrás se le hubiera caído algo de sí mismo en el andén de Waterloo y de vez en cuando volviera a tropezar con lo mismo.

El arte, piensa Thomas, no es el progreso.

9

Howard, enfermo, yace y contempla por la ventana el gris mediodía del barrio residencial. Se trata de una vista de desnudos árboles ahorquillados contra un cielo vacío, luminoso, del piso superior con tejado a dos aguas del número treinta y dos. Howard nunca ve el mundo así, en el sopor de un día laborable. Por las mañanas se va a las ocho en punto y regresa al cabo de doce horas; siempre está yéndose o volviendo, entrando y saliendo como una aguja en la tela. No pregunta cómo se teje la ropa, pero ahí la tiene, tejiéndose sola en silencio, por estasis. A Howard le encanta, le gusta que se teja en torno a él como un capullo. En este dormitorio el tiempo posee cierto grosor, cierta opacidad: con el paso de las horas parece ir formando una piel, como un líquido refrigerante. Oye los coches pasar en el exterior, a veces le llegan voces. Hay un pájaro que emite un sonido similar al chirrido de una rueda de bicicleta. «Ri-ri-ri-ri-ri». Las voces entran como piezas de un rompecabezas que Howard encaja para elaborar pequeñas secciones de vida de bordes irregulares. Madre e hijo. Hombre paseando al perro. Cartero entregando un paquete demasiado grande en la puerta de al lado.

Claudia entra a verlo, se sienta en el borde más alejado de la cama. También ella parece sentir el sopor, la pesadez de la atmósfera. Él la supone familiarizada con ello, pero por lo visto no lo está: Claudia parece creer que el sopor emana de Howard.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Claudia, briosa, con los ojos pintados, perfumada y perfectamente vestida. Howard la nota algo impaciente, como si él fuera una pieza de maquinaria que se ha estropeado en su propiedad, que ella está encantada de arreglar y apartar de en medio.

Howard retira las mantas arrugadas y da unas palmaditas en las sábanas.

—¿Quieres meterte?

—¿En la cama?

Él le toca la muñeca. Ella parece alarmada.

—No hay nadie —dice Howard.

Ahora lo comprende, ese es el problema del día; falta la imposición de una voluntad humana. Es informe. Es un montón de arcilla que la inspiración y el deseo deben moldear. Eso era la libertad, recuerda Howard. A los

cuarenta y tres años por lo general la libertad le llega refinada y en cantidades pequeñas: decisiones, directivas, intrincadas oportunidades de triunfo. Ha olvidado la sensación del material en crudo. Claudia se toquetea el colgante de plata que pende de su cuello. Howard lo ha visto en otras ocasiones pero nunca se había fijado en él, nunca se había percatado de lo compacto y frío que es ni del modo en que magnetiza y atrae hacia él los dedos de Claudia.

—No puedo.

—Vamos, Claude. Solo un minuto.

Howard la ha irritado. La ha hecho enfadar. Negras siluetas de pájaros cruzan en silencio el cielo parduzco. Claudia se tumba a su lado, algo rígida, en la cama. No se quita los zapatos. Pero apoya la cabeza en el interior del codo de Howard para que le acaricie el pelo, que hoy parece sucio y lleva recogido mediante numerosas horquillas pequeñas y plateadas. A Howard le sorprende, le asombra, el modo en que la gente se entrega, el modo en que, en el vacío del momento que llega, crea otro instante de vida. Lo oye alzarse desde la vacuidad de la calle: la mujer que se muestra paciente con su hijo, el hombre que llama a su perro con un silbido. Howard piensa en lo virtuosos que son, en lo buenos que son. Los árboles invernales dibujan formas sombreadas y descarnadas al otro lado de la ventana. No cree que la gente sea tan buena de manera consciente como lo es por instinto, en una calle vacía una mañana de noviembre entre semana. Como lo es su mujer, en ese trocito desechable del día, tumbada a su lado en la cama.

—¿Quieres algo? —pregunta ella, de vuelta en el umbral y alisándose la ropa.

—Solo un poco de sopa —contesta él con debilidad—. No mucha.

—Sopa. ¿De algo en particular?

—De cualquier cosa. La que preparas con puerro está muy buena. Y quizá un panecillo, solo uno, con algo de mantequilla.

—Muy bien.

Él ve la expresión de resignación, de opresión momentánea de su mujer. Quizá cuando Howard está en el trabajo, ella se olvida por completo de él. ¿En qué piensa su mujer? ¿De qué la está desviando él, sufriente entre sábanas que huelen a sí mismo en el cuarto de ambos que empieza a macerarse en su presencia? Claudia debería airearlo, estirar las mantas y abrir las ventanas, poner flores en un jarrón. En cambio, se coloca bien la ropa y su boca compone una expresión ligeramente adusta cuando él le pide sopa. Howard distingue una figura tras el cristal oscuro de la ventana de la casa de enfrente. Ve un brazo pálido alzarse y moverse, alzarse y moverse. Ve una

borrosa melena caer sobre un hombro blanco. Es una mujer planchando. Howard distingue el destello metálico del objeto, la presión y la repetición de movimientos. La cara de la mujer es una sombra. La mujer es constante, diligente. Howard la observa, reconfortado. Es cierto que la vida encadena el amor; quizá sea ese, piensa, el secreto de Claudia. Hay virtud en la laboriosidad, aun cuando imponga limitaciones al afecto, aun cuando prive a la mano de sentimiento. Es bueno que Claudia no lo deje todo para pasar el día tumbada en la cama a su lado. Howard recuerda cómo lo cuidaba su madre cuando enfermaba. Siempre había un jarrón con flores junto a la cama y una bandeja subiendo las escaleras. Recuerda la sensación de amor paralizante, el modo en que su madre parecía querer mantenerlo allí y en parte también él quería quedarse, como si su madre lo hubiera robado al mundo para perfeccionar su cuidado.

Howard duerme un rato y al despertar le llega el olor a sopa de la planta baja. El día permanece invariable. El pájaro canta junto a la ventana. «Ri-ri-ri-ri». Suena el teléfono y oye hablar a Claudia. Habla bastante rato. Ríe varias veces. Más tarde sube una bandeja y la deja en la cama, al lado de Howard. Son las dos y cuarto; Howard nota la boca seca y amarga debido al hambre. La sopa es verde clara, espesa, y está salpicada de hierbas, tal como había imaginado que sería.

—¿Y la tuya? —pregunta—. ¿Tú no tomas nada?

Claudia no para quieta, va recogiendo cosas, manteniéndose fuera del alcance de su marido.

—Ya he comido antes, abajo. Esta tarde quisiera pasar un rato en el estudio. ¿Tienes todo lo que necesitas?

Howard también recuerda eso, la sensación de que su madre tenía una vida secreta y de ser un intruso que escucha a escondidas, como si el hogar fuera un truco, un artificio, y su enfermedad la manifestación de la culpa de su madre. Cuando Claudia se va, Howard come la sopa y se la imagina sentada a solas en la mesa de abajo, comiendo la suya.

La casa está vacía. Olga va de una habitación a otra mirándolo todo. Hoy ha vuelto temprano, con un dolor de cabeza que le provoca escalofríos en todo el cuerpo. Le han permitido que se fuera a casa. Durante todo el trayecto del autobús el dolor la ha golpeado como una baqueta a un tambor. Y luego el conductor le ha gritado porque ha presionado el botón demasiado tarde y el hombre ha dado tal frenazo que Olga ha salido disparada contra la barra. Se ha hecho daño; tiene un verdugón rojo en el brazo. ¿Por qué se lo ha hecho? Si vuelve a encontrarse con el conductor, se lo preguntará. Aquí no tiene amigos, no tiene familia, ni idioma en el que expresarse. ¿Por qué la ha elegido a ella para hacerle daño?

Olga está de pie en la habitación del sofá de terciopelo, a la que nunca la invitan, donde se sientan a charlar al anochecer. Hay varias sillas, una de cuero y otra con una tapicería floreada pasada de moda. Hay una mesa llena de montones de diarios y revistas y dos vasos sucios. Hay un piano viejo de color marrón. Las cortinas de esta habitación son verdes. Le gusta la tela, seda salvaje, y le gusta el espejo dorado encima de la chimenea y los objetos expuestos en la repisa, un pequeño reloj de oro con minúsculas columnas labradas como un templo, un pisapapeles con una peonía color sangre sepultada en el cristal y un jarrón de porcelana celeste de cuello estrecho. Hay figuritas blancas grabadas a ambos lados. Visten ropajes tipo túnica, como dioses o diosas. Están bailando y conversando y dándose un festín. Olga mira los libros, inclinados sin orden ni concierto en las estanterías. Están polvorientos, al igual que el piano. Pero las sillas y el sofá parecen amistosos, como gente charlando, y las cortinas le hacen pensar en los vestidos de gala que las actrices lucen en los bailes de las películas antiguas. Es una buena habitación, una habitación cálida, pero a ella nunca la invitan a entrar y sentarse.

Sube al dormitorio de ellos, también polvoriento, con ropa por todas partes y la cama deshecha. Una noche los oyó gritar ahí dentro. No le gusta la gente que grita. Pero por la mañana volvían a estar normales, como si no hubiera pasado nada. La cama, con las mantas tan enredadas, parece el nido de una rata. Es curioso que dos personas se pongan de acuerdo para dejarla en

semejante estado. Es misterioso. Ella se negaría a meterse en esa cama. No comprende por qué no arreglan su habitación. Vivir así es una asquerosidad. Abre un cajón, echa un vistazo al interior. Ropa interior masculina primorosamente doblada. Le sorprende. Es tan desordenado, tan perezoso, y sin embargo, en su cajón, donde nadie puede verlo, todo está ordenado. Olga ha llegado a casa a las tres o las cuatro de la tarde y se lo ha encontrado tirado en el sofá leyendo un libro mientras abajo la cocina está llena de olores e imágenes terribles, de moscas zumbando alrededor de los platos sucios, el suelo sin barrer que cruje al pisarlo y sartenes con restos de comida quemada en el fondo que permanecen olvidadas durante días. Jamás habría adivinado que dobla la ropa interior.

En la habitación de Olga todo está limpio y ordenado. El blanco sol invernal entra por la ventana. Hay un moscardón nadando ruidosamente en el cristal. Lo mata de un manotazo con una revista enrollada. El dolor de cabeza ha dejado un hueco tras de sí. Olga se toca la marca roja del brazo con la punta de los dedos. Se siente sola. Se sienta en la cama y marca el número de teléfono de su madre.

El profesor de piano vive con su novio en un sótano al otro lado de la ciudad. Ignatius también es pianista; su piano de cola está embutido en el dormitorio atestado mientras que el piano de pared de Benjamin ocupa la sala, donde manchas marrones de humedad salpican el techo bajo y combado, y la ventana da a un pequeño patio de cemento y a un tramo de escaleras mohosas que suben hasta la calle.

Incluso antes de llegar, Thomas siente que el ambiente empieza a influir en su actitud hacia la cultura igual que un astringente actúa en una herida reciente: las hileras de casas en decadencia, las aceras llenas de muebles rotos y bolsas hinchadas de basura, la barandilla oxidada y el verdín brillante y ponzoñoso de la escalera de Benjamin, incluso la puerta principal desportillada, baja como la entrada a una mazmorra... todo resulta vigorizante, correctivo, de tal modo que cuando se abre la puerta y aparece Benjamin, Thomas siente que le inunda una confusa oleada de sensaciones como de amante. Benjamin no es particularmente agraciado; ocurre solo que en la miseria de su vestíbulo, por un momento, su acicalada humanidad sobrecoge. A Thomas le avergüenza vagamente el placer que le produce mirar la piel lechosa de Benjamin, tan relajante a la vista; observar su cabello, que es negro y lustroso, y su boca rosada con una expresión ligeramente asombrada propia de un niño del coro. Su cuerpo se insinúa a través del cárdigan y los pantalones de pana anodinos, como una estatua debajo de una sábana para el polvo. Últimamente, cuando se encuentran cara a cara en el umbral, Thomas se ha percatado de que a Benjamin también le agrada verle. Una sensación de calidez, casi de emoción, ocupa el espacio entre sus cuerpos irreconciliables.

Thomas tiende la mano —«Hola, de nuevo»— y tras un fugaz titubeo Benjamin le invita a entrar, de un modo que Thomas se pregunta si, de hecho, Benjamin no encontrará algo extraño en dos hombres que se estrechan la mano, algo típicamente heterosexual. Se le ocurre que quizá los hombres gays no se den la mano, que quizá se abracen o se besen en la mejilla como las mujeres. Se pregunta si la próxima vez abrazará a Benjamin.

—Encantado de verte —dice Benjamin, apretando los dedos y relajándolos luego.

Entran en el vestíbulo, donde los pies resbalan en los trozos de vinilo desgastado y una única bombilla cuelga de un cable eléctrico largo y sucio. Benjamin tiene que agachar la cabeza para no golpearse. Da la vuelta a la esquina, se agacha de nuevo en la puerta que conduce a la sala profusamente desordenada. Thomas le sigue, tan pegado a él, que la mole del cárdigan *beige* de Benjamin le queda a escasos centímetros de los ojos, puesto que en el piso atestado, en aquella madriguera, no existe distancia posible y en consecuencia la forma humana se antoja más significativa, con más textura y más rica en asociaciones. Eso, sumado a la miseria, es la causa de que Thomas identifique el piso de Benjamin con la juventud. Cuando viene aquí recuerda una experiencia más cercana y sensualmente vívida del cuerpo que hasta ahora no era consciente de haber abandonado. Sentado con Benjamin al piano, con las rodillas casi rozándose y las manos cruzándose una y otra vez mientras exploran las teclas, Thomas está más próximo físicamente de lo que ha estado desde hace años de cualquiera, salvo su esposa y su hija. El asiento de Benjamin es una silla de colegio de madera que chirría cada vez que se inclina para pasar las páginas o para enseñarle algo en el teclado. Las extremidades de Benjamin arañan el campo de visión de Thomas, piernas y brazos como barras tan precisos en sus enormes goznes como nudillos, las manos expertas, espaciosas, con uñas anchas y limpias, las muñecas firmes y masculinas, y el vigoroso vello castaño del antebrazo que asoma cuando se estira para alcanzar el metrónomo: esto es intimidad, esta cercanía que se renueva constantemente mediante el movimiento. Cuesta impresionar a alguien que está sentado tan cerca. A Thomas le ha llevado cierto tiempo acostumbrarse al hecho de que la impresión deba producirse a través de las manos y no de la cara.

Benjamin lo observa sin parpadear desde detrás de las gafas.

—¿Cómo ha ido la semana?

—Bien, creo. Bien.

La primera vez, a Thomas le incomodó esta pregunta, que parecía presionar alguna parte escondida de su persona, ser en cierto modo una pregunta clínica, como cuando el médico examina regiones ocultas del cuerpo. Así que intentó protegerse; trató de restablecer con palabras la sensación de distancia que no podía conseguir físicamente. Pero se ha acostumbrado a esa exposición. Espera con ilusión reconocerla, encontrar ese claro libre de vergüenza donde ahora, semana tras semana, se cultiva.

—Has seguido con la invención a dos voces.

—En realidad —dice Thomas con despreocupación—, he empezado a mirar el *adagio*.

Benjamin arquea sus estrechas cejas.

—¿El de Beethoven?

Thomas asiente. Le resulta evidente la sorpresa de Benjamin, una sorpresa ligeramente escéptica, por lo que a Thomas el corazón empieza a golpearle el esternón. Sabe lo que viene a continuación. El hecho es que, a diferencia de lo que sucede en casi cualquier otro aspecto de su vida adulta, no existe forma de eludir la afirmación de que ha aprendido a tocar el *adagio*. No puede explicarse, ni posponerlo ni desviar la atención. Tiene que demostrar que sabe hacerlo.

—¿Has traído la partitura?

—Sí.

—Pues adelante.

Benjamin se levanta, coge la silla. Vadea entre los fajos de papeles manuscritos desperdigados por la moqueta mugrienta y se instala a poco más de un metro con las manos juntas, atentas, en el regazo. Su escepticismo se ha evaporado: su ceño vuelve a mostrarse despejado y entusiasta. Al fin y al cabo este no es lugar para el escepticismo. ¿Qué sentido tendría? Cuando contempla a Alexa llevando peligrosamente un plato al fregadero u observa a Tonie aparcando marcha atrás, Thomas siente dudas, escepticismo; siente que el mundo se tambalea más allá de su alcance cual objeto a punto de caer que él trata de agarrar y volver a colocar bien. Pero, al parecer, Benjamin no siente la misma inquietud al contemplar a Thomas. ¿Considera que el modo en que Thomas toque el *adagio* no es importante? ¿Ha decidido que, como él no gana ni pierde nada con la interpretación de su alumno, tanto da tomársela con indiferencia? Benjamin inclina la cabeza hacia el piano. Es un gesto cortés; Thomas se imagina a sí mismo inclinando la cabeza ante Alexa o ante Tonie mientras ellas se tambalean al borde del desastre. Eso significa que Benjamin ha abandonado el campo, el teclado que a veces parece sonreír como una dentadura y a veces brillar con luz trémula como un lejano paisaje helado, un lugar tan bello como inhumano cuyo silencio interrumpen ocasionalmente ruidos de batalla antes de que vuelva a tragárselos.

Benjamin carraspea:

—Cuando estés listo.

Lo cierto es que durante toda la semana Thomas ha estado trabajando en el *adagio* como un prisionero solitario abriendo un túnel bajo las paredes de la

fortaleza. Le avergüenza un poco esta determinación secreta, la rigidez de sus métodos, el trabajo insistente, repetitivo, que le ha dedicado porque es así como ha conseguido siempre las cosas que quería en la vida y también como ha sacado lo mejor de las que no quería. Ha tenido la impresión de hacer trampas, como cuando estudiaba toda la noche para aprobar un examen, o cuando aguantaba el tedio de las reuniones sabiendo más que los demás, o cuando planeaba hasta el último detalle la estrategia para atraer la atención de la mujer que le gustaba. Siempre le ha parecido que el trabajo ocupa el lugar en el que debería haber habido algo más natural, algo instintivo e innato, algo que asocia con la honradez aunque no sabe exactamente por qué. Sentado al piano ha tenido la certeza de que existe un modo más honrado de aprender el *adagio* que tocar cada compás hasta quebrantar la cordura y convertirla en una olla de grillos desquiciados, pero ha sido incapaz de dar con él. Ha experimentado un fugaz y amargo desánimo incluso mientras sus dedos tanteaban primero y luego dominaban provisionalmente la música, dado que su decisión de aprender a tocar un instrumento incluye una esperanza indescriptible que parece confundirse ante sus ojos. En secreto imaginaba que en algún rincón de la disciplina le esperaba una suerte de abandono; se imaginaba liberado, desatado para vagar por grandes campos blancos de expresión personal. Pero lo único que ha pasado es que han surgido distancias cada vez mayores de método y minucias que han apretado todavía más las tuercas de su personalidad.

—Ya te digo, apenas he arañado la superficie —le dice a Benjamin—. Cuesta encontrar el tempo. Ya sabes cómo es.

Benjamin vuelve a inclinar la cabeza, sonriendo.

—Bueno, ahí voy —anuncia Thomas.

Por un instante su mente se llena de la luz blanca de la interpretación, la extraña lucidez sin rasgos distintivos que deja tras de sí el saber que no debe pensar, que debe vaciar la mente y actuar; y cuando vuelve a comprobarlo, descubre que ya va por la mitad de la primera página y solo de pensarlo titubea, y rápidamente vacía de nuevo la mente y vuelve a concentrarse en las manos. Hay un pasaje espantoso que es como avanzar lentamente por una cornisa estrecha y luego un período en que parece sentirse a salvo entre kilómetros de terreno llano y firme; después, de pronto, una catarata, un abalanzarse hacia el precipicio, hacia el desastre, y allá va, arrastrado al descenso, inmerso en la complejidad, para asomar al otro lado, donde espera la calma y la luz del día y la habitación desordenada con Benjamin sentado en su silla.

—¡Bravo! —exclama Benjamin, muy acalorado y asombrado.

La puerta del dormitorio se abre de golpe. Es Ignatius, tan rubicundo y chaparro y prodigiosamente peludo como Benjamin es esbelto y marmóreo. Se queda de pie en el umbral aplaudiendo y exclamando ruidosamente en su aterciopelado acento americano que consigue que todo suene más agradable y menos sincero de lo habitual. Luego se adentra en la habitación, alegre y chulesco con su camiseta ajustada, con el vello pectoral asomándole como espuma por el cuello, los pantalones ajustados a las caderas y un mechoncito de barba rubia rojiza en el mentón. Benjamin aprieta ligeramente la comisura de los labios.

—¡Qué *adagio* más divino! ¡No tenía idea de que fueras tan bueno! Tenía la oreja pegada a la puerta pensando quién podría ser.

—No sé tocar los demás movimientos —se disculpa Thomas, pese a que se ha sonrojado de puro placer. Ignatius es un pianista de verdad, no un profesor, sino un intérprete cuyo nombre aparece en folletos que anuncian recitales a la hora del almuerzo en Wigmore Hall. Le avergüenza esta deslealtad hacia Benjamin: comprende vagamente que es la intimidad entre ambos lo que le da vergüenza. Normalmente solo Tonie puede cohibirlo así, enmarañarlo delicadamente con todo su conocimiento de manera que Thomas se siente torpe y rompe los hilos de la telaraña.

—Bueno, no me sorprende —dice Benjamin. Su voz suena algo lacónica—. Llevas solo unos meses.

Thomas pasa las páginas con los feroces picos y abismos de las semicorcheas y sus turbulentas claves de fa cargadas de acordes. No acaba de entender por qué no puede tocarlas. Ha aprendido el *adagio*, sin embargo el *allegro molto e con brio* y el *grave* le resultan códigos tan inescrutables como el griego antiguo. Ignatius consulta la partitura por encima del hombro de Thomas.

—Señor, ¿y quién puede tocar eso? —dice *sotto voce*, como si semejante herejía corriera el peligro de ser escuchada por la familia bengalí que vive en el piso de arriba y se queja constantemente al departamento de Salud Medioambiental de los niveles intolerables de ruido procedentes del sótano—. Yo creo que hay que apostar siempre por las grandes melodías, las grandes sensaciones, las cumbres. Vivo para eso: ¡vivo para este *adagio*! Tengo carne de gallina en todo el cuerpo. —Enseña un grueso antebrazo—. ¿Estoy rojo? —le pregunta a Benjamin.

—Un poco —contesta Benjamin con frialdad—. El cuello está un poco rojo.

Ignatius tira del cuello de la camisa, se palpa el cuello.

—Tengo la piel delicada —dice—. Soy un papel de tornasol para la emoción. En cuanto llega, me domina. Sarpullidos, manchas, urticaria... los noto expandirse insidiosos por todas esas células y corpúsculos indefensos. Mi madre me decía que así Dios se aseguraba de que no mentía.

—Cuando estaba claro que se trataba de falta de vitaminas —dice Benjamin, aparentemente a su pesar.

Ignatius chasquea la lengua.

—No niego que soy cien por cien basura blanca —le confiesa a Thomas—. En nuestra casa, los Pop-Tarts se consideraban comida sana. Con aquel delicioso centro de fruta artificial... Me duelen los dientes solo de pensarlo.

—Deberían considerarse una forma de crueldad —dice Benjamin. Se levanta y vuelve a colocar la silla frente al piano, al lado de Thomas. Ignatius lo mira con irritación cariñosa.

—Benjamin tomaba tantas vitaminas que parece una estatua. ¡Mira qué pelo!

Benjamin se sonroja, se toca el pelo negro y lustroso.

—Seguíamos una dieta equilibrada normal, nada más. Comida inglesa normalísima.

—Pastel de carne —comenta Ignatius en tono soñador—. Adoro el pastel de carne de tu madre. Yo la habría seguido el día entero como un perrito con la esperanza de que me tirara un trocito de pastel a la boca. O una de esas patatitas, crujientes y recubiertas de grasa de oca.

—No era perfecto —dice Benjamin—. Un niño necesita otras cosas además de comida. Solo digo que era normal.

Thomas nota cómo la corriente de la relación entre los dos hombres fluye, traicionera, a su alrededor. Nunca se le había ocurrido que dos hombres harían del amor algo tan parecido a su equivalente heterosexual. Se pregunta si el amor no será un molde, como la música, que coge lo que no tiene nombre ni ser propio y le da forma.

—Yo crecí perfectamente alimentado —dice Thomas—. Pero ahora creo que habría preferido clases de piano.

Los dos le miran con curiosidad, como a un recién llegado a su pueblo natal. De repente Thomas siente que su comprensión de la música se aleja inexorablemente de él, al igual que la gente olvida idiomas en los que una vez fue capaz de expresar sus sentimientos. El *adagio* se ha convertido otra vez en griego antiguo. Si ahora le pidieran que lo tocara, no podría.

—¿En tu casa no había música? —pregunta Benjamin, como si considerara que también eso es una forma de crueldad—. Debo decir que resulta muy poco corriente.

—¡Ay, querido! —Ignatius agita la mano en el aire, afligido—. ¡Pura, pura fantasía! Siento desengañarte, pero más allá de ese lugar delicioso donde creciste, la música es solo y exclusivamente cosa de mariquitas.

—East Sheen —replica Benjamin con dignidad. Se cruza de brazos con gesto obstinado—. Mucho me temo que no estoy de acuerdo contigo —añade en voz malhumorada y trémula, como si discrepar de Ignatius fuera en sí mismo típico de mariquitas y por consiguiente algo en lo que Benjamin se fuerza por sentir un orgullo perverso.

—Créeme —dice Ignatius—, en mi pueblo, cualquier chaval que pidiera clases de piano tenía pluma.

Benjamin enrojece al instante.

—Qué lugar tan espantoso. Tendrían que demolerlo.

—¿A qué edad empezaste a tocar? —pregunta Thomas, con una débil esperanza aleteándole en el pecho.

—Hasta los dieciocho no toqué una sola nota. Aunque una vez vi un piano en el garaje de un amigo. Era tan trágico y bonito allí en medio, rodeado de herramientas y cubos de basura. Era como una mujer bella, completamente cercado por todos aquellos trastos feos y prácticos. Quemaba... —mueve sus dedos gordos y peludos—, lo tocabas y quemaba, pero no tenía que ser. Estuve perdidamente enamorado de aquel piano toda mi triste juventud. —Se estremece—. Todavía me emociono cuando pienso en él.

Benjamin está escuchando, aunque debe de haber oído la historia un sinfín de veces. Su expresión es respetuosa, con un interés natural, y Thomas lo ve, ve el fermento del amor surgiendo como un río oscuro alrededor de las raíces de su ser. Pero al minuto siguiente Benjamin se muestra irritable, diligente, retira la manga para mirar el reloj de pulsera.

—Estamos dejando de lado la lección. Deberíamos continuar.

Ignatius apoya la mano en el hombro de Thomas y este comprende que aquel es amable, más amable incluso que Benjamin, puesto que el amor no lo ha debilitado como a su amante; Thomas de pronto anhela la solidez y la sinceridad de este otro hombre, su acritud en absoluto etérea, tan distinta de la pulcra juventud de Benjamin. Es como si la relación entre ambos hubiera penetrado en Thomas y actuara a través de sus sentidos.

—Un *adagio* divino —dice Ignatius, apretando los dedos—. Lo has tocado bien.

En otra ocasión, una tarde gris y turbulenta, las sombras caen y giran densamente por la oscura ventana del cuarto de Benjamin, los pies de los transeúntes pasan de largo por la calle en lo alto, los desperdicios se arremolinan en sus tobillos. Ignatius está fuera, de gira por Alemania. Benjamin ha hecho limpieza. Le ofrece un té a Thomas y, cuando lo trae, una espuma marrón cubre la superficie del líquido. Benjamin se lo lleva y trae otro en una taza limpia. La puerta del dormitorio está abierta de par en par. Thomas distingue el pesado lateral del piano de cola de Ignatius, la tapa bajada. El cuarto es tan pequeño que la cama hace las veces de taburete para el piano. Thomas se pregunta asombrado cómo pueden sobrevivir así. Con Ignatius fuera, la impronta de Benjamin ha ido expandiéndose, llenando y marcando el espacio. Lo imagina limpiando y recogiendo. Lo imagina cerrando la tapa del piano de cola, satisfecho.

—Hasta he conseguido trabajar un poco —dice Benjamin, como un ama de casa típicamente abrumada por el éxito del marido.

Sin embargo, es con esta lección con la que Benjamin cambia las cosas para Thomas. Se sientan juntos frente al *adagio*.

—Es como un reloj —dice Benjamin—. Imagina que estás dentro de un reloj. La música es el mecanismo.

Toca algunos compases, subiendo y bajando los dedos como martillos, balanceando la cabeza de un lado a otro como un péndulo. Hace tictac con la lengua contra los dientes. Thomas se ríe. Benjamin lo recompensa incrementando el volumen del tictac y meneando la cabeza con tal violencia que agita todo el cuerpo.

—Tictac, tictac...

Ataca el *adagio* con sus dedos como martillos y súbitamente Thomas comprende que es del tiempo de lo que Benjamin le está hablando.

De vuelta en casa, Thomas se sienta al piano y toca otra vez el *adagio*. Alexa está presente, de pie en el umbral.

—Es como un reloj —le dice a su hija acompañando la música de un tictac como Benjamin, pero la niña no parece entenderlo y cuando Thomas intenta explicárselo descubre que no sabe hacerlo.

12

Claudia telefona. Quiere ir a una fiesta pero Howard está enfermo. Le pide a Tonie que la acompañe en su lugar.

Tonie acepta; le gusta lo inesperado. Y en cierto modo resulta conmovedor que Claudia necesite una carabina, que después de dos décadas de matrimonio no aproveche discretamente la ocasión para experimentar algo sola. Pasa a recoger a Tonie en su coche familiar con olor a perro. Es una noche negra, penetrante. Claudia viste una prenda con cuello de pieles como una aristócrata rusa. Lleva los párpados morados y las pestañas cargadas de rímel, convertidas en púas. Tiene el cabello enmarañado, las uñas pintadas y unos pendientes caros. A la luz amarilla de las farolas ofrece un desagradable aspecto de degeneración.

—Son interesantísimos —dice de los anfitriones.

—¿Qué le pasa a Howard?

Claudia emite un sonido exasperado al tiempo que levanta las manos del volante.

—¡No preguntes! Ya no puedo más: ¡lleva tres semanas sin ir a trabajar! No mejora. Se pasa el día como un alma en pena por la casa, en bata.

Tonie conoce a Claudia desde hace años, le ha leído la mirada en innumerables comidas familiares, ha estado a su lado, con sus elegantes zapatos rozándole los pies, en bautizos y funerales, ha cogido a sus bebés en brazos. Conoce las formas que adoptan su alegría y su resentimiento; durante la mayor parte de su vida adulta ha escuchado la versión de Claudia como la melodía de otra sección de la orquesta.

—Pero ¿qué tiene?

Claudia mira hacia la oscura distancia del parabrisas.

—Algo relacionado con el pulmón, por lo visto. Hace un par de días por fin fue al hospital y le hicieron radiografías. Él creía que tenía la gripe, pero la gripe no persiste un día tras otro sin cambios, ¿no? Mira que se lo decía: «Por Dios, ¡ve al médico a que te diagnostiquen! A que te den un diagnóstico. ¡Un diagnóstico!».

Golpea el volante.

—Ya lo tiene —le recuerda con amabilidad Tonie.

—Bueno, solo después de haber fastidiado todos mis planes de trabajo y haberme cerrado virtualmente el paso al estudio porque consideraba que debía cuidar de él, a pesar de que era mi primera oportunidad real de pintar algo desde que los niños han vuelto al colegio después del verano...

Es diciembre. Las vacaciones de Navidad empiezan la próxima semana, como Tonie supone que Claudia ya sabe. Siguen en silencio un rato.

—En fin, resulta que tiene una mancha —reanuda la conversación Claudia.

—¿Qué es una mancha?

—Pues una especie de... mancha oscura en el pulmón. Quieren hacerle una como se llame, una biopsia. Imagino que antes o después nos dirán lo que es.

Tonie se presiona los muslos con las palmas de las manos. La noche es tan bonita como negra. Fuera la escarcha cubre árboles y verjas. Se encuentran en una zona periférica que no conoce, con casas grandes, de formas voluminosas y oscuras, y caminos de entrada con elegantes coches plateados de ventanillas escarchadas. Todo parece perfecto, abandonado. Aparcan en uno de esos caminos, llaman al timbre de una puerta iluminada por faroles. Es un lugar grande, laberíntico. El timbre resuena en las profundidades de la casa. Tonie tiene miedo.

Una mujer grande, robusta y vestida suntuosamente, como una cantante de ópera, abre la puerta. Al verlas extiende los brazos.

—¡Queridas! —exclama.

Están en una sala llena de gente. La mujer hace mucho ruido. Tonie no oye lo que dice, solo el ruido que emite al decirlo. Se llama Dana o Lana. La habitación es luminosa, bulliciosa, confusa. Las paredes están pintadas de rojo. Hay esculturas africanas, máscaras primitivas, una piel de tigre clavada sobre la chimenea. Tonie mira al resto de la gente, personas de mediana edad con caras arrugadas, cabelleras escasas y cuerpos amorfos y blandos. Están consumidas, se las ve exhaustas entre los falos gigantes de ébano y las tallas de salvajes preñadas. Claudia está conversando con un realizador de documentales. Se interesa por él mientras Tonie observa. Es pálido, de cara redonda y ojos como esquirlas de un cielo azul y despejado; Tonie se fija en la consideración con la que se ha vestido, en su estética de moda desgarrada. Acaba de regresar de filmar en las islas Galápagos.

—Qué fascinante —dice Claudia en un tono tan poco obsequioso que Tonie supone que se está mostrando irónica.

Claudia le pregunta una cosa tras otra, como una madre dando cucharadas de comida a un bebé: cuando el hombre alcanza el final de una pregunta, ella tiene lista la siguiente. Oyen hablar de iguanas, de tortugas que salen a la playa a desovar, del valor de su dedicación a las bestias vulnerables. Claudia asiente, sonsaca y sonrío, y cada vez que alguien le ofrece una bebida a Tonie, ella la acepta.

—¿Por qué en esas películas el mundo siempre parece perfecto? — pregunta Tonie al realizador.

Él la evalúa, como un bebé en su trona: ¿será amiga o enemiga?

—Sí —dice él—, entiendo por dónde vas. En la edición dejamos fuera todo lo malo, ¿verdad? La gente no es consciente de que fuera de plano hay un aparcamiento o una larga fila de hoteles... Por no mencionar a los otros equipos de rodaje que van detrás de lo mismo y no paran de pasar por delante de los demás. A veces pasas por una pesadilla hasta conseguir lo que quieres y dejar fuera lo que no te interesa.

—Tiene que ser difícilísimo —conviene Claudia.

—Pero ¿por qué no mostráis las cosas tal como son? —dice Tonie—. ¿Qué sentido tiene no hacerlo?

Él frunce el ceño, se mete las manos en los bolsillos.

—La gente no quiere ver esa clase de realidad. Y no es trabajo mío mostrársela.

—Entonces no eres más que un mentiroso —replica Tonie, pero la sala es ruidosa. No está segura de que la haya oído.

—¿No habíais tenido una niña? —le pregunta Claudia. Pronuncia la palabra «niña» como si fuera un gran lujo, algo para recompensarle por lo bien que lo ha hecho. Tonie está sorprendida: pensaba que Claudia no conocía a ese hombre. Está segura de que él no sabe cómo se llama Claudia. Él no les ha preguntado nada acerca de ellas: para él Claudia y Tonie no existen, son solo líneas de fuga, medios para calcular su ubicación en el espacio.

—... seis meses —está contestando él—. Apenas la he visto por culpa del rodaje. Creo que en estos seis meses he estado en casa... —calcula—... solo quince días. Tener una vocación es así. Es duro, muy duro. Pero es lo que hay. Tienes que hacer ciertos sacrificios.

Claudia parece a punto de echarse a llorar de compasión, como si no tuviera nada que ver con la persona que Tonie vio una vez gritándole a Howard por la ventana de una planta alta que había echado el pestillo y no pensaba dejarlo entrar en casa porque él había prometido estar de vuelta a cierta hora para ayudarla con los críos y había roto la promesa o la había

olvidado. Tonie piensa en Howard, lo analiza. En su opinión de pronto se ha vuelto muy pequeño, un muñeco. Ha sido elegido por el destino: se ha convertido en una figura. Todo lo que ha hecho y ha sido se ha compactado en esta figurilla minúscula que emite un chillido de vida. Tonie lo ve movido como por una mano invisible en un reino de juguete. Ve que podrían hacerlo añicos en cualquier momento.

Deja a Claudia y se abre paso por la habitación. Más tarde termina charlando con un hombre que fabrica ataúdes. Tiene aspecto de *hippy*, raído y con larga melena gris. Fabrica los ataúdes a mano con madera procedente de cultivos sostenibles. Organiza funerales naturales de acuerdo con los deseos de la familia. Tonie aprende sobre la diversidad de tales deseos, sus orígenes y consecuencias. Para entonces su deseo de ser penetrada por una pregunta es casi sexual, pero nadie le plantea ninguna. En cambio, aprende sobre los bosques de Sussex y Kent, sobre la resistencia del castaño. Está sonando música africana, alta. La mitad de lo que dice el hombre desaparece. Ella observa cómo mueve los labios. Él la mira con frecuencia; se da cuenta de su indiferencia, de su desinterés.

De pronto Claudia aparece junto al codo de Tonie, escuchando. Asiente mientras el hombre habla; pregunta. Él cobra conciencia de su presencia y deriva el flujo de información en dirección a Claudia. Es una oyente más agradecida que Tonie. Claudia pregunta por el ataúd confeccionado con roble inglés. Su interés es auténtico, el hombre se da cuenta. Tonie contempla la escena con consternación. ¿Claudia ha enloquecido? De pronto tiene la impresión de que la han traído aquí para presenciar a Claudia en plena traición. Lo que esa noche está revelándose es la naturaleza imposible de erradicar de la dependencia de Claudia —de Howard, de los hombres—. Claudia apoya una mano en el brazo del hombre. Con su cuello de pieles está brillante, interesada, ligeramente trágica.

—¿Tienes una tarjeta de visita? —le pide al hombre.

—De casualidad —contesta él, sacándose una del bolsillo de atrás—. ¿Esperas alguna... despedida?

Por un instante Claudia parece a la vez asombrada y fascinada, como una serpiente a la que encantan para que salga del cesto; tiene la cara iluminada, los ojos cargados de rímel no pestañean. Coge la tarjeta del hombre y la guarda en el bolso.

De camino a casa, reina entre las dos cierta sensación de contención. Está claro que Tonie no se ha divertido en la fiesta. Y, de pronto, piensa que no conoce a Claudia en absoluto. Es consciente del cuerpo de Claudia, de sus

manos llenas de anillos sobre el volante, de la atmósfera que desprende junto a ella en la oscuridad. Pero su conocimiento de esa entidad —Claudia— ha sido dejado de lado. Giran a izquierda y derecha por calles desiertas. En Montague Street, Tonie se apea y Claudia se aleja.

13

—¿Sabes algo de Clare? —le pregunta Tonie a Thomas.

—¿Quién?

—Clare. Clare Connelly.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. A veces me acuerdo de ella.

—¿De veras? —Thomas parece sorprendido. Parece sorprenderle no que él no piense en Clare, sino que Tonie se acuerde de ella. No obstante, hubo un tiempo en que hablaban de Clare sin parar.

Tonie se ríe.

—¿Tú nunca piensas en ella?

Están en la cocina. Es de noche, tarde. Thomas está recogiendo. Ella lo observa, observa la manera en que sujeta cada objeto —el pimentero, el plato de la mantequilla, el cazo con la tapa de esmalte descascarillada— mientras lo coloca en su sitio. No tiene nada de automático. Es como si el orgullo masculino le impidiera ceder al orden de las cosas. Tiene que considerar el cazo y luego decidir por sí mismo dónde va.

—Para ser sincero —contesta Thomas— no he vuelto a pensar en ella desde la última vez que nos vimos.

Tonie comprende que a él le gusta no haberse acordado de Clare. Le agrada detectar esa superficialidad en sí mismo, esa simplicidad. De hecho, Tonie tampoco puede afirmar exactamente que ella piense en Clare. Es más que eso: Clare es un lugar en su mente que toca al pasar, a veces de manera intencionada, otras veces lo roza por accidente. Tonie siente una especie de nostalgia de ella, como podría sentirla por una canción en particular que encaja como una llave en la cerradura del tiempo y deja salir al pasado en tropel. De igual modo, la intrincada claridad de Clare libera los recuerdos de las primeras semanas con Thomas. Por aquel entonces Thomas hablaba de Clare constantemente. Peleaba contra el dilema moral de Clare mientras Tonie lo observaba maravillada y admirada. Qué raro —¿verdad?— que ahora Thomas no piense en ella, que apenas recuerde quién es.

—Qué... raro —dice Tonie.

Durante aquel invierno Thomas y Tonie tenían citas clandestinas a orillas del río Putney, donde vivía Thomas, y daban largos paseos en la oscuridad. Camuflados por las sombras paseaban sin fin por Richmond y Kew junto a las aguas silenciosas y veloces, pasando y volviendo a pasar por delante de los bares y restaurantes de la ribera sin entrar nunca en ninguno, aunque Tonie lo deseara en secreto. Tonie quería sentarse con Thomas en la calidez de un local, a una mesa a la luz de las velas. Quería toda la atención de él, cosa que no estaba segura de llegar a conseguir en el camino de sirga embarrado y a oscuras. Pero nunca lo propuso: sabía que a él no le parecía apropiado. Así que caminaban kilómetros en el frío, hablando sin parar. Cuando hablaban Tonie notaba algo grande y generoso a su lado, como se puede intuir el mar aunque todavía no se alcance a verlo. A veces, dominada por la emoción y la excitación, se volvía hacia Thomas e intentaba besarlo, y sus labios chocaban con la mejilla o la oreja de él, que apartaba la cara. Él no la besaba, por Clare. No sería infiel. Tonie pensaba que jamás en la vida había visto a alguien comportarse de manera más honorable. La emoción era tanta que apenas la dejaba respirar. Se sentía electrizada: la empujaba fuera de sí, como con otros hombres la había empujado la pasión. Salvo que ver la pasión subyugada al honor representaba un tormento mil veces peor. A las tres semanas de mantener esta situación, Thomas tuvo una conversación con Clare y se llevó sus cosas del piso. Durante un tiempo, Clare telefoneó, su voz sonaba aguda y distante cuando Tonie contestaba, y a veces quedaba con Thomas para almorzar. Luego, un día, Thomas le contó que Clare había decidido poner fin a las conversaciones y los almuerzos. Le resultaban demasiado dolorosos.

En realidad Tonie no estuvo atenta al capítulo final de Clare. Veía a Clare por la periferia de su campo de visión: captaba su desaparición gradual como habría visto pasar, retroceder y desaparecer una ciudad tras las ventanillas de un tren, sin mirar de verdad. Si el tren se hubiera detenido, si la ciudad nunca hubiese dejado paso a las afueras y los campos verdes, quizá habría levantado la vista y se habría fijado, pero así las cosas, la presencia menguante de Clare no hizo nada por alertar a Tonie ni por despertar sus sospechas. Clare fue desapareciendo gradualmente, nada más, mientras Tonie y Thomas avanzaban hacia un futuro que parecía tan pleno y fluido como el pasado seco y estático.

Clare estuvo en su casa una vez, a llevar un paquete para Thomas que habían entregado en su dirección. Dijo que le venía de paso; dejó el coche en mitad de la calle, con el motor en marcha y la portezuela abierta. Era alta y esculpural: a Tonie le asombró la solidez de su cuerpo, su esplendor, su aspecto sano y acicalado, los pechos botando bajo el jersey blanco ajustado

mientras subía las escaleras corriendo y el cabello, rubio y limpiísimo, botando también recogido en una cola de caballo. Thomas siempre insistía en que Clare era rubia natural. Tonie recuerda la energía que consumió tratando de sacarlo de ese curioso error, pero ahora se pregunta si no estaría equivocada, si todo lo que entonces le pareció tan ficticio sobre Clare no sería de hecho real. Es porque Clare era real por lo que Tonie no la ha olvidado. Tampoco ha sido capaz de olvidar, pese a los diez años transcurridos, el modo en que Thomas, durante aquellos paseos nocturnos junto al río, apartaba la cara e imponía cierta penitencia, casi punitiva, a los primeros encuentros con ella. Tonie cada vez está más convencida de que su vida ha estado marcada por la falta de preeminencia. Piensa que la única persona que la ha querido de primera mano es Alexa. Quizá haya sido este amor auténtico el que le haya revelado lo incompletos que eran los otros.

Ahora le sorprende que la vida no sea lineal, un viaje, un pasaje, sino un proceso estático de adición irrevocable. Lo que se mueve es el punto de vista, que pasa por encima de todo como el sol, ora iluminando, ora ensombreciendo. El ángulo cambia, la relación de una cosa con otra, la proporción entre luz y oscuridad; pero la experiencia en sí es como un bloque, es acumulativa y fija. Por eso le sorprende, le preocupa, que Thomas no piense en Clare. Porque Clare no se ha desvanecido. Al contrario, pasados diez años proyecta una sombra más alargada que antes. Y esas noches junto al río, cuando Tonie miraba hacia los edificios iluminados y anhelaba entrar en uno de ellos, sentarse frente a Thomas y ser el objeto único de su mirada y de toda su atención, también habían cobrado más importancia, no menos. Cuanto más piensa en ellas, más simbólicas se vuelven. Simbolizan la imposibilidad de la perfección, del amor verdadero y perfecto. Tonie quería entrar y sin embargo fingía por Thomas. La extensión del deseo y del disimulo dentro de la suficiencia del amor es lo que resulta simbólico. Mientras que Thomas expresaba sin trabas su culpa, su ansiedad, su idea del honor, ella reprimía la vocecilla indignada que le recordaba que, al arriesgarse al amor, tenía derecho a que él le prestara toda su atención.

Ahora piensa en el acto final de renuncia de Clare; una vez más, en su momento Tonie apenas se fijó, pero le recuerda que también ella podría haber renunciado a Thomas, que podría haber vivido la otra vida, la vida sin Thomas, como se supone que está haciendo Clare. Tonie se pregunta qué vida habría resultado ser mejor. Se pregunta por qué prefería tanto una a la otra cuando de hecho, en cierto modo, son la misma. Comprende que de los tres, ella, Tonie, es la única que no actuó de modo decisivo.

—Es muy raro que no pienses en ella.

Él sigue con el cazo en la mano. Se pregunta qué querrá decir Tonie. Tonie se da cuenta de que para él no pensar en Clare se ha convertido en lo mismo que pensar en ella. De todos modos le está ofreciendo a Tonie como un tributo, un regalo, la última encarnación de su sentido del honor. Pero Tonie quiere recordarle toda la prudencia y preocupación que le dominaba junto al río. Quiere llamarle la atención sobre el hecho de que una vez, cuando importaba, le escatimó a Tonie su parte. Debería saber que desde entonces ella sigue hambrienta, que esa hambre la preocupa, la preocupa verse empujada un día a saciarla.

—Si yo fuese ella, no me gustaría —dice Tonie.

Es cierto, no le gustaría.

—Pero no eres tú.

—Podría serlo.

Thomas la mira, desconcertado. Suspira, niega con la cabeza, guarda el cazo en el armario.

—¿Preferirías que te dijera que pienso en ella continuamente?

La casa es pequeña y rara, alta y delgada, larguirucha como una casa de muñecas. Los Swann bromean con sus amigos asegurando que cuando van de visita a casa de Antonia contienen la respiración.

Hace poco la hija mayor de los Swann, Elizabeth, se ha mudado con la familia a una casa solariega del siglo XVIII con más de dos hectáreas de terreno, una piscina y excelente conexión con Londres en transporte público para James: con eso no se bromea. La señora Swann se ha topado con dificultades inesperadas a la hora de describir la casa de Elizabeth a las amistades. No sabe qué tono emplear. Siempre ha sabido dirigir a Elizabeth como un *jockey* experto monta un caballo de carreras, pero últimamente se ha descubierto aferrándose a las riendas mientras ella aprieta cada vez más el paso. La señora Swann descubre que tiene poco que decir al respecto; se limita a intentar no caerse.

De modo que, excepcionalmente, le ha proporcionado cierto alivio reflexionar sobre Antonia, cuyos asuntos puede incluir en la conversación sin esfuerzo, del mismo modo que un novelista incluye un personaje menor. Se consigue mediante la repetición: cuando Antonia aparece, lo hace para representar las cualidades de contradicción y excentricidad que ante el público ya la definen. Nunca se desarrolla su personaje, solo se confirma. En la actualidad, a la señora Swann le cuesta mucho menos echar mano del repertorio que plantearse cómo contar la historia del ascenso imparable de Elizabeth, con todo ese negro tumulto de celos y miedo, sin empuqueñecer públicamente a la narradora.

Pero mientras su marido hace girar el coche hacia Montague Street, la señora Swann recuerda que las cosas no son así. Su idea de Antonia como conjunto de rarezas, como un teclado de piano a la espera de que ella lo toque, se desvanece. En su lugar queda una densa atmósfera de amargura y fracaso que no la había envuelto desde la última vez que estuvo aquí, lo cual le indica mejor que cualquier mapa de carreteras que la casa de su hija pequeña está cerca.

Su marido también lo nota. Observa la calle. Los dos se entretienen, no quieren dejar el puerto seguro de su Mercedes de cuatro litros.

—¿Crees que el coche estará a salvo aquí fuera? —pregunta el señor Swann.

Thomas sale a abrir la puerta. Antonia se queda de pie detrás, en el estrecho vestíbulo. La señora Swann ve los ojos de su hija, grandes y sin parpadear, ve su expresión de asombro. Desde la calle el vestíbulo parece lúgubre, plagado de sombras entre las que flotan los ojos de Antonia mirando a la señora Swann como si pudieran verle el alma.

—Cuidado con la cabeza —advierte la señora Swann a su marido cuando este se adelanta en dirección a la puerta.

Él la espera en el umbral.

—Cuidado, no tropieces —le dice él—. Hay una madera suelta en el suelo.

Una vez dentro, la señora Swann saca inmediatamente la bolsa con los regalos de Navidad que justifican la visita. Los paquetes son espléndidos, están envueltos en papel satinado sin etiquetas y decorados con un lazo dorado retorcido en tirabuzones perfectos. Los ha preparado su marido. Es generoso con el papel como solo un hombre puede serlo porque apenas sabe lo que está envolviendo. La señora Swann compró los regalos, sola. Dejó para su marido lo de ser generoso con el papel; a ella le interesa lo que va dentro.

Thomas intenta coger los regalos y la señora Swann descubre que le cuesta desprenderse de ellos. Sus manos no quieren soltar la bolsa.

—¿Y la pequeña? —pregunta, mirando a su alrededor en busca de Alexa.

—Está en una fiesta de cumpleaños —dice Thomas.

—¡No! —grita la señora Swann. Está estupefacta. Nunca ha imaginado que esta escena pueda transcurrir sin la presencia de un niño. Es como una misa sin cura en el altar. Lo tiñe todo de un espantoso gris civil—. ¿No podía habérsela saltado aunque solo fuera por una vez?

Su marido le apoya una mano de aviso en el hombro.

—Selina, no te metas. La niña tiene su vida.

Ella lo comprende: él le habla en un lenguaje que subyace incluso a su propia consciencia, que es más privado y profundo por el hecho de que con los años ha tapado su lengua materna, la soledad.

—Bueno —dice Thomas—, son solo las cuatro. —Mira el reloj—. Está al caer.

—Ah —dice la señora Swann. Le da igual cuándo vuelva Alexa. Lo que ella quería era que estuviera al llegar—. Hola, Antonia —añade, de tal modo, que parece que se le ha ocurrido en el último momento.

Antonia se adelanta, recibe un frío beso en la mejilla.

—Hola, mamá.

La hija de la señora Swann viste pantalones negros, una camiseta negra, zapatos negros... todo negativo, como esas cosas del espacio capaces de tragarte enterita sin ocupar nada de sitio. No lleva maquillaje ni joyas. La desnudez de sus labios carnosos y naturales resulta provocativa. Ya de adolescente, Antonia vestía de negro. Las hijas de las amigas de la señora Swann lucían estampados de Laura Ashley con volantes en el cuello, bonitos zapatitos salón y jerséis de mohair en tonos pastel, mientras que Antonia se paseaba por ahí de negro como una viuda griega. Una vez alguien la llamó así delante de la señora Swann —su hija, la Viuda Griega— y allí mismo, en el supermercado, la señora Swann sintió cómo la inundaba el acaloramiento de la ira contenida e impotente, tan intensa que llegó a casa a punto de reventar, con una rabia al rojo vivo cuya necesidad de ser descargada urgentemente parecía amenazar con una humillación pública que la señora Swann no había experimentado desde la niñez. Ahora lo recuerda, recuerda la sensación de estar a punto de ponerse en evidencia, una sensación tan violenta, tan apabullante, que le hizo sentir lástima de sí misma, una lástima muy honda. E incluso después, cuando encontró a Antonia en su cuarto y se despachó a gusto con la silueta vestida de negro de su hija, cuando dijo e hizo cosas que parecían reflejar la vergüenza y hasta por momentos convertirse en ella, solo pudo sentirse víctima, una víctima que se defendía como podía de su atacante.

Tales escenas habían caracterizado su relación con Antonia desde el principio: incluso en el primer día de vida de su hija, la señora Swann recuerda haber sentido claramente como si hubiera perdido algo y que era Antonia quien se lo había robado. Recuerda una expresión, «códigos de conducta», que la acechó durante la primera infancia de Antonia por la razón de que ya los había violado irremediablemente. El problema estriba en que, una vez rotos, tales límites difícilmente pueden reconstruirse. Lo ha intentado, pero se desmoronan a la menor presión. Habría sido distinto si su marido se hubiera puesto del lado de Antonia. Pero no lo hizo; la señora Swann no se lo permitiría. A lo largo de los años la señora Swann ha pensado a menudo en renunciar a ese control y aislarse en su rabia; le ha parecido, de un modo instintivo, que si la rabia puede aislarse, puede curarse. Pero hay algo más profundo que la rabia, algo preexistente, algo original y auténtico que solo se revela cuando su marido se alía con Antonia. La señora Swann lo teme más que a nada en el mundo. Le echa un vistazo y sabe que no hay alternativa —nunca la ha habido y nunca la habrá— a la unidad con la que ella y su marido se enfrentan a su hija.

Ahora Antonia abraza a su padre en el vestíbulo, delante de la señora Swann. Sus brazos lo rodean durante un segundo de más; sus estrechas caderas y su culito respingón miran fijamente a la señora Swann, insolentes.

—¿Pasamos? —sugiere la señora Swann en tono imperativo—. Me tomaría una taza de té, si no es mucho pedir después de tantas horas de coche.

En la salita atestada, Thomas se afana en retirar periódicos viejos de las sillas y recoger tazas y vasos sucios. El hecho de que no hayan recogido ni se hayan preparado para la visita de los Swann es como la ausencia de Alexa: consigue que el mundo parezca sombrío, aleatorio, descreído. La señora Swann se sienta con su marido en el sofá de terciopelo, que chirría y se estremece bajo el peso combinado de los dos.

—¿Lo has mandado tapizar otra vez? —pregunta, acariciando el brazo de terciopelo gastado.

Antonia niega con la cabeza.

—Es el mismo de siempre.

—¿Sí? Ah. Pero las cortinas sí que son nuevas.

—Las encargué. —Antonia está claramente satisfecha—. ¿A que son fabulosas? Son de seda antigua.

—¿Ah, sí? —Las cortinas ofenden a la señora Swann. Tienen algo como de crítica, algo que huele a rechazo personal—. ¿Por qué no me dijiste que querías unas cortinas? Tengo cajas enteras de cortinas viejas que podría haberte dado. Te las podrían haber arreglado por nada.

Al instante ve cerrarse la cara de Antonia a cal y canto como una puerta.

—Quería unas cortinas verdes. Un color en particular.

—¡Qué desperdicio! —dice la señora Swann—. Cuando pienso en todas las cortinas del desván, perfectamente cosidas, con sus bastidores... y cogiendo polvo...

Piensa en el desván, el espacio en penumbra, con su carga de logro y desperdicio. Se lo imagina, encuentra la caja y la baja, despliega la pesada tela mohosa como si fuera una parte del pasado que pudiera redimirse, revivirse. Estaría bien redimir parte del desperdicio. Se imagina las cortinas, sus cortinas, en la ventana de Antonia. Bien pensado, quizá no le gustara.

Se oye un ruido junto a la puerta y al poco entra Alexa. Al ver a los Swann se le ilumina la cara, con prudencia.

—Hola, abuela —saluda, acercándose.

La señora Swann la coge, la recibe, sube aquel cuerpo dócil a su regazo. Es como una muñeca o un osito de peluche. La señora Swann tiene la impresión de que podría contárselo todo.

—La tontita de tu mamá, hay que ver, mira que encargar unas cortinas cuando la abuela tiene montones en casa.

Alexa sonríe nerviosa, mira a su madre.

—¿Qué cortinas?

—Todas las cortinas que tengo en el desván. Te acuerdas del desván, ¿no? Pues está lleno a reventar de cortinas que van a echarse a perder.

—¿Y por qué no las aprovechas tú? —le pregunta Alexa.

—La abuela no puede aprovecharlas, tesoro. Ya tiene cortinas.

Alexa reflexiona.

—¿Por qué no las diste para caridad?

La señora Swann siente una leve humillación, una sensación de enredo. Recuerda esto mismo con sus propias hijas, recuerda la sensación de que una criatura que había llegado al mundo pura y nueva, inmaculada, no se sabía cómo se enredaba, se llenaba de problemas y resistencias. Lo que más le gustaban eran los bebés, una página en blanco.

—Para la abuela lo primero es la familia. Si todo el mundo cuidara de su familia, no haría falta hacer caridad, ¿no te parece?

Thomas ha entrado con la bandeja. La señora Swann quiere arrancarle de las manos una taza humeante, una unidad de alimento. Se pregunta cómo se beberá el té con Alexa en el regazo. Thomas se pregunta lo mismo al pasarle la taza de té. La mantiene en alto, fuera de su alcance.

—Alexa, deja que la abuela se tome el té —dice Antonia a la niña, indicándole que baje.

Alexa intenta moverse, pero la señora Swann se aferra a la niña como si le fuera la vida en ello.

—Que se quede donde está —dice la abuela—. No voy a hacerle daño. Creo que se me puede confiar el cuidado de una niña sin que la escale.

Antonia y Thomas se miran. Thomas deja la taza en la mesa, fuera del alcance de la señora Swann. Esta hace saltar a la niña en sus rodillas.

—Dejaremos que se enfríe un poquito, ¿eh? Mamá y papá se preocupan demasiado. Creen que la abuela no sabe beberse el té sin derramarlo. Y eso que la abuela es mayor que ellos. Curioso, ¿verdad?

—Tengo entendido que ahora trabajas por cuenta propia —dice el señor Swann a Thomas.

—Más o menos —contesta Thomas.

—¿Y te llaman mucho? Yo también trabajé un par de años como asesor. Parecía que así se ganaba más dinero, pero no lo aguantaba. No me gustaba la falta de estructura. Veía a otros dejar sus trabajos, ser sus propios jefes, y

algunos ganaban mucho, pero antes o después todo se desmoronaba. Muchos se fueron a pique. Algunos de ellos, buenos amigos. Mientras, yo tengo mis acciones y la pensión. Todos me decían que pecaba de conservador, que debía arriesgarme más, pero mira quién se ha reído el último.

Se hace un silencio. Los otros se beben el té, pero la señora Swann ha sido separada del suyo.

—La mayor dificultad —apunta la señora Swann— es que detestaba pasarse todo el día en casa. ¿Qué hace un hombre dando vueltas por casa? Ese era el problema. Muchos de esos matrimonios —añade con segundas intenciones— acabaron en divorcio. Sencillamente las mujeres no pudieron soportarlo. Perdieron el respeto a los maridos. Yo creo que el matrimonio necesita un elemento de misterio —continúa, animada por el sonido de su voz—. Mira que las avisé, pero no me hicieron caso. Creían que todo serían comidas prolongadas y saltar al catre por la tarde. Se lo dije, ¡no los dejéis entrar en casa! Un hombre no es tal hombre si se pasa el día en casa. En un matrimonio tiene que haber un hombre. Pero no me escucharon. ¡Y luego se sorprendieron cuando encima su... —recuerda que tiene a Alexa en las rodillas— vida íntima se fue al traste!

Se ríe contenta. Casi les tiene cariño, pobres ilusos de su creación. Ella los creó y luego los condenó por no tener en cuenta su sabiduría, su experiencia.

Thomas también se ríe.

—Bueno, Tonie es bastante misteriosa —dice.

—¿Sí? —A la señora Swann el comentario le parece de mal gusto.

—Y últimamente apenas para en casa. Así que quizá tu teoría quede demostrada.

La señora Swann parpadea.

—¿Y por qué no está en casa?

—Ya te lo dije, mamá —contesta Antonia—. Trabajo a jornada completa. Me han nombrado jefa del departamento.

La señora Swann se yergue. ¿Acaso creen que está senil?

—Ya sabía que te habían hecho jefa. Pero creía que era una especie de... título. No pensé que implicara más horas de trabajo. Eso no me lo habías dicho.

—Le sacan partido al dinero que te pagan, ¿eh? —dice el señor Swann, con la risa que emplea para expresar desaprobación.

La señora Swann se acerca más a Alexa.

—¿Y quién cuida de la pequeña?

—Thomas.

—¿Pero yo creía que Thomas trabajaba en casa! ¿Cómo puede trabajar y al mismo tiempo cuidar de una niña?

Antonia suspira.

—Ya te lo conté, mamá.

La señora Swann está temblando por el esfuerzo de llevar la escena a su justa conclusión, de decir lo que hay que decir: la deja exhausta y la revitaliza, ambas cosas a la vez.

—De modo que te han despedido sin indemnización, ¿no? —pregunta el señor Swann a Thomas.

—No. He dimitido.

—¿Tú? —El señor Swann se echa para atrás, aparentemente perplejo—. ¿Has dimitido tú?

Thomas se levanta, empieza a recoger las tazas del té. La señora Swann siempre ha sentido un gran aprecio por Thomas, como por algo de valor en posesión de su hija. Los otros novios de Antonia le suscitaban sobre todo lástima o desprecio, pero Thomas siempre la ha hecho sentir alerta y consciente de sí misma de un modo extraño. Es como si fuera ella, y no Antonia, la que lo atrajera. Thomas tiene un cuerpo musculoso y enjuto que le gustaría tocar, con algo tenso y duro dentro, como un trozo de soga. Le gustaría quedárselo; le gustaría tenerlo para ella sola. Y no obstante es vagamente consciente de que ese deseo incluye a Antonia. De algún modo es una refracción de la raíz materna. Thomas actúa de prisma, recibe la ambivalencia de la señora Swann y la separa, separa su odio de su amor. La señora Swann pasa a través de Thomas y queda liberada de la carga que le supone ese oscuro sentimiento.

Pero al mirarlo ahora nota que está perdiendo lustre. Nota la primera desintegración de la superficie. En el fondo, quiere que sea destruido. La realidad de la raíz, de su confusión primaria y profunda, así lo requiere.

Cuando llega la hora de irse, la señora Swann hace un aparte con su hija.

—Estás muy delgada. Pareces cansada. Espero que te cuides.

Los pantalones negros de Antonia son ajustados, increíblemente diminutos. La señora Swann recuerda que hace años pasó una tarde en el cuarto de Antonia cuando ella no estaba; se recuerda sacando ropa de los cajones de su hija, camisas, pantalones y vestidos, y forzando sus brazos y piernas moteados a enfundárselos. Era tan grande, y todavía lo es. Se recuerda riéndose de los pantalones que se negaban a pasar de la rodilla, de las mangas de camisa por las que apenas entraban las manos.

Antonia parece sorprendida.

—Estoy bien. Me encuentro bien.

De pronto el señor Swann está a su lado. Si lo hubiese convocado con magia, no habría aparecido en mejor momento.

—No permitas que la responsabilidad pueda contigo —dice la señora Swann—. Le estoy diciendo, Richard, que la veo muy cansada, agotada.

El señor Swann parece afligido, a su modo rígido, metálico. La señora Swann anota mentalmente que debe animarlo a cambiarse de gafas. La montura metálica tiene un toque robótico. Se lo imagina con montura de pasta, algo más moderno e indulgente.

—Deberíamos hablar —dice el señor Swann a Antonia—. Tu madre y yo estamos... bueno, preocupados. Pensamos que tal vez Thomas y tú estéis cometiendo un grave error. Ya hablaremos dentro de unos días. Por favor, te ruego que nos escuches.

La señora Swann no lo habría expuesto mejor.

Antonia parece preocupada.

—Muy bien. Pero estoy bien. De verdad.

En el coche camino de casa, los Swann comentan todo lo ocurrido. Van seleccionando cada hilo argumental de la tarde. Cuando llegan, han analizado la situación tan a fondo que ya no necesitan tratarla con Antonia. En la cama, a oscuras, la señora Swann permanece despierta unos minutos, armando la historia de su visita a Montague Street. Necesita una expresión que es la clave de todo, una expresión que ha oído varias veces últimamente sin acabar de entenderla. Pero confía en que, cuando la cuente, la historia explicará la expresión, o viceversa. Busca y busca y al final da con la expresión: «Amo de casa». Está satisfecha. Cierra los ojos y se siente encoger más y más hasta desaparecer.

Al principio no echa de menos a Alexa. Al momento la niña está ahí, de pie junto a la puerta con el uniforme del colegio, y al momento siguiente ya no está, no existe, como ocurría cuando Thomas iba a trabajar. Existen dos realidades, una en la que Alexa está y otra, sin relación alguna con la anterior, que solo ocupa Thomas. Luego, a las cuatro en punto, Alexa reaparece junto a la puerta, ligeramente perfilada, con las facciones recubiertas por la distancia, y reanudan su vida en común.

Un día en plena mañana Thomas se descubre buscando mentalmente el momento en que Alexa se ha ido. Durante el desayuno la niña se ha quejado de que le dolía el estómago. Thomas recuerda débilmente su cara pálida y mustia, pero al final lo único que recuerda es su propia determinación de enviarla al colegio. Es como si su deseo fuera un ruido fuerte que ahogara todo lo demás. ¿Por qué tenía tantas ganas de que Alexa se fuera? No lo sabe con exactitud. Ahora se pregunta qué problema había. Desea reconstruir la situación, el dolor de estómago de Alexa, su experiencia de la hora compartida, su salida a regañadientes de la casa, pero está él solo, retumbando por encima de todo lo demás como una sinfonía. A las tres y media no espera a que Georgina traiga a la niña a casa. Sale a recogerla en persona.

A veces, de pie en el patio asfaltado, le envuelven vagos sentimientos de bondad y compasión, casi de tristeza. Normalmente llega temprano; los niños todavía no han salido. Las brillantes estructuras geométricas para trepar, el cajón de arena vacío, los arbustos cuidados e indestructibles en los parterres, todo le resulta muy familiar. Parece estar recordándolo y, sin embargo, lo tiene delante de los ojos. Es como si lo observara desde un extraño más allá. Aquí, comprende Thomas, es donde Alexa pasa la mayor parte de las horas de vigilia.

Llega más gente; Thomas empieza a oír murmullos de conversaciones, llantos de bebé, gritos de niños pequeños. Se ha percatado de que en la media hora que pasa allí el nivel de ruido ambiental del patio asciende virtualmente sin trabas desde un *piano* a un *fortissimo*. Siempre llega un momento en que ya no logra distinguir un sonido de otro. Es esta pérdida de la capacidad de individuación lo que hace que se sienta irreal. Necesita que salga Alexa;

necesita algo que pueda identificar para volver a existir. Varios bancos pequeños rodean el recinto y Thomas se sienta en uno. Tararea el *adagio*. Tamborilea con los dedos en los muslos.

16

En una jarra de la mesa de la cocina hay rosas amarillas. Las puso Thomas. Le llaman la atención cada vez que pasa: un estallido de sol en las sombrías profundidades de la habitación de abajo.

Intenta recordar qué mes es. El amarillo de las rosas le hace pensar en el verano, pero la luz ambiental es gris y apagada, como dispuesta a rendirse ante la oscuridad en cualquier momento. Thomas se ríe en voz alta: qué risa, no sabe en qué mes está. Recita para sí los nombres de los meses. Ningún nombre le dice más que otro. Por un segundo ni siquiera sabe en qué parte del día está, si la incipiente oscuridad está creciendo o menguando, si se acerca la noche o el día. Mira el reloj; recuerda que es jueves, que están en enero. Se siente mejor. Ha completado una tarea pequeña pero necesaria, algo capaz de hacer que se sienta más cómodo. El año es un acontecimiento que contempla sin participar en él, como el público de una obra de teatro. Se ha acomodado entre el público, a gusto en su falta de ambición, pero de vez en cuando lo atrapa la ansiedad, expulsado súbitamente de sí mismo, como una criaturita incauta a la que el predador agarra de pronto por los talones. La falta de participación implica cierta vulnerabilidad. La ansiedad puede abatirse sobre él en cualquier momento y llevárselo.

Decide empezar a correr. Acompaña a Alexa al colegio y luego se aleja corriendo por la mañana, corriendo por las aceras, siguiendo las calles residenciales hacia el parque. Lo hace a diario. Al cabo de una semana su cuerpo se siente más orgulloso, con más energía. Le llena un afán, como una tensión que nunca llega a identificar ni a resolver, pero que traslada al desgaste de la carrera del día siguiente. Nota la tensión y nota el alivio de gastarla. Las rosas se vuelven marrones alrededor de su centro amarillo.

Un día Tonie regresa a casa en mitad de la tarde. Se ha incendiado la sala de ordenadores y han evacuado todos los edificios de la universidad. Llega con la bolsa llena de carpetas, cargada con una energía peligrosa, por consumir.

Thomas está sentado al piano. Está aprendiendo la fuga en do mayor de *El clave bien temperado*. El preludeo es fácil, pero la fuga le puede. Thomas sabe

tocar la mano izquierda y sabe tocar la mano derecha, pero cuando intenta tocarlas juntas topa con una deficiencia absoluta por su parte. El problema radica en que ambas manos son iguales. En todas las otras piezas que ha tocado, la mano derecha era dominante; Thomas se ha habituado a depender del liderazgo de la mano derecha, a identificarse con ella como podría identificarse con el héroe de una novela. Normalmente la mano izquierda es un mero apoyo, sola no tiene sentido. En la fuga, la mano izquierda es autónoma.

—Qué cuadro —dice Tonie, de pie en la puerta de la sala, riendo. Su risa está llena de formas duras, ocultas, como las carpetas de su cartera.

Thomas levanta la vista.

—No sé —dice Thomas—. No me sale.

Ella arruga la cara, socarrona.

—No tienes por qué hacerlo.

—Quiero hacerlo. Otros saben hacerlo.

Sin quitarse la chaqueta, Tonie se pone a recoger la habitación. Es cierto que a Thomas cada vez le preocupa más el misterio de las capacidades ajenas. Ya casi no puede escuchar las grabaciones de Glenn Gould, el estuche con las de Clifford Curzon, la versión de Feinstein de Bach, primordial e indistinta, tanto le agobia el saber que esos hombres eran muchísimo más capaces que él. Y no le pasa solo con la música; le abrumba la misma sensación cuando piensa en literatura o pintura, cuando ojea las fotografías de su *Enciclopedia del arte mundial*, es una sensación que supera a la envidia, es una especie de malhumor. Todos esos, nacidos igual que él, en el mismo mundo, todos son mejores, más capaces, más excepcionales que él. Hace poco llevó a Alexa al circo y hasta el acróbata en su sórdido traje de lentejuelas, hasta la chica del aro con su maquillaje teatral, eran más excepcionales. El acróbata giraba por la carpa medio vacía sobre una cuerda, una fuerza de plasticidad pura. Toda su masculina rigidez completamente dominada: podía obligar a su cuerpo a hacer cualquier cosa que le ordenara. Thomas no puede obligar a sus manos a tocar la fuga. La chica del *hula-hop* hacía girar veinte aros de plata alrededor de un pie despreocupadamente tieso mientras sonreía con los labios pintados. A su modo, era una artista. Ella tiene algo de lo que Thomas carece, una habilidad.

¿Cómo es que el arte lo ha esquivado cuando todas esas otras personas lo tienen? ¿En qué se ha equivocado? Thomas recuerda las tardes de su niñez con su madre, su firme decisión de conseguir la aprobación y el amor materno, de llegar a ella antes que sus hermanos. Y lo consiguió. Estudió la

situación y supo aprovecharla. No fue particularmente difícil. Sus hermanos siempre parecían distraídos, caóticos, sus alegrías y satisfacciones resultaban aleatorias, azarosas, imprevistas. Aunque a pesar de todo las tenían. Su madre valoraba a Howard o a Leo por razones que Thomas no lograba identificar. Cuando piensa en su vida, Thomas se ve lidiando siempre con una creación fija, forcejeando con ella, intentando sacar provecho de ella. ¿Alguna vez miró a su madre, la miró de verdad? ¿Observó a sus hermanos, personas tan reales como él? Cuando eran niños solía defender a Leo frente a Howard; recuerda cómo se convenció de que ese era el comportamiento de una persona de éxito, la defensa del débil frente al fuerte, una especie de cualificación, como un diploma. Recuerda haber depositado el diploma a los pies de una autoridad invisible. No implicaba que Howard le gustara menos o Leo más. No le afectaba a él personalmente. Y su madre, lo único que Thomas recuerda es su forma, la forma de lo que Thomas quería para sí. Sería incapaz de describir cómo era su madre.

Así es como le ha esquivado el arte, en su lucha por triunfar en la vida. Un artista, supone Thomas, muere para vivir, muere en esa lucha, muere y renace. Tonie se pasea por la sala agachándose y enderezándose. También ella, Thomas se da cuenta, sabe lo que es crear. Ha creado a Alexa. Thomas recuerda cómo murió la antigua vida de su mujer, saltó por un precipicio y se estrelló contra las rocas, inconclusa; el nacimiento de Alexa fue también la muerte de la vieja Tonie. Y entonces surgió algo nuevo de entre los escombros, la nueva Tonie, esa mujer que está aquí de pie, en su ropa de trabajo, más viva que nunca y llena de peligrosa energía.

—No lo hagas —dice Thomas, mirándola.

—Alguien tiene que hacerlo. Esto está hecho un desastre.

A Thomas se le había ocurrido que podrían meterse en la cama, ahora, por la tarde. Pero está claro que no va a pasar. Percibe su frustración. Tonie no quiere estar de vuelta en casa, varada en la playa doméstica sin que el día haya seguido su debido curso. La existencia de Tonie depende de la separación entre una cosa y la otra. Nunca más podrá volver a sentirse completa, puesto que se estrelló contra las rocas de la creatividad. Enloquecería si acabara en la cama con su marido cuando normalmente estaría en el trabajo. No es que Tonie crea que esas cosas deban estar separadas. Es que están separadas, como están separadas dos mitades de un plato roto, como la mano derecha de Thomas está separada de la izquierda. Pero ninguna de las partes es nada por sí sola.

—Iba a hacerlo —dice Thomas—. Pensaba hacerlo luego.

Thomas mira la habitación y ve el desorden. Ve que Tonie está preguntándose cómo puede vivir así. Tonie lo está mirando como algo completamente separado de ella. Cabe la posibilidad de que Tonie lo traicione, lo traicione sin saberlo. Las partes rotas de Tonie podrían no corresponderse. Podrían tomar caminos diferentes sin mediar palabra.

—Lo sé —dice ella. Se lleva la mano a la frente—. Solo que de repente parece importante. No sé por qué, pero es importante.

Él se levanta del taburete del piano. Recoge los libros de música esparcidos por el suelo y los devuelve a la estantería. Coge las tazas y los platos —ha empezado a almorzar aquí, junto al piano— y los baja a la cocina. Allí encuentra más tazas y platos y los reúne, los recoge, carga con ellos y abre el grifo. Aparece Tonie. Se ha quitado la chaqueta y se ha arremangado. Lleva una brazada de cosas que tira a la basura, una brazada tras otra. Thomas encuentra cazos sucios, fuentes de asado, moldes para el horno, y los sumerge ruidosamente en el caos espumoso del fregadero. Tonie abre el armario y saca la fregona. Más tarde Thomas la ve limpiando estantes y puertas. Cuando ha terminado con los cazos, Thomas friega la cocina, concentrándose cada vez más en las complejidades de las placas y los quemadores, perdiéndose en la negra concavidad del horno. En ese momento regresa Olga. Baja a la cocina. Se queda de pie, mirando.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunta a Thomas.

Cuando él levanta la vista, Olga ha sacado la aspiradora de las tripas del armario de debajo de las escaleras y está desmontándola con un destornillador. Limpia las piezas, las vuelve a montar y prueba el aparato. Thomas ha pasado a ocuparse de las ventanas; Tonie está frotando los alféizares. El lavaplatos está en marcha; el grifo gotea rítmicamente sobre el fregadero impoluto. Los golpes y chirridos del aspirador se alejan y regresan, van y vienen. Tonie hunde y aclara la esponja en un cubo que tiene al lado, el agua suena ligeramente obscena y cruda, abriéndose y cerrándose. Los oídos de Thomas se tensan para ordenar los sonidos. Thomas oye el chirrido del trapo contra el cristal y lo sincopa, encajándolo en el tiempo débil del aspirador. Presiente la inminencia del caos. Lo intuye colocado al borde de la dispersión, su creación; pronto se atomizará y no quedará nada. Se oyen pasos, el ruido de tamiz de una escoba. El agua se cierra sobre sí misma; el aspirador muere en silencio. Se acerca el final. ¡Ah, la tensión, la espuria tensión del control! Thomas comprende que crear es perder el control, devenir meramente receptivo. Sin embargo, ¿cómo puede salvar él aquello sobre lo que ha perdido el control? Sus dedos juguetean con el trapo y este cae al

suelo. Thomas se agacha para recogerlo; y es entonces, acuclillado, cuando oye a Tonie vaciar el cubo, la cascada de agua jabonosa y sucia por el sumidero, un sonido grave, largo, perfectamente acompasado. El torrente se derrama por su oído; se ha resuelto la tensión. Y luego, elevándose desde las tablas del suelo, la vibración final, el sonido de Olga acercándose. Lleva las rosas amarillas marchitas en las manos. Sus pasos suben de volumen, un último cerco al silencio usurpado. Olga se detiene; espera. Luego las lanza triunfal a la basura y cierra la tapa de golpe.

Thomas le prepara la comida a Alexa, lo que le gusta. Le lava el pelo. Saca brillo a los zapatos del colegio y los deja sobre papel de periódico al lado de la puerta. Sabe los días que tiene que llevarse el equipo de gimnasia. Se sienta con ella mientras hace los deberes y se asegura de que los entregue a tiempo. Por la noche, cuando Alexa se pone el pijama, él contempla con satisfacción de artista la perfección del camión blanco sobre su piel, la exactitud del trazo de las cejas y las pestañas oscuras, la escultural precisión de sus extremidades. Y la salud del cabello y encías y uñas, la agudeza de sus respuestas, incluso el sueño, la cualidad reconstituyente de esa pausa: todo eso lo confirma a él, lo refleja a él, a pesar de que Alexa tenga existencia propia. Es porque Alexa tiene existencia propia por lo que se produce la confirmación. Thomas la está formando a partir de la sustancia de lo que Alexa ya es. La está guiando hacia su perfección particular. Sería posible destrozar a Alexa, desatenderla o destruirla. No existe ninguna otra persona sobre la que Thomas ejerza semejante poder.

La casa está ordenada y limpia.

A principios de febrero el jefe de Tonie aparta la vista del escritorio y dice:

—Se acabó la luna de miel.

Es una tarde gris y apagada, y el interior todavía más gris del edificio conforma una rejilla de cuadrados y rectángulos monocromos que dibujan extrañas avenidas como bloques de perspectivas que no llevan a ninguna parte. El lugar entero es un laberinto de pasillos y escaleras, de estancias anónimas formadas como un rompecabezas por escritorios, archivadores metálicos y sillas de tapizado negro todas idénticas. Esta penumbra rectilínea y atiborrada significa pensamiento, intelecto, empeño impersonal. Tonie se ha fijado en cómo la geometría del lugar elide la forma humana: aquí le parece ver a la gente solo a trozos, un par de piernas en el hueco de la escalera, una espalda que desaparece por una puerta, un perfil entrevisto tras un panel de cristal irrompible, encorvado sobre un escritorio.

—Se acabó la luna de miel —dice Christopher, perfilado por la luz gris de la ventana institucional—. A estas alturas necesitamos que trabajes de forma independiente.

—Muy bien —dice Tonie, tras una larga pausa.

El despacho de Christopher es más acogedor que los otros. Como jefe de estudios tiene una versión ligeramente mayor del cubículo que ocupan los demás. Tiene lámparas sobre mesillas, cojines, una alfombra en el suelo. Desde septiembre Tonie lo ha visitado varias veces a la semana, asumiendo que entraba en el territorio de un aliado o amigo. Le gusta sentarse en el sofá gris paloma de Christopher y contemplar la vista, las librerías ordenadas, los grabados holandeses enmarcados.

—Muy bien —repite Tonie.

—Estoy siempre a tu disposición para cualquier pregunta —dice él— pero distribuyo mi tiempo de manera que la base de la estructura quede favorecida. Tengo que pensar en los más jóvenes, los colegas con menos experiencia que tienen mejores razones para requerir mi ayuda.

Tonie está acostumbrada a Christopher, acostumbrada a su voz y su aspecto, a los ruidos atiplados que emite, a la precisión de sus gustos de soltero, a ver su forma larga y estrecha entre otras formas conocidas. Durante

años lo ha visto partir a mediodía hacia los recitales de órgano en Saint John's, las veladas de flauta dulce medieval, a lo que solo él ve. Sin embargo, hasta ahora nunca había juntado todas esas cosas. Nunca había hecho con él una composición.

—Me parece bien —dice Tonie.

—Sencillamente carecemos de la infraestructura necesaria para apoyar a los miembros del departamento. Nos faltan recursos.

—Lo entiendo.

Tonie lleva ocho años en el departamento de inglés. En ese tiempo ha visto a gente discutir, salir indignada de reuniones, llorar sin disimulo en los pasillos. Sabe que aquí hay lugar para la emoción, más que en ningún otro sitio de la universidad o, incluso, del mundo. En consecuencia el discurso del departamento se basa en gran medida en su origen burocrático. Las paredes grises laten con sensibilidad desenfrenada; únicamente las normas evitan un estallido general de sentimiento incontenible. Ahora que Christopher ha invocado ese discurso, resultaría perfectamente aceptable que Tonie le gritara, llorara, huyera hecha una furia a su triste despacho con vistas al aparcamiento; es, quizá, lo que Christopher espera y necesita de ella.

Tonie mira las pantallas de seda de las lámparas, las fundas de mohair de los cojines.

—Gracias. Gracias por la luna de miel. Lo he pasado en grande.

Se ríe por lo bajo y da media vuelta.

Él se endereza en la silla, ofendido.

—Como te digo, siempre estoy disponible si es razonable. Y, obviamente, si tienes alguna pregunta urgente, la responderé.

Ella vuelve a reírse. Una vez fue la superior de Christopher en el departamento, cuando él era un investigador becado con un cuello tan flaco que todas las camisas le quedaban anchas. Y en aquella época adulaba a Tonie, hambriento de cualquier migaja de aprobación. Es esa versión de sí mismo, comprende Tonie, la que lo persigue. Quiere exorcizarla, arrancársela a Tonie de la memoria. No se da cuenta de la cantidad de cosas que le han ocurrido a Tonie en estos años, de lo poco que ha pensado en él. No sabe lo triste que a ella le parece de pronto que él haya dedicado su mayor empeño a ascender en las filas de una universidad de segunda con solo unas madres agobiadas para impedirselo.

—Lo tendré presente —dice Tonie.

Fuera, en el pasillo, Tonie cae en la cuenta de que carga con un montón de expedientes. Los mira. Son duros, anodinos, con una espiral metálica. Los

lleva pegados al pecho. Por un momento no se le ocurre qué leches son.

Thomas se despierta. Ha estado soñando. En el sueño, Tonie, Alexa y él estaban en una especie de centro comercial de una ciudad extranjera. Tenía largos pasillos de cemento grises y siniestros, anchos como autopistas. Había una capa tras otra de pasillos, internándose en la tierra.

Thomas y Tonie querían comprar ropa para Alexa. Dejaban a la niña en alguna parte y encontraban una tienda pequeña. La tienda estaba llena de luz: las paredes y el techo eran de cristal. Thomas se ponía a echar un vistazo a la ropa. Era muy bonita. Encontraba un vestido que era como un prado de flores y otro confeccionado con trozos de nube blanca. Había una prenda larga y suelta como una túnica griega fabricada con leche. Tonie tenía sus propias ideas, pero cada vez que Thomas encontraba algo las olvidaba. Parecía saber que de pronto Thomas poseía un talento especial para el descubrimiento. Esperaba a ver con qué prenda nueva la sorprendería. Thomas descolgaba un vestido de manga larga confeccionado con el lienzo original del *Nacimiento de Venus* de Botticelli. En los puños y el dobladillo tenía llamas que vacilaban pálidamente a la luz del día. Ambos coincidían en que se trataba de un hallazgo insuperable. Era para Alexa: parecía contener parte de su espíritu, parte de la esencia de Alexa que los dos reconocían a pesar de haberla olvidado, como si hubiera estado presente al nacer la niña pero Thomas y Tonie hubieran ido oscureciéndola o diluyéndola a lo largo de los años. Ahora que por fin habían elegido, Tonie se ofrecía para ir a buscar a Alexa. Dejaba a Thomas solo en la tienda. Desaparecía en el vasto intestino gris del centro comercial. Thomas se preguntaba por qué habían abandonado a Alexa en un lugar tan extraño. No tenía idea de dónde estaba ni de qué había sido de ella. ¿En qué estaban pensando Tonie y él? Lo irracional de su acto atravesaba la neblina del sueño. Thomas se esforzaba en entender por qué habían cometido semejante irresponsabilidad. Al final comprendía que era porque era un sueño. Al comprenderlo se despertó. Parece que para soñar hay que tener fe. Una vez se pierde, el sueño se deshace en las manos.

Yace despierto a oscuras. La oscuridad es tan fina, tan insustancial, siente como si cayera a través de ella, en picado, hacia fuera o hacia abajo. El universo bosteza a su alrededor. Thomas cree ver sus distancias infinitas, sus

erupciones de estrellas. La cama es como un precipicio minúsculo al borde del universo. Thomas nota que el contacto con las cosas materiales es mínimo, un mero hilo. Se siente así debido a lo irracional del sueño. En ese momento creer en su propia vida le resulta imposible. ¿Por qué no se aferra al borde de la cama presa del terror? ¿Por qué no lo hace todo el mundo? Y Alexa y Tonie... ¿qué son esas personas para él? ¿Qué son esas relaciones, esas convenciones, esos códigos de conducta? Este bosque de objetos, oscuros e indistintos, ¿qué relevancia tienen? ¿Cómo puede haberlos elegido, el sillón, la cómoda, los oscuros adornos de la repisa de la chimenea en sus lagunas de sombras todavía más oscuras, cuando ahí mismo a su lado el universo bostezaba?

El reloj marca continuamente los segundos en la mesilla de noche. Al cabo de un rato, Thomas vuelve a dormirse.

19

Durante los cuarenta y cinco minutos que se retrasa el médico, Howard piensa que va a morir.

La enfermera sí que está, va de un lado a otro de la habitación. El cielo de la ventana del tercer piso del hospital está vacío. La forma blanca de la enfermera destella: se arruga y se despliega cuando la mujer se inclina y se endereza, asintiendo bajo la luz como una flor blanca.

—¿Le apetece algo? —pregunta—. ¿Se tomaría una taza de té?

Le acerca la cara. La lleva pintada: cubre su juventud de pintura como si una gran pena la hubiera empujado a sepultarla y ponerse una máscara mortuoria pintada.

—Sí, por favor —susurra Howard—. Un té estaría muy bien.

La enfermera se va. Luego regresa: Howard oye el ruido de la taza contra el plato. Cuando le deja el té delante, él le ve el antebrazo, pálido. Tiene una marca del tamaño y la forma de una moneda. Es de color rojo oscuro, amoratado, como una marca comercial sobre la piel anodina y perfecta.

—Se ha quemado.

—Ha sido con la plancha —contesta ella—. Qué tontería, ¿no?

Él se la imagina planchando montones de sábanas blancas, el uniforme de enfermera. Ve la mortal punta de acero abriéndose camino entre la blancura. Es terrible pensar en la suave piel de la enfermera.

—Tenga cuidado, por favor —dice Howard—. Cuídese un poco. Todos deberíamos cuidarnos un poco.

Ella se afana limpiando, con la mirada delicadamente baja. Tiene los párpados pintados.

—El doctor no tardará en llegar.

Howard mira el reloj de pared del doctor. El segundero gira a sacudidas temblorosas. Claudia está aparcando el coche. Le dejó en la entrada sin saber que lo subirían aquí. Ahora Howard se da cuenta de que no deberían haberse separado. Comprende que es una trampa. Ha sido atraído lejos de su familia, de su casa, de su coche, de su esposa, por un embaucador que ha esperado todo este tiempo, que ha esperado junto a su cuna y junto a su lecho infantil, que ha esperado a lo largo de los años en umbrales y estaciones, en pasillos y

hoteles y en los asientos de copiloto de los coches, y últimamente ha esperado en la oscuridad del jardín, bajo el manzano, a que Howard se quedara solo. Claudia se ha despedido desde detrás del cristal al alejarse en el coche. Howard recuerda lo confuso que le ha resultado quedarse de pie en el área de entrada, gris. Nació en este hospital. Ha sido como si Claudia lo devolviera para que lo reabsorbieran; como si Claudia se hubiera marchado en el coche con su nombre, su identidad, su vida real, y hubiese dejado el cascarón, el cuerpo de Howard, aquí, de donde salió una vez, como el envase vacío que se devuelve a la cervecería.

Se abre la puerta.

—¿El señor Bradshaw?

Entra un hombre. Viste traje. El lustre plateado del tejido hace que no termine de parecer real. Howard tiene miedo. La irrealidad de ese hombre — es joven, de pelo castaño, de rostro inofensivo— le aterra. El hombre le estrecha la mano. Es como el presentador de un concurso saludando al ganador. Howard sabe que podría pasar cualquier cosa, realmente cualquier cosa.

—Tengo aquí los resultados de su biopsia. Había una, eh, un área oscura en el pulmón derecho que le preocupaba, ¿cierto?

Frunce el ceño, arruga la frente. Escudriña las anotaciones.

—Cierto —dice Howard.

—Bueno, debo decirle que, la verdad, no entiendo a qué viene tanta preocupación.

—¿De veras?

—Desde luego una neumonía le ha afectado levemente el lado derecho, pero no es el fin del mundo, ¿verdad?

—No —dice Howard.

—¿Verdad? —repite el hombre, abriendo los ojos y riéndose.

—No —contesta Howard, riendo también.

—Esto ha sido como usar un mazo para abrir una nuez, ¿no le parece?

—Supongo.

—Reposo, sí —dice el hombre, con un gesto admonitorio del dedo—. Pero una biopsia... ¡Alto ahí!

Se palmea las rodillas y vuelve a reír, y Howard también se ríe, pese a la ligera consternación que le provoca lo que ha descubierto aquí, en el borde afilado de la vida, los lunáticos e incompetentes que están a cargo de la maquinaria.

—Reposo —dice Howard, levantándose con gesto vacilante de la silla—. ¿Nada más?

—Y tomar muchos líquidos. Preferiblemente sin alcohol, señor Bradshaw.

—Alto ahí —musita Howard por lo bajo.

De camino a casa, coge la mano de Claudia por encima del cambio de marchas.

—Deberíamos demandarlos, cielo —dice Howard—. Ese payaso me lo ha puesto prácticamente en bandeja.

—Muy buena idea —dice Claudia—. ¿Lo hacemos?

Él le estruja los dedos. Promete ser bueno.

Está plantando una hortensia en el arriate sombrío de detrás de la casa. Es por la mañana. El pueblo yace aturdido en la calma recién nacida. El rocío tiñe de plata la hierba. El suelo está negro y preñado de vida.

Al dar las diez sale su marido; ella oye sus pasos en la grava. Se detienen a un brazo de distancia.

—Vengo a despedirme —dice él.

Ella se levanta, le duelen las rodillas. Tiene las manos sucias de tierra. Él alza una mano limpia y abierta como un policía para detenerla.

—No hace falta que te levantes. Puedo decirte adiós desde aquí.

Pero ya se ha levantado. Se frota las manos para limpiarse la tierra. De todos modos él se estremece, vestido con una camisa limpia y una americana cepillada.

—¿Es que no se me permite tocarte? —pregunta ella avanzando hacia él, que se tensa, incómodo—. Vas muy elegante.

—Mejor que no.

—¡Pues yo quiero tocarte!

Él sonrío con frialdad. El día lo rodea, gris pálido, sin viento. De repente ella siente que pierde peso, densidad; la están abandonando. La están encerrando en un lugar donde no se permite el contacto.

—Volveré hacia las cinco —dice él. Al fin y al cabo, solo va al almuerzo anual de la Bridge Society en Tunbridge Wells.

Ella frunce los labios y se inclina hacia delante, con las manos sucias recogidas a la espalda. Recibe el beso seco de su marido. Nunca podía tocar la ropa de su madre, ni la de su padre. La besaban así, por encima del abismo de la partida. Allá abajo reina la oscuridad, insondable. Sabe que no debe caer al abismo. Pero la atmósfera aromática y elegante de la gente que se va la tienta a hacerlo. Quiere abalanzarse sobre ellos, agarrarse y clavar sus sucios dedos en sus ropas limpias y planchadas. Con todo, es consciente del abismo.

—Adiós —dice.

—Adiós.

Él se ha ido: ella se arrodilla de nuevo. Coge la palita y cava un agujero, como cavaba de niña en el cajón de arena. Contempla cómo sus dedos se

mueven entre la tierra. Le sorprende ver que sus manos son viejas. Cava un agujero para la hortensia y la planta, luego le añade tierra con cuidado.

Una grajilla se ha colado en el invernadero y ha roto dos de los cristales. Ella abre la puerta para dejarla salir pero el animal sigue sobrevolándola despacio y en círculos, vuelta tras vuelta, sin posarse en ningún lado. Vuelve a la casa y regresa con una manta. El pájaro ha destrozado un semillero entero. Las plantas yacen de lado sobre la tierra esparcida. Le dan miedo los pájaros, desde siempre. Su padre, un mal tirador, nunca acababa de matar a los pájaros que, desnaturalizados, rodaban por la hierba en un caos demente. Este, tan negro, la sobrevuela con tanta maldad que parece que ella misma lo hubiera causado. Su miedo deambula por el mundo, causativo. Lo que ella teme es la pérdida de identidad. La grajilla, cautiva volando en círculos, sigue un programa. La mujer agarra la manta y en el momento justo salta y atrapa al pájaro en los pliegues de la tela, luego sujeta la forma encapuchada con los brazos. La forma lucha: le picotea una y otra vez en el brazo a través de la lana. La mujer sale al jardín y la libera.

Thomas está en el jardín, de pie en el césped.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Thomas.

Ella no está segura de que sea real. Le mira, confundida. No obstante le habla.

—Ah, estás aquí... ¿Cómo es que no he oído el coche?

Él cruza el jardín en dirección a ella. Ella había olvidado que era tan viejo. Dobla la manta mientras él le da un beso en la mejilla.

—He llamado dos veces pero no has contestado. Salí tarde de casa.

—No importa. El caso es que estás aquí.

—No quería que empezaras a mover las cajas sin mí.

—Ni las he tocado. He sido de lo más responsable.

Ella oye su propia voz; lo que dice la voz es verdad. Sabe que hace un par de días habló con su hijo de las cajas. Él se ofreció a ayudarla a bajarlas. Esta mañana ella ha vaciado el descansillo de arriba para que sea más fácil acceder al desván. No duda de la realidad de esas cosas; ocurre solamente que, en sentido estricto, no las ha experimentado. Le han pasado a alguien que conoce bien, que unas veces la acompaña y otras no. Siempre ha sido consciente de ese ser; incluso de niña sabía que alguien vivía dentro de ella, alguien que no era ella. Pero ahora cada vez con más frecuencia esa persona se va. A ella le da pavor que se vaya y, sin embargo, cuando sucede, no se da cuenta de que se ha ido. Solo cuando regresa percibe la ausencia.

Thomas la coge del brazo y juntos rodean los arriates.

—Mira, el roble tiene cara —comenta ella, contenta, señalando al árbol.

Es curioso que no se haya fijado antes en esa cara larga con la barbilla grande y los ojos tristes. Parece la cara de un monje en su hábito de corteza. Conoce casi todas las demás caras del jardín. Pero esta no la había visto nunca. La cara se la queda mirando desde su prisión de madera.

—Es verdad —contesta Thomas. Se detiene a examinarla. Siempre se muestra demasiado ansioso, demasiado receptivo; cuando era niño su madre no estaba segura de que no fuera algo simplón. También sus perros eran así, agitándose a su alrededor como las agujas de una brújula, hasta tal punto que su marido nunca conseguía que hicieran nada. Se fija en que Thomas ha engordado. Tiene papada. La mano de Thomas le hace daño en el brazo. Tiene marcas rojas donde la grajilla la ha picoteado. Se estremece al recordar lo que ha hecho. Decide que se lo contará a su padre, aunque está muerto, y el mundo en el que vivió también.

—¿Entramos? —dice ella—. Ya puestos, nos sacamos de encima esa bobada de las cajas.

Giran hacia la casa. Charles dice que hay que tirar las cajas. Las tiene en el punto de mira, a pesar de que se han pasado años discretamente olvidadas bajo el tejado. Algo se las recordó y ahora quiere deshacerse de ellas. Son lo último que queda de ella y ahora Charles lo ha descubierto.

—A propósito, ¿qué guardan? —pregunta Thomas.

—Bah, un montón de basura vieja. Tu padre dice que hay que tirarlas. Supongo que tiene razón.

En realidad se han peleado por culpa de las cajas, ha sido un enfrentamiento tan amargo que ha invocado su capacidad más profunda de sumisión. Él se las ha hecho ver tan claras como la luz del día: una treintena de cajas con su nombre escrito que no ha abierto —Charles la obligó a admitirlo— desde que se subieron al desván, donde ocupan tanto espacio que ya no queda hueco para almacenar nada. Y al final ella convino en que la situación no podía continuar así. Sinceramente pensaba que no podía ser. Lloró y se sintió agradecida. De modo que le sorprende comprobar que cuando Thomas ha bajado las cajas y ha ocultado la escalerilla en el techo, solo hay seis.

—¿Nada más?

—No hay nada más. Lo he comprobado dos veces.

Recuerda a Charles yéndose de casa. ¿Ha sido esta mañana? Ha ido a Tunbridge Wells y no regresará hasta la hora del té.

—Creía que había varias docenas —dice ella, impotente. Se sienta en la alfombra del descansillo.

Thomas abre una de las cajas y mira su interior. Saca el vestido del bautizo de su madre arrugado, su viejo almanaque, una muñeca con una boina escocesa de cuadros y recuerda —¡ay, las terribles oleadas de la memoria!— que se llama Clarissa.

—¡Papá quiere darlo todo a la beneficencia! —espeta la mujer—. ¡No lo soporto! ¡No permitas que regale mis cosas!

Thomas parece afligido. Se arrodilla junto a su madre.

—Claro que no puede regalarlas. Son tuyas. Tú decides qué hacer con ellas.

—Pero se lo he prometido... Le he prometido que cuando regresara ¡habrían desaparecido!

—Por Dios —musita Thomas.

Está enfadado. Pero no con ella. Recoge a Clarissa, gira su cuerpo almidonado entre sus manos.

—Imagino que a Alexa le gustaría echar un vistazo a estas cosas —dice Thomas.

Su madre habla con voz dócil.

—Puede ser.

Él suspira.

—¿Qué más hay?

—No gran cosa: algunos libros, recuerdos. Es una tontería: para mí tienen un gran valor, pero para un desconocido no valen nada.

Lo cierto es que no recuerda qué contienen las otras cajas. Thomas permanece en silencio.

—Nosotros tenemos menos sitio, ya lo sabes —dice enseguida Thomas—. Me parece ridículo.

Ella hace pucheros y baja la vista hacia la alfombra.

—Entonces supongo que tu padre tiene razón. Habrá que tirarlo todo.

Thomas vuelve a suspirar, atormentado. Se trata de una vieja alianza, más vieja que el propio Thomas, puesto que nace en la primera soledad de su madre, cuando sus muñecas —Clarissa, ahora lo recuerda, era una de ellas— eran sus amigas y le abrían sus corazones maleables. Thomas, de bebé, tenía algo de esa maleabilidad, ese vacío luminoso y expectante; y después de Howard —una criaturita rapaz, siempre golpeándola con sus puños regordetes — prefirió adorar a Thomas, cuyos ojos como platos la seguían con amor

pasmado. El niño se echaba a llorar cada vez que ella se apartaba de su campo de visión.

—De acuerdo —dice finalmente Thomas—. Ya las meteremos en alguna parte. Aunque no quiero ni imaginar qué dirá Tonie.

A la mención de Tonie, la madre nota el estremecimiento y el reparo que normalmente solo su marido puede producirle. Recuerda una vez que se llevó a Tonie a recoger moras al camino que hay al salir el pueblo; recuerda cómo Tonie persistía en cada zarza hasta esquilmarle el último de sus frutos. El método de ella, en cambio, consiste en cubrir más terreno, recoger lo que caiga en sus manos.

—Uy, tesoro... No quiero causarte problemas.

—No, no pasa nada.

Le sonrío. Descubre que quiere que Thomas se marche, ahora ya la ha liberado de la carga de la sumisión. Al final tanta disponibilidad le crispa los nervios. En un niño resultaba entrañable, pero no se puede ser niño toda la vida. En la actualidad ha descubierto que, al fin y al cabo, prefiere a Howard.

—Eres muy amable —le dice a Thomas—. ¿Las llevamos al coche? Imagino que tendrás prisa.

Él sonrío, una sonrisa peculiar que la madre no ha visto antes.

—Pensaba que quizá podría quedarme a comer.

—¡Ah! Bueno, pues claro, encantada, si no tienes nada más que hacer...

Pero ni siquiera después de almorzar parece dispuesto a marcharse.

—¿No tienes que recoger a Alexa del colegio?

Él sonrío otra vez.

—Va a casa de una amiga.

—Bueno, es que pensaba sacar al perro a pasear. No estás obligado a acompañarme.

—¿Te gustaría que fuera?

A ella le parece de lo más maleducado.

—Sí —contesta con frialdad—. Por supuesto. Estaría muy bien.

Sacan a Flossie por el camino y, en una cuneta llena de juncos y zarzamoras, encuentran un cervatillo pequeñísimo, muerto.

—¡Qué pena! —dice ella—. Lo habrá atropellado un coche.

Mira el hociquito reseco y cubierto de moscas, los ojos cerrados, las patas infantiles enredadas sobre el frío lecho de hierbas invernales. A lo sumo llevará allí un par de días. Levanta la vista y, sorprendida, ve a la hembra inmóvil entre las sombras del camino, más adelante. Se coge del brazo de Thomas.

—Mira: la madre. No tiene miedo. Está buscando a su cría. Sabe que anda por aquí y está esperando a que regrese. ¡Ay, qué lástima!

La cierva levanta la cabeza. Sus grandes ojos almendrados son lagunas negras. Tienen una expresión aterradora. Flossie ladra. Durante un rato la hembra no se mueve, pero al final se aleja pesadamente entre los árboles.

—Qué conmovedor. —Suelta la cadena de Flossie. A su lado, Thomas parece jadear. Se vuelve hacia él y descubre con asombro que Thomas está llorando—. ¿Qué ocurre?

Algo ha cambiado. O no ha cambiado: se ha perdido. Tonie se da cuenta de sopetón, con un respingo, como si se palpara el cuello en busca de un collar y comprendiera que ya no está.

Van paseando con Alexa hacia Beacon Park, donde hay cisnes, donde la han llevado cientos de veces desde que nació y en ninguna de ellas sintió Tonie por el camino que le faltara algo, como le pasa ahora. Es sábado. Alexa estrena zapatos, rojos, con el cuero gordo y brillante e inmaculado. Se los ha comprado Thomas. Eran carísimos. Tonie nunca le habría comprado a Alexa unos zapatos tan caros, unos bonitos zapatos italianos con plantillas blancas de cabritilla. No termina de decidir si lo que la incomoda es lo bonitos o lo caros que son.

El día es frío, luminoso, un día de febrero duro como el diamante, y Tonie camina por la acera delante de los demás con las manos metidas en los bolsillos. Al llegar a la verja se hace atrás en silencio para dejarles pasar. Alexa entra la primera, luego Thomas. Tonie se fija en los hombros pequeños y delicados de su hija al verla pasar, la niña vuelve la cabeza, como una flor al final del cuello delicado con la coleta negra y lustrosa cayendo por la espalda. A Tonie le gustaría tocarla. Pero justo entonces Thomas alarga una mano y toca la coleta, toquetea las puntas. Ahí es cuando Tonie se da cuenta de que algo se ha perdido. Tonie ha perdido la atención de Thomas.

Por la tarde decide preparar espaguetis a la boloñesa. Saca las ollas, que golpean y chocan. Inunda la cocina con los efluvios de cocinar la cebolla y la carne. Corta cosas y las lanza a la olla. Está frenética, hipnotizada; está absorta en la preparación de esa salsa roja con burbujas, espesa y volcánica al tacto. No sabe lo que pasará cuando la salsa esté acabada. No sabe lo que hará.

De vez en cuando Thomas entra en la cocina, busca por ahí, vuelve a salir. Tonie, en su puchero, va acumulando rabia, su cara se empapa de vapor. Quiere gritar, arrojar cosas. Cada vez que aparece Thomas, tímido y con la mirada perdida, a buscar algo, le entran ganas de conmocionarlo con su violencia. Quiere que Thomas sea llamado al orden. Quiere que sea castigado. Por primera vez desea que hubiera vuelto al trabajo. Lo quiere sujeto y

coaccionado, cercado por normas; lo quiere corregido. Ahora Thomas tiene el aspecto de alguien que se ha salido de la suya, impune. Puede retirar su atención sin miedo a represalias.

—¿Qué estás buscando exactamente? —le pregunta Tonie con frialdad cuando Thomas entra por tercera o cuarta vez.

—¿Qué? —Thomas alza la vista, la ve—. Ah, nada.

Cuando sube, Tonie se encuentra a Thomas y Alexa, los dos callados y cordiales, en la sala de estar. Se queda en el umbral, pero ninguno de los dos la mira. No regresa con la salsa roja, que sigue burbujeando en la cocina. La deja, la abandona, se va al dormitorio. Se tumba en la cama. Más tarde, Thomas asoma la cabeza.

—Creo que la salsa ya está. ¿Apago el fuego?

—Si quieres...

Thomas vuelve a marcharse. La casa está llena del rico olor rojo de lo que Tonie ha creado. El cuarto se está oscureciendo. Tonie oye la música de abajo. Yace inmóvil. No enciende la luz.

Claudia propone darle a Lottie una paga. Ahora que Lottie tiene catorce años, dice Claudia, debería contar con un poco de dinero propio. Se lo dice a Howard, que se muestra algo distante y en actitud empresarial, como si estuvieran informándole de una ordenanza menor a punto de entrar en vigor. Está de pie, trajeado, revisando el correo.

—Debería abrirse una cuenta bancaria —dice Howard—. Deberíamos abrirles una cuenta bancaria a todos.

Claudia está estupefacta.

—¿Para qué necesita Martha una cuenta bancaria? Solo tiene seis años.

—Todo el mundo debería tener una cuenta bancaria.

—¡Cómo! ¡Una cría de seis años debería tener talonario y pagar comisiones bancarias y recibir ofertas de créditos personales con el correo!

Howard abre un sobre y lee el contenido. Claudia observa sus ojos avanzar de izquierda a derecha. Cuando termina, Howard dice:

—Yo solo digo que si vamos a darle una asignación a Lottie, deberíamos ingresar el dinero en una cuenta bancaria.

Claudia se calla; quiere dar la impresión de que está meditando la propuesta. No es que Howard esté equivocado. Es que la idea de abrir una cuenta en el banco le quita la gracia a la perspectiva de darle dinero a Lottie.

—Es demasiado complicado —dice Claudia, al rato—. A Lottie le basta con un poco de dinerillo para sus gastos.

—No es nada complicado.

—Me parece demasiado pronto. Es demasiado joven.

—Es la cosa más fácil del mundo, Claude. Así podrá empezar a ahorrar.

—¿Y para qué necesita ahorrar?

—Todos deberían aprender a ahorrar —sentencia Howard.

Claudia tiene la impresión de que Howard no lo entiende. Lo que ella quiere saber es cuánto considera Howard que deberían darle a la niña. Es lo que pensaba que debatirían. Claudia ya ha decidido que la paga de Lottie debería ser de veinticinco libras al mes.

—¿Cuánto crees que tendríamos que darle para empezar?

Howard se lo piensa mirando al techo.

—¿Cincuenta? —propone.

—¿Al mes? Es broma, ¿no?

—¿Es muy poco?

—Es demasiado. Yo había pensado en veinticinco.

Howard parece sorprendido. Lleva puestas las gafas de leer y mira por encima de la montura.

—No va a llegar muy lejos con veinticinco libras... Son solo seis o siete libras semanales, Claude. No llega ni para chicles.

—Suficiente para una niña de catorce años.

Claudia no recuerda que nadie le diera nunca dinero, aunque imagina que sí lo hicieron.

—¿Y con eso tiene que comprarse la ropa? ¿Los zapatos?

Claudia reconsidera su postura.

—Muy bien, treinta. Y yo le compraré los zapatos.

Claudia informa a Lottie de que, a partir del primer día del mes siguiente, va a recibir una asignación personal regular de treinta libras.

—Bueno —dice Lottie.

—«Bueno», no —la corrige Claudia—. «Bueno» es para cuando te pido que hagas algo por mí. —Lottie la mira sin entender—. No para cuando me ofrezco a darte algo.

Lottie sigue callada.

—Seguiré pagándote los zapatos y todo lo que necesites para el colegio.

—Bue... Muy bien.

—Puedes hacer lo que quieras con la paga. Ese será tu dinero. Si quieres, puedes ahorrarlo. Si te lo gastas todo la primera semana, tendrás que apañártelas hasta final de mes sin que te dé más.

—Lo sé.

—No tiene sentido que me vengas a mediados de mes a contarme que no tienes dinero. El propósito de este ejercicio es enseñarte a administrarte.

—Lo sé. —Lottie parece aburrida.

—Está claro que eres toda una experta. —Claudia recuerda haber confiado en que disfrutaría de esta conversación. Cuando pensaba en ella era con una sensación de calidez en el pecho, como si tuviera algo dentro, algo que esperaba a ser arrancado y regalado, como un ramo de flores.

—No soy una experta. Yo no he dicho eso.

—Tampoco has dado las gracias.

Lottie se calla. Baja la mirada a un lado.

—¿Alguno de tus compañeros del colegio recibe una paga? —pregunta animada Claudia tras una pausa.

—Casi todos.

—No creo que sean tantos. Yo diría que solo algunos.

Al cabo de una semana, el primer día de mes, Claudia entrega a Lottie treinta libras en billetes de diez. Durante la semana ha experimentado una especie de regresión en su actitud hacia Lottie. Se pregunta si no habrá pasado tanto tiempo tratando de entender en qué se está convirtiendo Lottie, que se le ha pasado por alto lo que es en realidad. Por las tardes, cuando vuelve del colegio, Lottie entra directa en la cocina y se come de pie dos rebanadas de pan cubiertas de una capa tan gruesa de mermelada que cada mordisco deja la marca de los dientes. Claudia parece destinada a entrar en la cocina en el momento decisivo de esa ceremonia para ver a Lottie encorvada sobre la encimera, con el pelo tapándole la cara y la boca cerrándose sobre la losa blanca y roja para alejarse enseguida, atiborrada. Lottie emite unos gruñidos extraños cuando come. Su cuerpo embutido en el uniforme escolar parece incómodo y afligido. De bebé, Lottie parecía incómoda y afligida por su indefensión. Sin embargo ahora a Claudia no le da lástima. Compadecerse de Lottie sería compadecerse de sí misma.

—Genial —dice Lottie cuando Claudia le da el dinero.

El sábado Lottie comunica a Howard y a Claudia que va a pasar el día en el pueblo con Justine y Emily.

—¿Y el almuerzo? —pregunta Claudia.

—No sé. Ya comeremos algo en el pueblo.

—Si empiezas a gastarte el dinero en comer fuera no te durará ni un día.

Al instante Lottie se muestra evasiva. Aparta la mirada, mira algo justo por encima del suelo.

—No te damos una paga para que te pases la tarde sentada en McDonald's —dice Claudia.

Lottie pone los ojos en blanco. Emite un pequeño resoplido, como un poni. Es como uno de esos caballos bajitos, orondos y malhumorados de las Shetlands que ensanchan las narinas y sacuden sus cascadas de pelaje enmarañado. Lottie desprende el mismo vigor animal, sufre la misma desproporción entre carne y racionalidad.

—¿Vais a ir vosotras tres solas? —le pregunta Howard.

—Puede que venga alguien más.

—Bueno —dice Howard.

Lottie regresa del pueblo a las cuatro y media. No se ha llevado el abrigo. Claudia se lo encontró colgando del perchero del recibidor. Lo ha tenido presente toda la tarde. En varias ocasiones, al pasar junto a él, ha acariciado el abrigo: ha deslizado la mano por el tejido inerte desde los hombros hasta el dobladillo. Ha contemplado el día por la ventana. Un día ventoso y gris, y a veces el viento agita los árboles de un lado a otro con violencia y luego, sin razón aparente, deja de soplar. El abrigo de Lottie colgado del perchero es como una versión de la propia Lottie, una fase desechada de su evolución que a Claudia se le ha permitido conservar. Ella cree que quiere a esa Lottie, la Lottie del abrigo, más que a la de verdad. El abrigo cuelga de la capucha; de lejos, parece una cabecita.

Howard ha dedicado el día a preparar una fogata en el jardín con Lewis. Martha está arriba con su amiga Sadie. De vez en cuando Claudia pasa frente a la puerta del cuarto de Martha y ve a las dos niñas sentadas en la moqueta y rodeadas de juguetes de Martha. Una de las veces que mira se han confeccionado largos tocados con sábanas que se han prendido a la cabeza mediante los cordones trenzados que recogen las cortinas de la habitación de Martha. Están sentadas con las piernas cruzadas y sus velos blancos, enzarzadas en una interminable discusión en voz baja, como dos importantes delegados de dos países lejanos en miniatura. Cuando Claudia baja las escaleras huele el humo de la hoguera, que poco a poco ha ido penetrando en la casa.

Lottie está en la cocina. Claudia entra detrás de ella.

—¿Cómo ha ido? —pregunta, animada.

Lottie parece sobresaltada.

—Ha ido... normal.

—Te has olvidado el abrigo. Lo he encontrado colgado en el recibidor. Estaba preocupada, no fueras a pasar frío.

—No ha hecho frío.

—Puede que no lo hayas notado —replica Claudia—. Pero si no vas lo suficientemente abrigada tienes más propensión a pillar microbios y luego se los contagias al resto de la casa.

La cocina tiene un aspecto lúgubre y desordenado. Claudia enciende la luz. Empieza a recogerlo todo. Recoge las ollas y las sartenes que se secan en el escurridor. Guarda todo lo que había en las encimeras. Las ollas de aluminio repican cuando las coloca en los estantes. Abre las puertas del armario y las cierra de un portazo otra vez. Los vasos chocan unos contra otros; las tazas tamborilean en los platos. Abre la nevera, agarra toda una

brazada de cosas del interior, y cierra la puerta de una patada. Pisa la palanca del cubo de la basura y la tapa choca como un par de platillos al golpear con la pared de detrás. Uno tras otro, Claudia arroja en él cartones de leche vacíos, restos de comida podrida y envases de plástico viejos. Hacen ¡zum!, ¡zum!, ¡zum!, y desaparecen en las crujientes profundidades. Parece que una especie de genio loco haya poseído a Claudia. Está llena de sonido; es una compositora creando una loca sinfonía, disonante. Vuelve a cerrar de un portazo el armario. Saca el cajón de los cubiertos y derrama sobre la mesa de la cocina una cascada de acero que brilla y chirría. Los cuchillos, tenedores y cucharas hacen ¡ting!, ¡ting!, ¡ting! cuando los suelta otra vez en los compartimentos correspondientes.

Lottie se estremece a cada sonido.

—¿A qué huele? —pregunta, por fin.

Claudia deja lo que está haciendo. Se yergue, alerta, en silencio. La recorre una gran sensación de fatiga, casi de abatimiento.

—Huele como a quemado —dice Lottie.

Es la hoguera. Claudia también la huele.

—Papá ha hecho una hoguera en el jardín.

A Lottie se le ilumina la cara.

—¿De verdad?

La próxima vez que Claudia mira, los ve a todos en el jardín, en la penumbra del anochecer. Está de pie junto a la ventana de la cocina. Howard rastrilla hojas y Lewis las lanza al fuego a brazadas. Lottie sostiene un palo largo. Se ocupa de la pila humeante, empuja las hojas nuevas hacia el centro ardiente, compacta la cima. Amontona trozos desperdigados de papel y ramitas con el palo, y los devuelve a la hoguera. Claudia oye hablar a Lottie, a Lewis y a Howard. No puede entender lo que dicen, solo oye el ruido que emiten al decirlo. El humo se eleva en grandes oleadas grises, una tras otra. A veces las oleadas ruedan hacia la ventana de Claudia. Luego, de repente, el humo cambia de dirección y se pierde irremisiblemente en el cielo.

Por la noche, Howard y Claudia salen.

Claudia está arriba, arreglándose, mientras los niños cenan. Se pone unos pantalones negros y un jersey negro. Se pone el collar que le regaló Howard. Es de plata, una hoja de plata fina como el papel engarzada en una cadena también de plata. Se sienta frente al espejo y se aparta el pelo de la cara. Le sorprende tener un aspecto tan acabado, tan completo. Es como si no le quedara nada que hacer. Es como si el espejo le hubiera dicho que ha llegado

al final de una tarea larga y complicada, que todo lo que había que hacer se ha hecho.

¡Qué raro no querer nada, no necesitar nada! Piensa en los billetes que le dio a Lottie. Al imaginar ese dinero, lo veía como la prueba material de una fase de desarrollo, como las primeras cucharadas de comida que puso en la boca de Lottie cuando era bebé. Siempre hace esas cosas un poco antes de tiempo. Le mete prisa. Ha querido enseñarle a Lottie cómo querer, cómo necesitar. Claudia supone que es su manera de intentar simplificar las cosas entre ellas, porque si Lottie necesita algo, recae sobre Claudia la tarea de proporcionárselo. Lottie querría algo y ella, Claudia, sería capaz de dárselo. Al menos, siempre lo había imaginado así. Lottie nunca pidió dinero. Simplemente Claudia pensó que se la ganaría dándole un poco. Las dos mirarían al mismo lado, codo con codo, hacia las cosas que querrían. Pero ahora resulta que Claudia no quiere nada. No necesita nada de nada.

Entra Howard. Acerca la cara al hueco del cuello donde Claudia se ha puesto perfume.

—¿Crees que Lottie lo ha pasado bien hoy? —le pregunta Claudia.

Él levanta la cabeza y los dos se miran en el espejo.

—Supongo que tanto da una cosa como la otra, ¿no?

Abajo, los dos niños más pequeños están viendo la televisión. Claudia entra en la cocina para ver si Lottie está allí y luego se planta a los pies de la escalera y le pide que baje. Lottie será la canguro. Claudia se sienta a la mesa de la cocina y apunta el número de teléfono y la dirección del lugar al que van. Oye que alguien baja las escaleras.

—¡Estoy aquí! —grita.

Al rato, sale de la cocina y mira en el pasillo. Luego mira en el salón. Lottie está sentada con Lewis y Martha. La televisión inunda su rostro inmóvil de luces azules. Claudia se fija en que lleva una falda nueva.

—¡Lottie! —dice con suavidad—. ¿Podrías venir un minuto? Quiero darte unos teléfonos.

Da media vuelta y regresa a la cocina. Sigue una pausa y luego llega Lottie.

—Vamos a casa de los Carter —dice Claudia. Los Carter viven al otro lado de Laurier Drive.

Da a Lottie las instrucciones. Claudia se oye hablar, pero apenas logra concentrarse en lo que dice. Intenta mirar a Lottie a la cara, pero la vista se le va —magnetizada, asombrada— a la falda.

—¿Te la has comprado hoy? —pregunta, por fin.

Lottie dirige la vista a su falda, como para asegurarse de que las dos hablan de lo mismo.

—Sí.

—¿Dónde la has comprado?

—En una tienda.

Es una falda rosa con un volante en el bajo. Le llega a las rodillas. El rosa es un rosa de algodón de azúcar. El volante está mal cosido. Resulta a la vez demasiado grande y demasiado pequeña para Lottie, le hace bolsas en las caderas y le aprieta la barriga. El tejido es tan barato que se le transparenta la ropa interior. Es una falda de niña, la clase de falda que Claudia podría haber comprado para Martha, pero en Lottie es sin duda la prenda menos favorecedora que Claudia ha visto jamás. Lottie la lleva con su habitual sudadera con capucha.

—Muy bonita —dice Claudia—. Bien hecho.

Lottie parece complacida.

—Sabía que te iba a gustar.

Más tarde, un sábado, Claudia tiene que ir al pueblo. Deja a Howard y los niños y se va sola. Las calles están atestadas de gente. Vagan por las aceras como almas en pena, como si cientos de espíritus sin hogar hubieran acudido en busca de todo lo que han perdido. Llevan bolsas, cajas, grandes sacos de plástico que envuelven objetos voluminosos. Algunos apenas pueden cargar con la cantidad de cosas que han comprado. Ve a un hombre con una podadora, a otro con una tumbona de plástico, a una mujer con una bicicleta infantil en una bolsa de plástico gigante. El manillar asoma fuera del paquete, cada lado decorado con sendas borlas relucientes que tiemblan como las coletitas de una niña con el caminar de la mujer.

Hace un día claro y ventoso. El cielo irradia azul en las alturas. Claudia acelera. Camina por la acera sucia mirando los escaparates, las caras con las que se cruza. Empieza a soltarse, a sentir una especie de júbilo. Al fin y al cabo es bueno alejarse de lo tuyo, de casa, donde todo te pertenece o habla de ti o es un reflejo de ti hasta que la necesidad de existir, de dominar, se convierte en una enfermedad que te consume. Y sin embargo, aquí la tenemos, ¡libre! ¿Qué le importa lo que compra la gente, adónde va, cómo pasan el rato? ¿Qué tiene que ver con ella? No es su responsabilidad... la gente es libre, como ella. Es la responsabilidad lo que clava sus agujas y tornillos en tu naturaleza, la que te deforma y te retuerce y hace que te veas fea. Claudia avanza con el viento azotándole el pelo. Por delante ve a un

grupo de adolescentes saliendo de una tienda. Salen a la acera, agarrándose unas a otras y riendo. Son como una única criatura de muchos tentáculos que se ríe, un revoltijo de brazos, piernas y sonrisas. Llevan bolsos, pulseras y pendientes, y melenas con lazos que el viento alborota de tal modo que no se sabe qué pelo pertenece a cada cabeza. Una de ellas le llama la atención. Claudia se la queda mirando un largo rato antes de reconocer a Lottie.

Hay una mujer a la que Thomas ve en el patio de la escuela. Suele llegar temprano, como él. Se sienta en un banco al borde del asfalto, a leer un libro.

En realidad Thomas no sabe por qué se ha fijado en ella, pero ahora que ya ha pasado, se descubre formando una relación etérea con la mujer. Nada más llegar, Thomas busca en el patio su figura de cabello castaño encorvada sobre el libro. Le reconforta verla, como le reconforta ver luces en las ventanas de casas de desconocidos, saber que hay alguien dentro. Una vez la ve en el pueblo, cruzando la calle hacia él. Va charlando con otra mujer y cuando de casualidad mira a Thomas, él le sonrío. Ella abre los ojos como platos, confusa, y al instante ya no está. Alguna que otra vez no aparece por el patio y Thomas se siente irritable. Se imagina a sí mismo abandonando ese lugar, pasando a la acción: siente la urgencia de hacer algo que le borre esta pasividad del cerebro. Se siente informe, como un trozo de masa en el que quien quiera puede dejar su huella. Pero luego, al día siguiente, la mujer vuelve y la abolladura que ha dejado se rellena.

Una tarde Alexa sale cogida de la mano de otra niña. Es la hija de la mujer de cabello castaño. Thomas lo sabe: las ha visto juntas.

—Esta es mi amiga Clara —dice Alexa.

—Hola, Clara. —Thomas sonrío. Piensa en Clara Schumann. Quiere preguntarle a la niña si se llama así por ella. Sopesa cómo plantear la pregunta—. Un nombre muy bonito.

De pronto la mujer está a su lado. De cerca es más pequeña de lo que esperaba. Todo en ella es marrón, sus grandes ojos, el abrigo, el cabello que le cae en mechones algodonosos sobre los hombros. Se siente incómodo. Se da cuenta de que se ha paseado por ahí con la imagen de esa mujer igual que la gente acostumbraba a llevar encima retratos en miniatura. Siente como si le hubiera robado algo sin que ella se percatase.

—Le estaba diciendo a su hija que tiene un nombre muy bonito.

Ella sonrío, ligeramente sorprendida.

—Gracias.

—Creo que no nos conocemos.

Ella ladea la cabeza, marrón, con gesto socarrón.

—¿No? Pues yo conozco a su... ¿Es su mujer?

—Sí. Sí, mi esposa.

—El otro día pensaba que hace mucho que no la veo.

Thomas ya está acostumbrado a este discurso del patio, con extrañas elisiones y delicadezas de antaño, y súbitos y sorprendentes ataques de franqueza. No es la primera vez que ha tenido que dar explicaciones sobre la desaparición de Tonie a un público femenino imperativo. Al menos ahora no confunde la curiosidad con simpatía hacia él.

—Ahora trabaja a jornada completa.

Ella asiente con gesto filosófico.

—Había imaginado algo así —contesta, como si hubiera podido tratarse de cualquier otra cosa, la muerte quizá, o la cárcel.

—Sí, le ofrecieron un ascenso que no podía rechazar.

—Es maravilloso —dice la mujer. Parece encontrarlo maravilloso de verdad. Está sonriendo, las mejillas se le suben y la piel se le arruga debajo de los ojazos de color chocolate. Thomas se fija en que tiene unas curvitas estriadas en la comisura de los labios, como corcheas.

—Sí, supongo.

Se hace un silencio. Thomas quiere marcharse. Quiere ir a casa y tocar Bach. Después de todo, no está disfrutando de la conversación.

—¿Puede venir Clara a casa, papá? —Alexa sigue cogida de la mano de la otra niña—. ¿Puede, papá, por favor?

—Hoy no. Otro día.

Alexa insiste.

—¿Mañana?

Thomas mira a la mujer. Ella vuelve a sonreír y él responde con una mueca torpe.

—Ya veremos —contesta Thomas—. Ya hablaremos en casa.

Coge a Alexa del brazo y la conduce con firmeza fuera del patio, a la calle. Durante todo el camino a casa le embarga una amarga decepción, pero por la noche, con Tonie presente, se descubre pensando otra vez en la mujer de cabello castaño. La imagen vuelve a su marco. Tonie va de un lado a otro de la cocina con la cara pálida, distraída. Por un momento Thomas olvida la naturaleza de su unión. Tonie exuda cierta neutralidad minuciosa, compendiosa, como si Thomas pudiera preguntarle cualquier cosa porque es la amiga inquebrantable de su vida.

—¿Conoces a la madre de una niña llamada Clara?

—¿Quién?

—Clara.

Tonie se detiene junto al fregadero. Thomas ve cómo su mente se pone en marcha, cómo localiza los detalles. Tonie lleva un suéter de color malva que parece grueso, de los que pican. De modo impreciso, a él se le antoja un símbolo de aflicción, semejante prenda con sus gruesos cables retorcidos y su cuello estrecho, el refugio impenetrable de la lana. Es como si esa mañana se lo hubiera puesto a modo de aviso al mundo, para que se mantenga alejado de ella.

—Creo que la madre se llama Helen —dice Tonie en ese instante.

—La he conocido hoy, en el patio. Dice que te conoce.

—¿Ah, sí?

—Alexa parece muy amiga de la hija.

—¿De Clara? —Tonie abre los grifos—. Qué novedad. Clara y ella nunca han tenido gran cosa que decirse.

Tonie habla con una finalidad clara. Le está diciendo a Thomas que, cualesquiera que sean sus impresiones sobre la situación, ella la conoce mejor. Le está recordando a Thomas que en el mundo en el que ahora vive no hay nada nuevo por descubrir. No hay nada que saber que ella no sepa ya.

—Pues hoy parecían la mar de amigas.

—¿Sí? Son cosas que van y vienen. Alexa se habrá peleado con Maisie y se consuela con Clara.

Thomas se ríe, aunque el comentario le resulta un tanto irritante.

—Jamás hubiera dicho que fuera tan cínica —dice Thomas.

Tonie enarca las cejas. No replica.

—De hecho —insiste él—, me ha parecido bastante tierno cómo iban cogidas de la mano, de lo más inocente.

La expresión de Tonie es inescrutable.

—Está bien —dice Tonie como si él le hubiera pedido permiso para algo. Tras una pausa añade—: Deberías trabar amistad con Helen. Es maja. Te vendría bien tener amistades en el colegio.

—Gracias —contesta él, en tono seco.

—Va, hombre, ya me entiendes. Simplemente creo que te llevarías bien con ella, nada más. Es músico, ¿lo sabías?

—¿Sí?

—Toca el violín. Deberías preguntarle.

Thomas sube a dar las buenas noches a Alexa. Se siente envuelto, vagamente sofocado, como si Tonie le hubiera tejido alrededor otro suéter color malva a juego con el de ella. Antes de apagar la luz, dice:

—¿Le preguntamos a Clara si quiere venir mañana a casa?

La cara de Alexa no dice nada. La niña se encoge de hombros.

—Muy bien.

Thomas se siente desconcertado.

—¿No quieres que venga?

Alexa se lo piensa.

—No me importa. Supongo que sí.

Pero al día siguiente Thomas no la ve, ni al otro tampoco. Alexa dice que Clara está enferma.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé. Siempre está enferma —dice Alexa, con aire siniestro.

Luego, un día, la madre de Clara vuelve a aparecer, sentada en el banco. Thomas se da cuenta de que la ha olvidado. Era un hábito creado por su mente, nada más. Ahora ni siquiera recuerda los detalles de ese hábito.

—Hola —saluda Thomas.

Su sombra cae sobre ella. La mujer alza la vista. Parece contenta.

—Ah, hola.

—Hace días que no te veía.

Es evidente que no piensa levantarse, tampoco hace ningún gesto para invitarle a sentarse. Es la actitud física adulta en el patio, una postura corporal que evita dar directrices. La mujer no puede ni darle la bienvenida ni mandarlo a paseo. De todos modos, Thomas se sienta a su lado en el banco.

—Es primavera —dice Thomas, se ha dado cuenta en ese preciso instante. Es marzo. El sol lame delicadamente su cara y sus manos pálidas, y asoman brotes verdes en las ramas desnudas de los árboles que crecen dispersos en amarraderos de cemento. Thomas se pregunta cómo es posible que baste esa tímida fuerza para renovar todo lo que necesita un cambio. Tararea algunas frases de la *Sonata de primavera*.

—No sé cómo te llamas —dice ella.

Él tiene los ojos cerrados, está disfrutando del sol.

—Thomas.

—Yo, Ellen.

—¿Ellen?

Thomas abre los ojos. Ella le tiende la mano. A él le divierte el error de Tonie. Hace que la mujer le caiga mejor. Al fin y al cabo, sí quedan cosas por descubrir.

—Eres músico.

La sorprende.

—¿Cómo lo sabes?

Thomas sopesa la posibilidad de atormentarla.

—Pensaba que lo sabía todo el mundo. Eres famosa, ¿no?

—No, qué va. —No está molesta. Parece confundida.

Él vuelve a cerrar los ojos.

—Mi mujer me ha contado que tocas el violín.

—En realidad, toco la viola.

Él sonrío para sí. No cree que a Tonie le interese la diferencia entre un violín y una viola.

—A mí me gustaría haber sido músico.

Suena la campana; salen los niños. El patio se llena. De repente Clara está con ellos, subiéndose al regazo de su madre. La mujer le besa la coronilla y entonces Thomas se percata de que es guapa, como si la llegada de su hija la hubiera desvelado. Thomas piensa en la viola, en su forma de mujer, parda y brillante; la niña en el regazo es como el arco. Busca a Alexa con la mirada, incómodo de pronto por estar sentado tan cerca de ellas, como si sus pensamientos fueran actos públicos a los que podrían obligarle a atenerse de por vida. Recuerda el modo en que solía contemplarla de lejos, la sensación de propiedad que había desarrollado hacia su forma. Thomas no se entiende. Se levanta, se abre paso entre el gentío.

Un día Clara va a la casa. Es una niña callada y frágil, trémula como un lecho de agua, tan insustancial que agota. Thomas esperaba a una niña como un preludio, algo fluido y melodioso; comprende que esta expectativa proviene de la madre. Pero sin ella, Clara carece de forma. O, al menos, Thomas no ha logrado descifrar cuál podría ser. Se descubre mirando con frecuencia el reloj. Una y otra vez Alexa sube con ella a su cuarto y, todas las veces, a los pocos minutos, Clara reaparece sola, bajando lentamente las escaleras, escalón a escalón, buscándole a él. A Thomas empieza a irritarle la forma pequeña y vacilante de la niña. Sabe que en realidad no es a él a quien busca.

A las cinco en punto Thomas abre una botella de vino.

—¿Te apetece beber algo? —le pregunta a Clara, pegada a sus talones, en silencio, con cara de huérfana.

La niña asiente. Él le da zumo de naranja en un vaso de plástico. Es raro servir a esa niña desconocida. Thomas experimenta una especie de intimidad con su madre, al habitar el vacío que debería ocupar Ellen. Olvida lo pequeña que es Clara y le deja el vaso fuera de su alcance, de modo que cuando la niña

trata de cogerlo, lo vuelca y el líquido naranja se derrama por la mesa y la pechera de su camisa blanca. Clara se mira la mancha naranja sin hablar.

—Vaya por Dios —dice Thomas.

La acompaña al cuarto de Alexa a por una camisa blanca cogiéndola de la manita. Alexa está tumbada en la cama, leyendo.

—¡Puaj! —dice cuando ve la mancha.

En ese instante le recuerda a Tonie. Es como si las dos estuvieran tumbadas en la cama, a la expectativa del curioso follón en el que se ha metido Thomas, de esa niña extraña que se empeñó en invitar y a la que ahora cuida tan mal.

Sienta a Clara en la punta de la cama y le quita, vacilante, la camisa. Ella se muestra absolutamente pasiva, deja que desabroche los botones, con las manos colgando flácidas a los lados. Thomas abre la parte delantera y, aunque se le para momentáneamente el corazón al ver las crudas cicatrices quirúrgicas rojas que destacan a lo ancho y largo de su pecho de codorniz, mantiene la calma. Encuentra una camisa limpia y abrocha los botones con dedos como plumas.

Viene un catedrático a dar una charla sobre los poetas de la Primera Guerra Mundial.

El departamento había anunciado la charla, pero solo están ocupados algunos asientos de la primera fila de la sala de conferencias. Tonie está abochornada. De un modo u otro confiaba en librarse de asistir, pero todos los demás están enfermos u ocupados y el catedrático ha quedado a su cargo. Tonie espera en recepción. Llega el hombre, entra por la puerta de cristal procedente de la oscuridad de la calle, donde el tráfico se amontona de punta a punta bajo la lluvia. Es mucho más joven de lo que ella pensaba. Tonie echa un vistazo al folleto para recordar el nombre del catedrático.

Caminan con brío por los pasillos grises iluminados por fluorescentes hacia la sala de conferencias. Tonie intenta aminorar el paso; no quiere transmitirle ninguna prisa. Prefiere la actitud de aceptación despreocupada que constituye la seña de identidad del departamento de inglés. Confía en que cuando lleguen haya más gente.

—No esperes una multitud —le dice en la puerta—. A estas horas es difícil. En cuanto oscurece, regresan a sus madrigueras.

Él ríe cortésmente. Tonie se fija en que viste con elegancia. Lleva traje y corbata, gemelos, zapatos relucientes.

—No importa —contesta él.

Tonie abre la puerta. Hay todavía menos gente que antes. Tonie presenta al catedrático —Max Desch, de la Universidad de York— y se oyen tímidos aplausos mientras baja de la tarima. Se sienta unas filas más atrás, sola. Observa al catedrático ajustar el micrófono, disponer las notas. El hombre está un largo rato sin hablar. Saca varios libros del maletín y también los extiende. Luego mueve la cabeza, vuelve a guardar algunos y saca otros. La gente empieza a girarse en los asientos, a mirar a Tonie. Intuyen que algo va mal. Esperan que Tonie intervenga, pero ¿qué puede hacer? En cierto sentido, ella lo admira. Admira a la gente que no hace lo que se espera que hagan.

El catedrático aguanta callado tanto tiempo que cuando por fin habla al micrófono, todo el mundo se sobresalta.

—¿Por qué no subís todos aquí?

Todo el mundo desfila hacia la tarima. Ni siquiera se quejan, están demasiado incómodos. Tonie llega la última. Hay algunas sillas y se sienta en una de ellas. Otros se sientan en el suelo. El catedrático ocupa una silla.

—Lo mejor de la poesía —dice el hombre— es leerla. ¿No os parece? Voy a leeros un poema.

Lee un poema de Wilfred Owen. Todos escuchan. Tiene un estilo de lectura poco corriente. Declama cada verso en tono cansino y deja largas pausas entre los versos. No está nada acartonado en su traje impecable. Uno o dos estudiantes ríen. Pero al poco, todo el mundo guarda silencio.

—¿Quién quiere leer el siguiente? —pregunta cuando ha terminado.

Para sorpresa de Tonie, se alzan varias manos. El catedrático señala a una chica y le pasa el libro. Es Julie Bowes: Tonie la ve a menudo en el autobús, susurrando al teléfono y mirando lánguidamente por la sucia ventanilla. Lee un poema de Rupert Brooke, el famoso. Cuesta pensar en algo más alejado de Julie Bowes que ese poema. Lo lee en voz baja, entrecortada, con su acento del sur de Londres. A Tonie empiezan a dolerle el cuello y los hombros. Cuando Julie Bowes pregunta «¿Y todavía queda miel para el té?», todo el ser de Tonie se encoge. Está enfadada con el catedrático, con su traje y su acento de cristal tallado. Ella tiene siempre excusas para esos estudiantes, a los que parece que la vida ha agotado antes incluso de empezar a vivir. Está enfadada porque les obligan a leer las palabras patrióticas típicas de alumnos de colegios privados. Sin embargo, no parece importarles.

El catedrático indica a Julie que pase el libro a otro. Julie se lo da a Nile, un chico grande y callado que lleva chándal, cadenas de oro y unas zapatillas para fardar; tiene las piernas, musculosas, cruzadas en una posición incómoda. Pasa despacio las páginas del libro. Luego empieza a leer: Siegfried Sassoon. Tiene una voz fuerte y bonita, simple como un rayo. Es como si no la hubiera usado antes; como si el poema la hubiera extraído de la sustancia misma del chico. Poco a poco, Tonie se rinde. Escucha el sonido de los estudiantes diciendo lo que no acostumbran a decir. Entran fácilmente en la vasija del poema. Por un instante, se convierten en él. La consternación e incomodidad de Tonie se desvanecen. Está entretenida, impresionada y al final se olvida de estar de algún modo. La hora pasa rápida. Una sensación acogedora, casi de amor, la envuelve. Por primera vez en mucho tiempo, le gusta este lugar.

—¿Y tú? —dice el catedrático—. ¿Nos lees algo?

Todos la están mirando. Quieren que se vuelva humana, igual que ellos. Quieren que emerja de su autoridad, de su vida establecida, una pequeña figura surgiendo de un edificio enorme. Quieren ver lo que es en realidad.

—De acuerdo.

De pronto tiene el libro en las manos. Lee la página por la que está abierto, otra vez Wilfred Owen, «Insensibilidad», un poema que recuerda aunque hace muchos años que no lo ha leído, que ni siquiera ha pensado en él. Le sorprende la voz de Owen hablando a través de la suya. Como los demás, Tonie no suele decir cosas bellas. Sin embargo las palabras parecen suyas, parecen inventadas por ella, si supiera cómo hacerlo. Parecen trazar una pasión no vivida, una forma oscura, como un segundo cuerpo anónimo dentro del suyo. Cuando lee los versos

*... lo que gime en el hombre
antes del último mar y las desventuradas estrellas*

le tiembla la voz. El libro es viejo, con páginas amarillentas. Es más viejo que ella, y Wilfred Owen está muerto. Siente pena, lástima, como si Owen representara una oportunidad perdida; como si la hubiera abandonado para seguir adelante solo, lleno de una pasión que no ha visto la luz. Cuando termina, Tonie devuelve el libro al catedrático. Sus miradas se cruzan.

—Bueno, pues adiós —dice el conferenciante a los estudiantes.

Empieza a guardar los libros y las notas en el maletín. Los alumnos se levantan, dudan, se arrastran hacia las puertas. No quieren irse: quieren que cuiden de ellos. El catedrático ha hecho que se sintieran seguros y ahora quieren ceder la responsabilidad de sus personas.

Tonie se queda detrás de él para acompañarlo a la salida.

—¿Hay algún lugar aquí cerca donde beber algo? —pregunta él.

Van al *pub* donde tradicionalmente se refugia el departamento de inglés, donde en cierto modo Tonie confía en encontrarse con algún conocido. No sabe qué se le ocurrirá decirle. Lo observa mientras va a pedir. Ahora que ha terminado, no tiene claro lo que ha significado la charla.

—Ha sido bonito, escucharles leer —dice Tonie cuando él vuelve.

El catedrático deja las bebidas en la mesa. La suya es algo claro, ginebra o vodka.

—¿Sí? —Bebe de su copa con aparente indiferencia.

—Por lo general no hablan tanto.

—Hablar es una trampa.

Ella lo mira, sorprendida. Él la está mirando fijamente. Sonríe, con una sonrisa mucho menos educada que el resto de su persona.

—Quería oírte leer —dice él.

Ella le mantiene la mirada unos segundos.

—Bueno. Ya me has oído.

—Detesto decírtelo, pero tu voz te delata.

Ella recuerda su nombre. Max Desch.

—Creía que hablar era una trampa —dice, brillante.

Él ladea la cabeza, tamborilea con los dedos en el vaso.

—Hay diferentes tipos de trampas. Esta es bastante agradable. Me ha atraído de forma firme pero delicada.

Sigue un silencio. Tonie no quiere silencio. El silencio sugiere que desea que él tome el control.

—Pareces muy joven para ser catedrático.

Él se sorprende.

—Tengo treinta y tres.

Tonie se ríe, aliviada y vagamente decepcionada. Es todavía más joven de lo que pensaba. Había imaginado que estaba flirteando con ella. Es mala señal creer que los jóvenes flirtean contigo.

—Pues eso, joven. —Sin embargo, Tonie no termina de creerse que ella es mucho mayor, casi de otra generación. Comprende que se ha aferrado a la juventud. No tiene idea de lo que hará cuando esta se haya ido del todo.

—¿Sí?

—Para mí sí. Acabo de cumplir cuarenta.

Él quita importancia al comentario con un gesto de la mano.

—¿Qué más da?

—No lo sé. Pero importa.

Él se inclina hacia delante, apoya los codos en la mesa. Ella le ve los gemelos, pequeños discos de plata reluciente entre el tejido rígido. Lo imagina poniéndoselos. Tiene los dedos anchos, pálidos y limpios.

—¿Por qué? Todavía eres joven. Y guapa —añade, llevándose el vaso a los labios.

Tonie se ríe.

—Basta.

—Me gustaría acostarme contigo, nada más —dice Max Desch.

Las mejillas de Tonie se sonrosan. Qué extraño que cuando era más joven y más libre reservara todo su desdén para comentarios como ese y sin

embargo ahora poseen para ella todo el misterio que por entonces implicaba la idea del amor.

—No puedes decir eso.

—¿No puedo? —Él gira la copa—. ¿Por qué no?

Tonie se pregunta si Max Desch volverá a York esta noche, si se sentará en el tren y sentirá el peso de la visita, como un pescador que regresa a casa nota los cuerpos de los peces que ha atrapado. De hecho, no hay ninguna razón por la que no pueda decirle lo que le plazca. Es demasiado tarde para la lealtad, ¿no?, para el reparo, para la culpa. El tiempo de tales cosas ha pasado. Solo tiene sentido decir la verdad.

—Por nada —contesta Tonie. Se recompone—. En fin. ¿Y tanto interés por Wilfred Owen? ¿De dónde viene?

—Estuve en el ejército.

Tonie sonrío. De una forma muy vaga, no acaba de creérselo.

—Además.

—Me alisté cuando todavía estaba en el instituto. Era una forma de que me enviaran a la universidad.

Tonie está sorprendida. La ha engañado. Le había tomado por el típico académico excéntrico. Pero, de hecho, ninguno de los académicos que conoce se le parece en lo más mínimo.

—Y luego, ¿qué? ¿No regresaste?

—Tuve que volver un tiempo. Me mandaron a Oriente Próximo. Luego me licenciaron.

—Vaya. ¿Y cómo fue, el ejército?

Él la mira con frialdad.

—Bien.

Lo imagina con otros hombres en un lugar solo para hombres, tiene algo de clarificador; un zafarse de las mujeres que quizá traiga consigo la capacidad de verlas en su conjunto.

—¿Te gustaban los otros hombres?

—Sí.

—¿Aprendiste a disparar un arma?

Él sonrío con su sonrisa lenta y burlona.

—Por supuesto. ¿Te parece emocionante?

Ella le devuelve la sonrisa.

—No especialmente.

Permanecen sentados, mirándose. Al cabo de un rato él alarga la mano y roza el borde del vaso de Tonie.

—¿Te apetece otra copa?

Ella niega con la cabeza, despacio.

—Tengo que irme a casa.

Parece tan decepcionado que Tonie casi rompe a reír. Tanta sinceridad es todo un acontecimiento. Quiere contárselo a alguien, pero él es la única persona a mano.

—Qué pena —dice él—. ¿De verdad tienes que irte?

Salta a la vista que no está familiarizado con la idea de un hogar entendido como conjunto de responsabilidades, como un lugar programado, como el trabajo. No obstante, algo en él hace que se sienta segura. Tonie no quiere marcharse, como los estudiantes no querían dejar la sala de conferencias. Él no parece tener ataduras. Parece existir solo para ella. Le presta toda su atención.

—Sí. Lo siento.

Fuera, en las calles oscuras, él se detiene y se vuelve hacia ella. Alarga una mano grande y blanca y la apoya abierta en la clavícula de Tonie.

—Eres muy delicada —dice él—. Quiero saber cómo sería dominarte.

—No soy fácil de dominar.

—¿No?

Él presiona con la mano. Con la otra le cubre los ojos. La empuja de espaldas por la acera hasta que Tonie nota una pared a su espalda. Las manos de él están calientes. Lo ve por las rendijas que quedan entre los dedos. Él se inclina y la besa en el cuello.

—No puedo —dice Tonie—. Podrían verme.

La besa en la boca, en la piel de debajo de la oreja, otra vez en el cuello. Ella se ríe. Nota la mano firme en el pecho, inmovilizándola contra la pared.

—Solo un minuto más —pide él. Ella nota cómo le mordisquea delicadamente el cuello.

—No te atreverás —dice Tonie, riéndose, ciega.

Nota que sonrío. Sus labios rozan los de Tonie como una mariposa. Ella le coge de la muñeca y le aparta la mano de los ojos. Se libera de él, vuelve a la acera.

—Tengo que irme a casa.

Un taxi asoma por la esquina y él lo para. El vehículo vira bruscamente hacia el bordillo y él abre la portezuela para Tonie, que sube al taxi.

—Voy a la estación —dice ella—. ¿Vamos juntos?

Él niega con la cabeza. Levanta la mano a modo de despedida. Ella se vuelve para mirarlo por la ventanilla. Lo ve alejarse por la acera. Distingue

fugazmente su cara bajo una farola, cincelada, eterna, como una cara en una iglesia, una cara en una moneda de plata.

La casa huele a descomposición. Tonie recorre las habitaciones olisqueando. Es un olor nauseabundo, dulzón y rancio, como el olor de la residencia en la que vive su abuela, como el olor de los trajes de los muertos que venden en las tiendas de beneficencia de High Street. Solo lo huele cuando no se lo espera. La asalta entre sus posesiones y luego se desvanece, imposible de encontrar.

Últimamente la atormentan sueños horribles. La manchan todo el día con una sensación de suciedad y malestar. Son los sueños de una lunática. ¿Qué es ese río negro que recorre sus sueños como una cloaca? Sobre todo sueña con animales. Sondea el pánico de los animales, la futilidad de su vida y su muerte. Anoche soñó con un hombre que ensartaba pájaros con una horca de jardín. Llevaba uniforme de jardinero. Metía ramitas y escombros en una carretilla municipal. Era pesado y metódico, dando vueltas por el parque silencioso. Ensartó a un búho que se había posado en la hierba, luego a un pájaro con el cuello largo y pico de cormorán. Transportó a cada uno de ellos hasta la carretilla en los dientes de la horca mientras los pájaros miraban alrededor con ojos brillantes y perplejos.

Por las mañanas Tonie se coloca de pie junto a la ventana y mira a la calle. Quiere ver cosas concretas, continuidad, gente que se sube a los coches para ir al trabajo, el azul o el gris del cielo de ese día. Ve a un hombre en la ventana de enfrente, con el torso desnudo, que apoya los brazos tatuados en el alféizar de la ventana para fumarse un cigarrillo en el nuevo día. Abajo, la mujerona distraída irrumpe por la puerta principal como suele hacer a estas horas y enfila calle arriba con los brazos cargados de bolsas. Uno tras otro sus hijos salen tras ella, siguiendo su estela como patitos corriente arriba detrás de su madre.

Tonie abre y cierra cajones en busca de ropa. El olor emana del tercer cajón. Formaldehído, hospitales, vendas putrefactas. Hace años, el olor del yeso gris sucio que le quitaron del brazo. Se acuerda, recuerda el brazo de aspecto mortecino, que era ella y no era ella; recuerda comprender que su cuerpo estaba separado de ella, que el cuerpo podía morir. Y después la entrecortada sensación de espacio, una escisión en el aire, la falta de algo que antes estaba ahí.

Se viste como una actriz reuniendo el vestuario. Jefa de departamento: traje, por responsabilidad; negro, por rebeldía. Dedicar tiempo a pensar en ello,

en su aspecto, en su papel. Hoy lleva zapatos poco convencionales y una camiseta de Jimi Hendrix debajo de la chaqueta. Se deja el pelo rizado y suelto. Mete cosas en la cartera, mira el reloj. A esa hora, cada minuto es una entidad, sólido. Los minutos cruzan su conciencia como piedras para vadear un río. Tiene que andar con cuidado para no perder pie. Arriba, se cuelga en la habitación a oscuras de Alexa para dar un beso de despedida a su forma dormida. Cuando lo hace, nota como si sus padres la vigilaran. Observan sus movimientos con la misma sincera perplejidad con la que verían una película de arte y ensayo extranjera. El olor emana de la cama de Alexa. Más tarde, cuando Tonie abre el armario de secar la ropa, le llega desde las sábanas y las fundas de almohada limpias. Lo huele en el abrigo; a veces lo huele en la comida. Intenta ponerle nombre: futilidad, mortalidad, sinsentido. Representa la pérdida de la ilusión. Abajo, en la cocina, le dice a Thomas:

—¿Has notado qué olor tan raro?

Thomas se lo piensa.

—¿A qué?

Muerte, piensa Tonie. Tiempo desperdiciado. Creencias putrefactas que apestan.

Thomas está leyendo *La ópera completa de Kobbe*. Pasa una de las mil páginas, finísimas, como las de una Biblia.

—Olía, pero ya he localizado el origen.

Tonie enarca las cejas, asombrada. Lo imagina solo durante el día, moviéndose a hurtadillas por las habitaciones como un indio en una película del Oeste. Lo imagina arrodillado con la nariz pegada al suelo.

—¿Dónde estaba?

—En el armario del recibidor. Apeataba. Estaba lleno de zapatos viejos.

—Ah.

Ahora Tonie está al mando. Está sola, a cargo de su vida, sujeta solo a la locura, como un rey en una obra de Shakespeare. Es lo que quería, liberarse de toda autoridad. Ha dejado tanto detrás que le asusta un poco lo que pueda venir. Irá a trabajar todos los días, nada más. Hará su trabajo. ¿Qué hacen los reyes, si no?

Se pronosticaban todo tipo de cosas: sistemas atmosféricos con largas colas como látigos con púas azules o rojas, vientos cargados con feroces granizadas de dardos, barras de sol refulgentes como lanzas alrededor de un escudo de nubes que despedía gotas azules con forma de lágrimas.

Leo necesita un abrigo. Mira en las tiendas de West Hill Road, donde autobuses grandes y sucios pasan frente a los escaparates iluminados y las aceras están atestadas incluso un martes por la mañana. West Hill Road es donde están las grandes cadenas y las tiendas de todo a una libra, y los locales de comida basura que se huelen a cien kilómetros de distancia. Es donde va la gente que gasta dinero, en contraposición a la gente que lo gana.

—¿Qué ha pasado con el abrigo del año pasado? —le ha preguntado Susie esa mañana cuando él le ha dicho adónde iba.

Leo se ha encogido de hombros.

—No lo sé.

—¿Qué abrigo llevabas el año pasado?

Parecía confusa, como si no fuera solo el abrigo, sino el año entero el que se hubiera extraviado.

—No lo sé.

—Va, en serio —le ha dicho, tocándole el brazo—. ¿Cómo era?

Pero Leo tampoco se acordaba. Susie y él se han agarrado el uno al otro retorciéndose de risa, mirándose a los ojos enrojecidos. Justin y Madeleine han seguido sentados a la mesa del desayuno muy erguidos, mirando a sus padres.

—Tienes que acordarte del abrigo —ha dicho Madeleine, incrédula.

—¡Que no! —ha protestado Leo—. Debo de haberlo perdido.

—Se lo habrá dejado en cualquier lado —ha dicho Justin—. Seguro que se ha emborrachado en alguna fiesta y se lo ha dejado olvidado.

Leo no ha ido a Temple Street como le ha recomendado Susie; Temple Street, con sus falsas farolas victorianas y sus tiestos llenos de arbustos, sus pequeñas *boutiques* como telarañas plateadas con una dependienta vestida de negro esperando dentro como una encantadora araña. Un saxofonista toca jazz ambiental en las aceras barridas de Temple Street. Pero Leo no ha ido a

Temple. Ha venido a West Hill Road, donde hombres y mujeres de cabellera incolora y cuerpo informe cargan bolsas gigantes repletas de ropa y calzado procedente de China o Taiwan, tan baratos y poco favorecedores como los que llevan puestos. Desde lo alto del autobús Leo los observa entrar y salir por las puertas automáticas. Salen y se detienen un instante en la agitación del umbral, donde el aire acondicionado de la tienda se encuentra con el viento gris y racheado del exterior. La turbulencia les agita el pelo y les hincha la ropa como un globo o se la pega al cuerpo. Es como si por un momento los estuviera manejando un dios sin miramientos. Leo les ve abrazarse para protegerse del viento juguetón, ve sus miradas decididas. Se aferran a sus bolsos, miran a derecha e izquierda.

Leo quiere un abrigo. Es un abrigo largo de color oscuro. Lo busca en las secciones masculinas con la misma impaciencia que si el abrigo ya le perteneciera y lo hubiera olvidado por error en alguna parte. El abrigo se le antoja una especie de compañero del alma, algo hogareño y familiar, como Susie. Es raro rebuscar por estos comercios inmensos donde toda la arbitrariedad del mundo parece reencarnarse constantemente en un millón de prendas huérfanas en busca de un hogar, de un alma. Es como si se estuviera buscando a sí mismo. Y cuanto más busca y más fracasa en su búsqueda de algo reconocible, más extraño se siente. Sí, eso es lo que le distingue de los demás, que rastrean estante tras estante de chaquetas y vaqueros y sudaderas con una meticulosidad que casi calificaría de profesional, si no de obsesiva, y por lo tanto viciada.

La mayoría de los hombres que conoce están en el trabajo a estas horas. Hasta Susie está trabajando un martes a las once de la mañana. Leo es el único que puede sentir frío a esa hora y tomarse la libertad de ir a comprarse un abrigo. En Marks & Spencer se prueba tres o cuatro. Se siente tímido y algo asqueado. Se le antojan casi una forma de prostitución, esas primeras incursiones frías en una tienda. Sus necesidades son tan particulares, tan exageradas por su imaginación, y las tiendas tan concretas y prácticas... le lleva un tiempo calentarse y volver a dar forma a sus deseos para que encajen con la oferta real. Por eso la gente como Susie compra en Temple Street. No se amoldan al mundo cuando necesitan comprarse un abrigo. Van a sitios especializados en lo que buscan.

Hay otras dos personas en la sección de hombres, una pareja. La mujer entra en éxtasis cada vez que sus ojos dan con una prenda cualquiera completamente corriente.

—¡Uy, qué preciosidad! —le repite una y otra vez al marido.

Con cada abrigo que se prueba, Leo parece una persona diferente. Le sorprende: nunca hubiera dicho que eso fuera posible. En los colgadores, los abrigos tienen cierto aire inútil, pero cuando se los pone le asombran por lo poderosos y completos. Hay uno azul marino de hombros cuadrados y cuerpo entallado que le inquieta de manera especial. Es el abrigo que los hombres de su edad visten por encima del traje de ejecutivo o cuelgan en el coche de la empresa, hombres que Leo conocía en el colegio, de niños, y que todavía parecen congelados en la infancia a pesar de las barrigas y las calvas. Con ese abrigo puesto no se distingue en nada de ellos. Ese es el hijo que sus padres querían, el hombre de cara encarnada del espejo, con un abrigo que sugiere un empleo en la banca: no le cabe la menor duda. Se quita el abrigo y se pone uno horrible de cachemir negro que lo transforma en empleado de una funeraria.

—¡Uy, qué preciosidad! ¿A que es una preciosidad? —dice la mujer.

Habla en un tono tan grave, tan profundo, que Leo tiene que girarse. La ve: una persona anodina con el pelo tieso, muy corto, que tiene en las manos un anorak de color habano. Su marido es un pedazo de carne gris, alto y callado que espera de pie detrás de ella con las gigantescas manos colgando sin vida a los costados.

—A mí me parece una preciosidad —repite ella.

Leo se quita el abrigo negro y lo deja hecho un fardo en la estantería. Su mirada se cruza fugazmente con la de la mujer. Está mirando lo que Leo ha descartado. Su rostro brilla con un interés depredador. Leo le lanza una mirada reprobatoria. ¿Es que no ve lo fea, lo repelente que es? La mujer alarga la mano y coge el abrigo de donde él lo ha dejado caer. No parece percatarse de la presencia de Leo. Lee la etiqueta y pasa la mano por el tejido negro y pesado. Para Leo es como si ella estuviera pasando la mano por la propia muerte, acariciando ciegamente su nulidad, su suave maldad.

—Este también es bonito —le dice la mujer al marido.

—Perdone —dice Leo en voz alta.

Están tan cerca que le cierran la salida. Tiene que embutirse de lado por el hueco entre los dos e incluso sigue siendo invisible. La chaqueta acolchada de la mujer raspa contra la espalda de Leo cuando la empuja para pasar y por fin se aleja ofendido hacia las escaleras mecánicas.

Susie se reiría de una mujer como esa. La imitaría perfectamente, el modo de tocarlo todo, la manera de decir «este también es bonito». La neutralizaría; Susie neutralizaría al mismísimo diablo. Susie podría conseguir que las cosas más espantosas parecieran inofensivas sencillamente conservando su

capacidad para comentarlas. Leo a veces se pregunta qué se deriva del hecho de que algunas de esas cosas no sean en absoluto inofensivas. El otro día le leyó en alto una noticia del diario sobre un hombre al que habían atacado en la calle; un enfermo mental le había propinado nueve cuchilladas a plena luz del día y lo había dejado desangrándose. Nadie se había parado a ayudar al hombre. Nadie se había arrodillado a su lado y le había sostenido la cabeza o cogido la mano. El hombre —que había sobrevivido y al recuperarse había escrito el artículo que estaba leyendo Leo— dijo que recordaba ver a la gente apiñarse a cierta distancia y llamar a una ambulancia por el móvil, pero nadie había hablado con él ni se le había acercado. Leo estaba muy ofendido. Le leyó el artículo entero a Susie.

—Es horrible, ¿verdad? —dijo ella, exactamente lo mismo que habría dicho acerca de un plato que no tuviera muy buen sabor.

—¡Nadie le dijo ni una palabra! —exclamó Leo, acongojado—. ¡Y eso que estaba muriéndose!

Esa idea, que la frialdad del mundo pudiera triunfar, que su infame inhospitalidad pudiera triunfar incluso sobre un hombre, le resultaba abominable.

—Imagino que se asustaron —dijo Susie; de modo que el hecho de que estuvieran asustados era normal, comprensible incluso. Había gente que estaba loca y había gente que tenía la mala suerte de ser apuñalada por los locos, y después había otra gente que se asustaba. Desde el punto de vista de Susie lo único anormal parecía ser Leo—. ¿Por qué te lo tomas tan a pecho? Al menos avisaron a la ambulancia. No se les puede pedir más.

Ojalá pudiera dejarlo todo en manos de Susie; ojalá pudiera simplemente adoptar las creencias de su mujer como la gente se deja absorber por la religión. Susie nunca se preocupa por el hecho de que Leo y ella traten de alcanzar algo que no llega, luchan por una felicidad que los esquiva. Susie no lo ve así. Ella vive el momento como si los momentos estuvieran todos presentes. Barre el pasado y el futuro del brillante instante presente. Maneja de manera eficiente, higiénica, la abundancia de desechos que deja el momento en forma de culpa, vergüenza y aprensión. Se ríe de los niños y del modo en que Madeleine dice «¡Otra vez no!» por las mañanas, con la carita arrugada como una pasa. Susie consigue que todas esas cosas parezcan una sola, una entidad ni buena ni mala.

Leo se pregunta si ha sido derrotado con demasiada facilidad en la sección de hombres. Había un abrigo que no se ha probado. Lo ha dejado fuera de la percha, colgado encima de los otros. Lo tenía todo preparado. La mujer y su

marido lo han ahuyentado antes de que acabara, como hienas alrededor de un cadáver. La escalera mecánica lo transporta proféticamente hacia abajo. La luz artificial le inunda los ojos. Encima de su cabeza se extienden extrañas perspectivas y distancias geométricas, un laberinto de rejillas y conductos de ventilación y falsos techos que parecen viajar cada vez más arriba en pos de un centro invisible, atravesado por cables como nervios gigantes. Justo encima de él flota una bruma amarilla deslumbrante. Hace que le lloren los ojos; casi está viva. No parece tener más origen que el edificio, como si un dios o un espíritu monstruoso se hubiera materializado en algún lugar del laberinto gris. La escalera mecánica lo transporta por delante de una fotografía ampliada de una mujer en ropa interior de pie frente a una puerta. La mujer apoya una mano en el pomo y mira a la cámara como invitando al espectador a acercarse. Separa los labios para dejar entrever los dientes y la lengua. La ropa interior es recargada y blanca, pero de un modo u otro, en ese cuerpo obstinadamente egocéntrico, resulta aniñada. ¿Qué se cree la modelo que está haciendo ahí plantada? Leo se da cuenta de que es la puerta de una habitación de hotel. Un cartelito de «No molesten» cuelga del pomo. Leo suelta una risotada extraña. Al final de las escaleras, da la vuelta y vuelve a subir otro tramo. La mujer le recuerda inesperadamente a su cuñada, Tonie. Tiene el pelo castaño rizado y el vientre plano. Tiene un cuerpo tan pulido y acicalado que desmerece su desnudez. Parece una forma de vestirse. Pero son los ojos lo que Leo no soporta. Esa expresión artificial, teatral, que adopta en su falsa cita en un hotel por encima de las escaleras mecánicas incansables de West Hill Road: consigue dar la impresión de que en el mundo no queda nada verdadero ni entrañable.

Alguien ha devuelto el abrigo a su lugar. Leo vuelve a descolgarlo y se lo pone. La mujer y el marido silencioso han pasado a la sección de calzado. Los ve a lo lejos, juntos, como figuritas. Le sorprende verse tan imperfecto en el espejo. Tiene la piel roja y áspera, los cabellos desordenados en patéticos mechones, y parece surcado por agotadoras variaciones y texturas, por poros y venas y grietas, por lunares y bultos y uñas rotas. En cambio el abrigo es asombrosamente insulso y liso. Como si lo hubieran recortado y se lo hubieran pegado encima, como un abrigo de fieltro del Fuzzy Felt de Madeleine. Es marrón y grande. Envuelve sus extraños contornos particulares como una gran totalidad marrón. La barriga blanda, los pequeños montículos de carne pectoral que parecen senos, las caderas blancas, femeninas: todos ellos son ahora tan privados como los pensamientos, ocultos tras el escudo marrón del abrigo. No es exactamente el abrigo que había imaginado —ese

abrigo transformaba sus defectos en lugar de limitarse a borrarlos—, pero aun así parece buena idea. Leo ya empieza a acostumbrarse a él. Qué alivio, qué bendición estar cubierto por completo. Es la misma sensación que experimenta a veces al acostarse por la noche y taparse con las mantas, la sensación de regresar a una inocencia original; como si sus años de vida se alejaran a la deriva en cuanto oculta su cuerpo. Cuando Susie y él mantienen relaciones sexuales, a Leo se las fastidia el ver sus cuerpos abundantes y moteados y el vello púbico canoso. Nunca se ve como se siente, del mismo modo que Susie tampoco se parece a la chica del póster. Pero a oscuras todo eso se aleja de él, toda esa repugnancia densa y sucia.

En la caja tiene que quitarse el abrigo para pagarlo, pero en cuanto la mujer tiene la tarjeta de crédito, Leo recoge el abrigo del mostrador y le arranca la etiqueta del precio con los dientes.

—¿Se lo pongo en una bolsa? —pregunta la mujer.

—No. Me lo llevo puesto.

—¿Quiere una bolsa para el que llevaba antes? —dice ella, como si la mitad de los clientes de su sección hicieran precisamente lo que Leo acaba de hacer.

—Sí. Supongo.

—¿Una percha? —La cajera blande en alto la silueta de plástico.

—No, gracias.

Leo se siente abatido. No sabe cómo, en el curso de la transacción con la mujer de la caja, el atractivo del abrigo marrón ha crecido, ha alcanzado la cima de sus posibilidades. La mujer le entrega la bolsa de plástico con la chaqueta gris y arrugada de Leo dentro. Ella la ha doblado con esmero; ha alisado el tejido ajado con sus uñas largas y pintadas. Parece compadecerse de ese pedazo de vida de Leo desechada. Parece sentirlo por la chaqueta, por todas las cosas no deseadas, por todo lo que es viejo y ha sido abandonado: Leo piensa que al doblar y alisar la prenda, la cajera ha condenado el mundo por su inhumanidad.

—Muy bonito —comenta la mujer cuando Leo se lo pone.

Le da su aprobación mediante una pequeña sonrisa. Leo mira el reloj. Las diez y cuarto. Coge la tarjeta y el recibo y los guarda en el bolsillo del abrigo. El forro sedoso del bolsillo, frío y desconocido, se cierra en torno a su mano.

Su madre tiene varias caras. A veces tiene cara como de bruja. En la nuca, no en el rostro. Alexa la ve cuando sube las escaleras detrás de ella.

Por las mañanas, cuando Tonie sube a su cuarto, Alexa finge que duerme. A menudo sí que duerme. Es la presencia de su madre en el dormitorio lo que la despierta: la nota a través de los ojos cerrados, intuye algo cálido, blando y atento, aunque al principio no recuerda qué es. Mantiene los ojos cerrados. No se mueve. Cree que su madre la preferirá así. Se siente bonita, así, tumbada en camisón, completamente inmóvil. Es como una muñeca. Pero al mismo tiempo sabe que está fingiendo.

—¿Estás despierta? —susurra Tonie.

A los labios de Alexa asoma la más pequeña de las sonrisas. Su boca quiere retorcerse por las comisuras, sentirla. Pero la niña permanece completamente inmóvil. Quiere que su madre crea que es una niña que sonrío en sueños. La ropa de la cama susurra a su lado. El colchón chirría. El cabello de Tonie le hace cosquillas en la cara. La madre le da un beso en la mejilla. A veces Alexa finge despertarse en ese momento, como una princesa despierta del encantamiento. Bosteza y estira los brazos y dice «Me has despertado» impostando una voz soñolienta.

Pero a veces se queda quieta, sonriendo con los ojos cerrados. Quiere representar su idea, su ficción, a la perfección. Quiere engañar a su madre. Intuye que ganará algo si lo consigue. Espera a recibir el beso. Este emerge de las distancias infinitas invisibles más allá de sus párpados. Después Alexa oye a su madre salir de la habitación con sigilo. La oye cerrar la puerta.

Cuando abre las cortinas el día ya está en marcha, vivo, esperando a que se levante. Se sienta en la ventana en camisón. El sol estalla una y otra vez contra el cristal. El viento picotea en las ramas desnudas de los árboles, empujándolas arriba y abajo, arriba y abajo. Una hoja muerta pasa revoloteando, girando en el aire. Alexa contempla un avioncito minúsculo que cose una línea en el cielo azul. Contempla un pájaro que salta entre las ramas ondulantes, se posa y vuelve a saltar.

Su padre la acompaña a pie al colegio. Camina por la acera con los pies cerca de los de ella. Los zapatos de su padre tienen arrugas grandes y malcaradas. Le guiñan el ojo y la miran mal mientras avanzan. Son viejos y huraños y marrones, con cordones mustios.

—Necesitas unos zapatos nuevos, papá —dice Alexa.

—¿Sí? —Su padre se para y se mira los zapatos—. Estos están bien, ¿no?

—Están viejos. Y los cordones son demasiado largos. Están sucios.

—Pues todavía me llevan a donde me haga falta.

Ella se ríe. Se imagina los zapatos andando solos por todo el mundo; algo a lo que pudiera subirse, como un autobús.

—Podrías ponerles unos cohetes pequeños —dice Alexa.

—Zapatos propulsados por cohetes —dice su padre.

Llegan a la carretera, donde los coches, como olas en el horizonte, se amontonan, suben y frenan, pasan con un rugido. Cruzan al otro lado.

—Desde aquí ya puedo ir sola.

—¿No quieres que te acompañe?

Alexa niega con la cabeza. Él se inclina y planta su cara delante de la de ella con los labios fruncidos en forma de beso. De cerca su cara es complicada. Sus ojos tienen caminitos y alrededor de la boca tiene pequeños valles y pelos como árboles en miniatura, y la piel es desigual, detallada, como la superficie del globo terráqueo de la clase de la señora Flack. La besa. Le apoya la mano en la coronilla. Alexa tiene que alejarse de lo que sabe de él. Da unos pasos y cuando se vuelve a mirar, lo ve más pequeño. Reconoce la forma de su padre, pero es menos complicada. Su padre está de pie en la acera. Se despide de ella.

La señora Flack ha repartido los libros de ejercicios de francés. Alexa pasa las páginas. Se encuentra con su letra. Ve cosas que ha coloreado. El coloreado es un pequeño recordatorio; lo escrito es un mensaje para sí misma. Le encantan sus libros de ejercicios. Le encanta ver lo que ha hecho, lo que es. Pero este libro, el libro de francés, le provoca una leve tristeza. Las palabras son tristes. Las escribió ella y sin embargo son desconocidas: parecen sentir cierta hostilidad hacia las palabras que Alexa sí conoce. Son como errores. Hacen desagradables las ilustraciones, como ciertas cosas en los sueños.

Alexa comparte mesa con Katie. Normalmente se sienta con Maisie o Francesca, pero hoy ha entrado tarde del patio y la única silla libre era la de al lado de Katie. La señora Flack está repartiendo los ejercicios. Se pasea por

toda la clase, a veces se aleja, a veces se acerca. Tiene el cabello amarillo y su cuerpo está hecho de pelotas y círculos, como el hombre ese dibujado todo él con neumáticos de coche. Cada parte de la señora Flack es redonda. Le brilla la cara por el maquillaje. Huele bien y, cuando pasa cerca de Alexa, esta oye el susurro y el cuchicheo de sus ropas, como si los pliegues escondieran vocecillas mágicas. La señora Flack tarda mucho en repartir los ejercicios. Alexa espera. Por fin le llega el turno. La mano de uñas pintadas de la señora Flack aparece ante los ojos de Alexa y deposita la hoja de ejercicios sobre la mesa. Alexa se retuerce, sonrío. Quiere que la señor Flack vea lo buena que es, lo paciente que es.

—Gracias.

En la hoja de ejercicios hay una niña dibujada con trazos negros, como un recortable. Lleva un sombrero, una falda triangular y zapatos. En cierto modo es bonita, por estar inacabada. De su cuerpo parten rayas negras como flechas. Al otro lado de la página hay un niño.

—Míralo —le dice Katie. Señala con el dedo al niño de papel—. Parece gay.

La señora Flack está escribiendo palabras en la pizarra. Tienen que unir las palabras con flechas. Las ventanas ocupan toda una pared del aula y Alexa se queda mirando el día que hace fuera un momento. Katie ha atrapado su atención. Alexa flota alrededor de ella, de ese enganche, como un globo al final del hilo. Mira fijamente el día detrás del cristal. Luego echa un vistazo a Katie por el rabillo del ojo.

—Eso no se dice.

—¿No?

—No —dice Alexa—. El señor Simpson dice que no se dice.

Lo que Alexa sabe de Katie empieza a despertar: recuerda que ya se ha sentado a su lado antes. Katie es como un cuento que ha leído y olvidado, ha almacenado los pormenores pero no los rememora a menudo. Ahora Katie vuelve a desplegarse para ella, su forma y aire particulares, los zapatos rozados, el cabello perezoso recogido con un clip, la boca que le llena la cara entera cuando sonrío, los ojos pálidos, insolentes.

—Pues a mí me gusta decirlo —dice Katie—. Lo digo siempre. Es divertido.

—¿Qué tiene de divertido? —replica Alexa con desdén.

Katie se encoge de hombros y retuerce el lápiz entre sus dedos gordezuelos. Hay algo atractivo en ella, algo atrayente que hace que Alexa se sienta culpable. Katie le produce la impresión de que ha olvidado algo

importante. Hace que parezca como si, después de todo, tal vez no sea tan importante.

La señora Flack pronuncia las palabras en voz alta y los niños levantan la mano. En el otro extremo del aula, Maisie y Francesca levantan la mano. A Alexa le gustaría levantarla, pero no ha estado atenta. Por culpa de Katie no sabe las respuestas. Las palabras francesas caen en sus oídos y se desvanecen, incomprendidas. Es el poder de Katie, el poder de la ignorancia. Por un momento Alexa cree que le gusta esa inmensa libertad sin especificar que rodea el centro inquieto y perspicaz del conocimiento. Otros niños anotan cosas. Alexa no sabe qué debe escribir. Está perdida. Los dibujos y las flechas y las palabras no encajan. Es como si hubiera perdido de vista a la señora Flack y los demás; como si estuviera siguiéndolos y al minuto siguiente hubieran desaparecido a la vuelta de la esquina. La señora Flack se vuelve y escribe algo en la pizarra. Su cuerpo redondo se sacude mientras escribe. Katie da un codazo a Alexa en las costillas y esta la mira. Katie está medio levantada en la silla, contoneándose como una bailarina de la danza del vientre. Está imitando a la señora Flack, bamboleándose y escribiendo en el aire. Petrificada, Alexa la vuelve a sentar de un estirón.

—¡Basta! —le dice en un susurro.

Katie se ríe, una pedorreta estalla ruidosamente entre sus labios y los cubre con el lustre de la saliva. También ha salpicado en la mesa. La señora Flack para de escribir. Da media vuelta, ladea la cabeza, escruta el aula silenciosa. Alexa clava la vista al frente. Siente calor en las mejillas. Se ha olvidado de que la clase acabará: ha perdido la secuencia encadenada del día, la perspectiva de una pausa matinal y un almuerzo, las distancias llenas de luz de la tarde. Solo existe el presente que no cesa de agrandarse, extendiéndose hacia la oscuridad de la ignorancia. La señora Flack vuelve a concentrarse en la pizarra. Cuando Alexa mira su hoja de ejercicios, descubre que el niño y la niña de papel han cambiado. La niña tiene pelos garabateados en mitad de la falda y unas tetas orondas y grandes en la pechera, y al niño le cuelga entre las piernas un obsceno pene en forma de zanahoria. Por un momento Alexa cree que lo ha dibujado ella. Es como si hubiera satisfecho algún deseo vergonzoso. La señora Flack recogerá los ejercicios al final de la clase. Esa hoja lleva el nombre de Alexa. Alexa se siente como el niño y la niña de papel, violada. Junto a ella, la cara de Katie está blanca y sonriente, los ojos grandes, la mano retorciendo cómicamente con un lápiz un mechón de cabello junto a la oreja. Al verle la cara Alexa se ríe, es una risa que lucha

frenéticamente en el estómago, que le convulsiona todo el cuerpo y finalmente se le escapa, a carcajadas, por la boca.

La señora Flack se vuelve de golpe, indignada.

—¡Alexa Bradshaw!

Su voz es estridente y enfadada. Alexa ve el destello de la cara, el cuerpo fugazmente encendido por la ira, la transformación de la señora Flack de una cosa en otra. Es Alexa quien la ha transformado. La clase está en silencio.

—¡Haz el favor de callar, Alexa Bradshaw!

El sonido de su nombre es una especie de muerte. Luego, de forma inesperada, la señora Flack vuelve a ser ella. Recoge el rotulador y retoma la lección. No parece sorprendida ni decepcionada. No dice que Alexa la haya desilusionado. No comenta la bondad violada de Alexa, el expediente en blanco de su conducta que ahora ha sido mancillado. En cierto modo es la señora Flack quien lo ha manchado. Ha tratado a Alexa como trata a todo el mundo. No quiere a Alexa; nunca la ha querido, piensa Alexa. Sin embargo, Alexa se siente culpable, como si también la indiferencia de la señora Flack fuera culpa suya.

Se sienta muy erguida y callada hasta que suena la campana. No entrega la hoja de ejercicios. Al contrario, la dobla con fuerza y se la guarda en el bolsillo. Ha sido posible engañar a la señora Flack. El garabato lo ha hecho posible. A la hora del recreo rompe la hoja y la esconde al fondo de la papelería, debajo de la basura.

El sábado su madre la lleva al museo de la ciudad. Alexa espera de pie en la cocina con el abrigo puesto mientras su madre mete cosas en el bolso.

—¿Queréis que vaya y os haga compañía? —dice su padre.

Sigue un pequeño silencio soterrado, una especie de vacío.

—¿No tienes nada que hacer? —pregunta Tonie.

—En realidad no.

Alexa escucha. La manera de hablar de sus padres ha cambiado. Sus conversaciones solían encaminarse al acuerdo, al igual que al jugar al snap se siguen mostrando las cartas hasta que salen dos idénticas. Pero Alexa se fija en las diferencias. Es como si las conversaciones se detuvieran antes del final: nunca sale la carta idéntica. Se alejan en desacuerdo, son dos personas que no encajan.

—Simplemente me ha parecido que estaría bien que fuéramos juntos — dice su padre.

Tonie frunce los labios, hurga en el bolso.

—De verdad que no me importa llevarla —dice Tonie—. Esta semana casi no la he visto.

Alexa no oye el final de la conversación, si es que lo tiene. La escena de la cocina es peliaguda. Lo siguiente que recuerda es estar en la acera con su madre, caminando colina abajo. Van cogidas de la mano. Vuelan sobre las grietas que separan las losas de la acera, sobre las hojas muertas y los envoltorios vacíos de dulces, vuelan lejos de casa, donde se ha quedado su padre.

—¿Papá no viene?

—No. —Su madre parece sorprendida—. ¿Querías que viniera?

Alexa ignora la respuesta a esa pregunta. Su madre le estruja los dedos.

—A mí me apetecía que estuviéramos las dos solas.

—A mí también —dice Alexa. Al instante, se siente infeliz. Toca una farola para que le dé suerte—. ¿Nos tomamos un chocolate en alguna cafetería?

—Si quieres...

—¿Puede ser lo primero? ¿Antes de entrar?

Su madre está callada. Pasan junto a una señora que está de pie en la acera. Está hablando por teléfono, riéndose. Lleva un abrigo negro. Se ríe sin parar, allí plantada.

—¿Sí?

—No. Tomaremos el chocolate después.

—¿Por qué no puede ser antes?

—Porque lo digo yo.

—Pero ¿por qué?

—Vale ya. Basta de pedir cosas.

Su madre se ha parado y está mirando a su alrededor, a derecha e izquierda. Por un instante Alexa cree que busca a alguien a quien hablarle del comportamiento de su hija. Pero solo cruzan la calle.

—Para ya de pedir cosas —insiste Tonie cuando alcanzan la otra acera—. Acabamos de salir de casa y ya estás pidiéndolo todo.

—Perdona.

Su madre se detiene de nuevo. Se inclina y abraza a Alexa, de forma que la calle desaparece y Alexa se pierde en el cabello de su madre y los pliegues de su ropa.

—No, perdóname tú a mí —le dice al oído—. Es que estoy cansada. Tengo que acostumbrarme a ti otra vez.

Alexa se pregunta qué querrá decir eso. Le hace sentir que en cierto modo es extraordinaria. Se pregunta si significa que primero tomarán el chocolate. Llegan a la carretera principal y esperan en la parada del autobús. Allí, entre el ruido y el tráfico, su madre parece más menuda. Lleva una chaqueta roja.

—¿Y el autobús? —dice Tonie—. ¿Lo ves? Tienes mejor vista que yo.

Alexa otea la recta gris. Busca la silueta del autobús. Sabe lo que está buscando y, no obstante, está nerviosa. Cabría la posibilidad de que no reconociera el autobús o que este no viniera. Mira las siluetas de coches, furgonetas y camiones preguntándose si no serán el autobús.

—Creo que ya lo veo —anuncia. Hay algo grande y azul a lo lejos. ¿Los autobuses son azules? Mira el asfalto mugriento.

Tonnie mira con atención.

—No es un autobús —dice riendo.

Alexa frunce el entrecejo, observa sus zapatos. Mira el mugriento asfalto.

—Ya viene —dice Tonie—. Es ese.

El autobús avanza hacia ellas, doble, de color rojo oscuro y crema. Alexa lo reconoce, la cara de dibujos animados con los faros haciendo de ojos, la frente plana y grande parpadeando al sol, la gente mirando por las ventanillas polvorientas del piso de arriba. Emerge de la nada, coloreado y vivo. Alexa se siente aliviada. El autobús llega con su certeza y su realidad y las dudas se disipan.

—¿Podemos sentarnos arriba? —pregunta Alexa.

Arriba hay un hombre con un perrito. El perro va sentado en las rodillas del hombre, mirando a Alexa. Alexa también lo mira por entre los asientos. El animal tiene el hocico pequeño e inquieto y los ojos marrones y curiosos. Alexa mira al hombre y luego de nuevo al perro.

—Tranquila —dice el hombre—. No te morderá.

—¿Cómo se llama? —pregunta Alexa.

—Se llama Jill.

Alexa cuela la mano por el hueco y acaricia la cabecita de pelo tosco de Jill. La cabeza se mueve con avidez bajo sus dedos. La cola, corta y gruesa, se menea. Los ojos castaños se muestran serviciales.

—Le gustas —dice el hombre.

Alexa se vuelve hacia su madre.

—Mira, le gusto.

—Ya lo veo —responde su madre. Está sonriendo. Alexa imagina que está contenta de que al perro le guste su hija. Con todo, su mirada no es tan

servicial como la de Jill. Su sonrisa esconde algo secreto, algo privado y sellado.

—¿Podemos tener un perro? —pregunta Alexa—. ¿Por favor?

La expresión de la madre se cierra en banda. Tonie se vuelve y mira por la ventanilla.

El museo es grande por dentro, como una iglesia. Brilla con luz marrón, con tantos detalles como un bosque, lleno por doquier de pequeñas escenas que transcurren tras los vidrios. Los pasos de la gente resuenan. Suben a la planta alta, a la sala favorita de Alexa. La sala está llena de gemas, cristales, rocas, sobre pedestales negros. Cada uno con su foco de luz. La luz es blanca y limitada, queda preciosa así, rodeada de oscuridad. Destella como escarcha sobre los cristales y los rubíes, la aconita, la amatista. Los cristales son raros, dan algo de miedo. Parece que tienen mente y propósitos propios. Da la impresión de que podrían conquistar el mundo con sus asombrosos crecimientos en forma de espadas. Alexa se imagina un mundo de cristal creciendo y emergiendo de la tierra oscura, arrasando el lenguaje. Su piedra favorita es la amatista violeta. Es como una flor. Le gusta su color fino.

—Son rarísimas —dice Tonie, paseando frente a las vitrinas.

—¿Cuál te gusta más? —le pregunta Alexa. Quiere que le guste algo.

—Me gusta esta. El ópalo.

Señala. El ópalo es pálido y lechoso. No es un color. Es vago, como una nube. Alexa lo mira. Espera a que el ópalo le diga algo, pero por lo visto cae fuera de su comprensión. Es reservado. Alexa se pregunta por qué le gusta a su madre. Se pregunta por qué no elige la floral amatista.

—Mira eso —dice Tonie, señalando un trozo de cuarzo negro moteado de luz—. Parece salido de una película de terror.

Alexa se ríe. Se imagina la roca negra saqueando el espacio exterior. Pone los dedos como garras y gruñe como un monstruo. Tonie sonrío.

—Sigamos mirando.

Pasean por salas silenciosas llenas de animales. Parece que a Tonie le gustan esas salas. Se detiene, mira y lee en voz alta las tarjetitas con los nombres de las cosas. Los animales están todos muertos. Alexa se pregunta si Tonie es respetuosa cuando se detiene frente a cada uno y lee su nombre en voz alta; si siente pena por el animal, si lamenta que haya tenido que morir. Hay un turón acuclillado en una falsa rama que mira a Alexa con sus ojos amarillos. Claro que todos los animales parecen mirarla, los fieros ojos de las aves exóticas, la extraña mirada de párpados caídos de un oso de pie sobre los cuartos traseros, los ojos empequeñecidos de cosas que enseñan los dientes.

Todos están inmóviles pero preparados, como a la espera de su oportunidad. Pero Alexa sabe que están muertos.

—¿A quién te recuerda? —dice Tonie, señalando un puercoespín de carita quisquillosa y extravagante plumaje rígido de púas.

Alexa no sabe a quién le recuerda. Se pregunta si Tonie estará insinuando que le recuerda a Alexa.

—¿A papá?

Tonie se ríe.

—No, a papá no. A la abuela.

—¿Por qué se parece a la abuela?

Tonie vuelve a reírse. Parece que al fin y al cabo no le dan pena los animales. Le recuerdan cosas que están vivas. Alexa considera que es peligroso conectar lo vivo con lo muerto. Le preocupa que su madre esté poniendo a alguien en peligro.

—Bueno, por nada, en realidad.

—¿Podemos ir a ver a la abuela?

—Ahora no.

—¿Cuándo podemos ir a verla?

—No lo sé. No tengo respuesta.

Mira fijamente el interior de la vitrina del puercoespín.

—¿Podemos ir a la sala de las conchas? —pregunta Alexa.

—Como quieras. ¿No te gustan los animales?

—No me gustan sus ojos —dice Alexa, de mala gana. Cree que su madre debería saber ya lo de los ojos. Piensa que debería saberlo, ser más precavida.

Retroceden hasta el vestíbulo principal, con su alboroto amortiguado, su luz subacuática y sus ecos extraños. Alexa no recuerda dónde está la sala de las conchas. Echan un vistazo por ahí, asomándose a salas llenas de ollas viejas y porcelanas, salas repletas de espadas y lanzas, salas con gente de yeso vestida con ropajes antiguos. Hoy Alexa no quiere ver cosas humanas. Le parecen tristes y sin gracia, comparadas con la filigrana de los cristales eternos y la perfección en miniatura de las conchas. Pero no consigue recordar cómo encontrar las conchas.

—Puede que no haya sala de conchas —dice su madre.

—Sí que hay. Me acuerdo.

—¿Estás segura? Quizá la recuerdes de otro museo.

—Me acuerdo de la de aquí —insiste Alexa, aunque las palabras de su madre la han puesto nerviosa. Esas cosas pasan y lo sabe. Uno puede acordarse de algo y ser incapaz de volver a encontrarlo por mucho que lo

busque. Las conchas perfectas, tan rosas y milagrosas, tan vacías y no obstante tan complejas, quizá no vuelvan a aparecer.

—Bueno —dice Tonie—. Pues estoy bastante segura de que ya no está.

—¡Que sí! —grita Alexa—. ¡Está por aquí!

Su madre se para, la mira. Luego dice:

—Iré a preguntar al mostrador de información.

Deja a Alexa en un banco del vestíbulo. Cuando regresa, le ha cambiado la cara. Le tiende una mano.

—Las han trasladado —dice Tonie—. Están en Costas y Ríos. Está todo cambiado desde la última vez que vine.

—Así que no me equivocaba.

—No te equivocabas. Tenías razón. Las dos teníamos razón.

Costas y Ríos es nuevo. Las luminosas vitrinas están rodeadas de oscuridad y sofisticación. Hay voces grabadas que hablan y botones que puedes apretar para encender pequeñas cadenas de luces. Alexa encuentra las conchas, pero no son tal como las recordaba. Son diferentes. La vitrina está llena de arena y de redes de aspecto sucio en las que hay estrellas de mar. Las conchas yacen de cualquier modo sobre la arena, como si alguien las hubiera tirado al buen tuntún. De algún modo se han vuelto ordinarias. Alexa da media vuelta, va en busca de su madre. Camina a través de la oscuridad y de las voces por espacios enmoquetados desconocidos. Al final la encuentra al fondo de la sala. Alexa se acerca y se coloca a su lado. Delante de ella hay una escena fluvial con preciosas libélulas en los juncos y un cisne de escayola posado en el agua pintada de azul. Es lo que está contemplando su madre. El río se retuerce y gira entre márgenes verdes, se aleja serpenteando entre árboles hacia el horizonte pintado. Hay un martín pescador y otros animalillos en las riberas, además de un pato con sus crías. Hay flores y un nido lleno de huevecitos minúsculos. Pero es el cisne el que destaca, bello, en el lugar principal, en su blanco esplendor. Alexa se queda junto a su madre y el cristal. Nunca había visto nada tan bonito en ese lugar. Le gustaría poder caminar por la escena, sentarse en las orillas encantadas junto al río y dar de comer al cisne, pasear sin pausa entre los árboles hasta perderse de vista. Ansía entrar en esa realidad. Siente el éxtasis de lo imaginario convirtiéndose en real.

—Mira los patitos —le dice a su madre—. Mira los huevos del nido.

Su madre está callada. Mira fijamente el río, el cisne. Mira y mira.

—Mira la libélula —dice Alexa.

La libélula planea, azul y brillante. Los juncos son altos y rectos, de un marrón perfecto y extremos redondeados. El martín pescador se zambulle. El

cisne curva el cuello blanco como una bailarina. El río pintado centellea.

Olga ha conocido a un hombre. Es camillero del hospital. Se llama Stefan. Un día, en la sala del té, le preguntó de dónde era y cuando Olga le dijo el nombre de su ciudad natal, el hombre dio un brinco y gritó «¡Dios mío!», de modo que ella pensó que serían del mismo sitio. Pero es lituano. Olga sigue sin saber por qué se emocionó tanto. Stefan mide un metro noventa y siete. Es importante, cuando un hombre tan alto salta en el aire.

El supervisor ha trasladado a Olga al lugar donde las mujeres van para tener niños. Antes limpiaba las salas de las viejas, las salas grandes y silenciosas al final del laberinto del edificio donde las ventanas no dan a nada, solo a paredes de ladrillos o huecos de escalera o tubos y huecos del sistema de calefacción del hospital, como si alguien hubiera decidido que las viejas ya no necesitan ver el mundo porque de todas formas están a punto de abandonarlo. Las ancianas yacían en sus camas, blancas, menudas y suaves, como hadas pequeñas y arrugadas. No daban ningún problema. Yacían como bebés en la cuna bajo las potentes luces del techo con alguna fruslería al lado: una fotografía enmarcada, una tarjeta, una revista. Tenían poquísimo, menos de lo que la gente lleva consigo en el bolso cuando sale de compras. Las luces blancas las interrogaban, mostrando su pobreza, limpiando paulatinamente el significado de cada objeto hasta que la fotografía y la postal perdían el derecho a estar allí, obstaculizando la invasión de blancura. Olga solía quitar el polvo a sus baratijas, volvía a colocarlas firmes y triunfantes en las mesillas de noche, alisaba las portadas de las revistas.

La zona de maternidad no es así en absoluto. Aquí las mujeres tienen ramos de flores gigantes y chillones, y cestas de frutas exóticas y regalos, siempre más regalos, objetos nuevos que las madres desenvuelven de cualquier modo, tirando el papel para que Olga lo recoja. Ella recoge los trozos de papel de llamativos colores, los lazos dorados, las etiquetas y tarjetas, las ruidosas mortajas de plástico que revisten las cosas nuevas. Coge todas esas cosas, tan nuevas y no obstante superfluas, y las mete en la bolsa negra de la basura. Cerca de las camas, los bebés se retuercen como larvas dormidas en sus cajas acrílicas. Al final de su turno, la bolsa de la basura está llena, repleta de desperdicios livianos y crujientes, indescriptibles, de frescura

química. No hay palabras para la clase de basura que Olga recoge. Es extraño que una nueva vida llegue al mundo engalanada de basura sin nombre.

En los pasillos de los paritorios resuenan gritos terribles. Olga pasa la fregona por allí, frente a las puertas cerradas. Dentro, las mujeres braman como animales. Stefan trabaja en esos pasillos: traslada a las pacientes en camilla. Así lo ve Olga, empujando a las sufrientes señoras hacia su destino, su liberación, y luego recogiénolas, mustias, confusas y calladas, con el bebé enganchado al pecho como una lapa. Stefan es alto, una figura erguida que parece presidir el sufrimiento de las mujeres, casi describirlo, como el pincel del artista describe la imagen que está pintando. Impasible, se descubre no obstante allí, en la piedra angular de la creación, guiado por una mano invisible. Stefan distribuye formas y propiedades; entra y sale de la sala de partos manchado de creación.

Pero en el *pub*, duchado y sin el uniforme del hospital, su funcionalidad se despeja como la niebla; su autoridad queda restituida, la limpia autoridad del cepillo, de la herramienta.

—Este es un mal país —dice Stefan.

A lo largo de las semanas Olga ha ido revelando sus tribulaciones a Stefan, su soledad y su desconcierto, su agotamiento y su superstición, la sensación de que en este lugar arrastra el mal hacia ella, lo atrae tan ciegamente como un imán atrae el acero; la historia completa expuesta a los pies de Stefan, desentrañada.

—¿Por qué habría de ser peor que otros países? —dice Olga.

Stefan asiente, alza una mano; ya lo había pensado.

—Es la situación en la que vivimos aquí lo que atrae los problemas. Igual que el ratón saca lo peor del gato.

Olga tiene miedo. Quiere oír que sus problemas desaparecerán. No quiere pensar que son inalienables, como el ratón y el gato. Y no le gustan los ratones; en casa tiene un gato precioso, Mino, que caza ratones y se los zampa de un bocado. Olga ha visto, asqueada y fascinada, las patitas como palillos y la cola retorciéndose enloquecidas en los labios de Mino cuando la cabeza ya bajaba por la garganta. Después el gato suele enroscarse en las piernas de Olga, ronroneando; la mira con sus ojos claros, serenos y penetrantes. Transmite su superioridad a Olga; reivindica afinidad, la afinidad de los seres superiores.

—Lleva su tiempo —dice Olga—. Quizá mucho.

Stefan niega con la cabeza.

—Podríamos pasarnos aquí cien años y ni aun así sería nuestro lugar.

—Tal vez no haga falta. Tal vez nos baste con vivir aquí.

De repente Stefan se lo ha recordado: la ciudad limitada, las grises tonalidades que se filtraban en su cerebro y lo manchaban, la ubicua sensación de desfiguración, de que todo era conocido y estaba desfigurado, de que ella misma estaba siendo estropeada y desfigurada por el conocimiento ajeno de su persona. Y la terrible certeza de la repetición, su abuela y su madre y su hermana, réplicas una de la otra, utilizando y reutilizando el mismo harapo gris de vida. Últimamente se ha apoderado de ella una sensación de añoranza de su ciudad natal y de su familia. Ha ido resaltando sobre el gris a hurtadillas; ha estado transitando por sus recuerdos y pintándolos con los colores del arco iris. En Polonia, Olga solía imaginar con idénticos colores irisados cómo sería su vida en cualquier otro lugar. Ahora está aquí, otra vez imaginando.

—Como criados —dice Stefan—. Como marginados. Pero como iguales, jamás. —Señala a Olga con el dedo, largo y fuerte—. En Polonia eras una maestra cualificada, con título universitario y buena posición social, y aquí, ¿qué te dejan ser? Te dejan fregar suelos.

—Gano más aquí en una semana que en un mes en casa. Y, de todos modos, ya me trataban como a una criada allí. En Polonia, una maestra es menos que una chacha. ¡Menos!

Llegados a este punto Olga posa un pie en la realidad, cuando todo lo demás se ha vuelto incorpóreo, un mito de los colores del arco iris. No quiere que Stefan sucumba ahora, cuando el peligro es tan grande. No quiere que caiga en la ilusión y la deje sola con su amarga certeza.

—Pero como maestra tenías tu dignidad. Respeto.

—No tenía respeto. Los padres no me respetaban y los niños menos. ¡Les odiaba!

Stefan arquea las cejas, frunce los labios.

—Aunque volviese a Polonia, nunca más volvería a la enseñanza —dice Olga.

Y en cuanto lo dice, el pie que tenía en la realidad se desmorona de manera casi imperceptible. Se ha soltado, se adentra en el recuerdo de la nieve crujiente en las calles invernales, de la cálida cocina de la abuela, de los calurosos y monótonos días estivales, de los ruidos y los olores conocidos; de ella avanzando, reconocida, por el paisaje, siendo vista y conocida, con sus amigos y familiares agrupándose a su alrededor al girar cada esquina, llamándola por su nombre. ¡Olga! ¡Olga! De pronto le parece evidente cuál era el problema, el bloqueo. Si vuelve a Polonia, conseguirá un empleo en un

banco y todo será diferente. Se ve sentada tras la ventanilla de caja con un traje sastre y zapatos de tacón. Se ve sonriendo, enseñando sus dientes enderezados.

Stefan coge una mano de Olga entre las suyas. Las de Stefan son grandes y blancas, coronadas por nudillos como montañas.

—Aquí compartimos la intimidad de los marginados. Somos nosotros contra ellos. Somos una nación pequeña enfrentada al mundo.

—Es verdad —conviene Olga, con una sonrisa cansada. Está agotada. El esfuerzo de resistirse a la ilusión la ha dejado exhausta. Y todavía la pincha en su rendición soñolienta el aguijón del pánico, la terrible sensación que la empujó fuera del hogar, que la trajo hasta aquí. Era la misma sensación que tienes cuando rompes algo. Lo rompes y no te queda más remedio que escapar.

—Quiero llevar la vida normal de un hombre y una mujer —dice Stefan.

Olga piensa en las mujeres de la sala de maternidad, maceradas en desperdicios; la fruta pudriéndose en las cestas, las flores mustias y marrones. Oye los chillidos y los gritos, ve al bebé aferrado como una lapa al pecho. La verdad, prefiere a las ancianas. Prefiere su delicadeza, su desposeimiento.

—Pero Polonia tampoco es tu lugar —dice Olga.

—Lo es más. Lo suficiente.

Olga le acaricia los dedos mientras araña los alrededores con la mirada, sin ver nada.

—A mi madre le encantará verme fracasar. Y a mi hermana todavía más. Si vuelvo a casa será feliz para el resto de su vida porque significará que he fracasado.

—Pues que sean felices —dice Stefan, en tono amable—. Dales esa alegría.

Olga lo sopesa. Por las noches cuando termina el turno a menudo va al piso de Stefan, un pisito pequeño en una calle bulliciosa cerca del hospital. Duerme en su cama, junto a su cuerpo, que es como un tejado blanco y grande, firme y ahorquillado. Él le chupa sus grandes senos a oscuras, mientras los coches pasan rugiendo por la calle, abajo. ¿Es normalidad lo que les falta? Para Olga esas noches son abstractas y solitarias, minúsculas, como una semilla de la que podría brotar algo grande y ramificado. La semilla no da señales de lo que podría ser. Está callada. Carece de conexiones con nada más, solo tiene el misterioso silencio del futuro que encierra en su interior.

Pero en cierto modo Stefan tiene razón. Cuesta estar seguros de que se quieren de verdad.

—La gente con la que vivo parece de lo más normal. Pero no es normal —dice Olga—. No es una familia normal. Tal vez no sea tan fácil ser normal.

—¿Por qué? —Stefan siente curiosidad—. ¿En qué no es normal?

—Ya te he hablado de ellos. —Es cierto que sus conversaciones con Stefan son repetitivas. Quizá es lo que pasa cuando vives en una isla—. Yo solo digo que no es tan fácil ser un hombre y una mujer normales.

Últimamente ha estado observando a Thomas y Tonie. Es su relación con Stefan la causa de que se fije en ellos: ahora que tiene amor, le interesa más el tipo de amor que tienen los demás. Antes, no encontraba un marco de referencia para Thomas y Tonie. Los dos le parecían polimorfos y en cierto modo anodinos. A veces eran como hermano y hermana, otras veces parecían viejos imitando a jóvenes. Había algo de icónico, algo representativo y acartonado en el modo en que se tocaban o se besaban. Pero ahora Olga ve que son reales. Ve que adoran la forma del amor del mismo modo que la gente solía adorar a los dioses. Ve que el amor es tan rígido e invisible como un dios al que la gente con el tiempo ha ido rindiendo tributos más automáticos y acartonados. Sin embargo no se les ocurre renegar de él, de ese dios del amor. Olga se pregunta si esa vida invisible y constreñida es lo que Stefan llama normalidad.

—Yo te mantendré —dice Stefan, cruzándose de brazos con gesto magnífico—. Si quieres tener niños, me parece bien. Os mantendré.

—No quiero tener hijos nunca.

Ya ha tenido un hijo. Lo bautizaron antes de entregarlo; su madre insistió. El padre era el novio de su hermana. Todos asistieron al bautismo y rodearon la pila bautismal vestidos con elegancia.

—Supongo que así es más fácil —admite Stefan.

—Puede que siempre seamos marginados. Puede que eso no cambie.

Olga cree que Stefan debería saber que esa seguridad podría convertirse en prisión. Cuando escucha a Thomas tocar el piano piensa en un pájaro cantando en la jaula, lamentando su seguridad. No obstante a ella le gustaría tener una jaula. Le gustaría tener un modo de dejar a los demás fuera.

Mira el reloj.

—Deberíamos irnos a casa.

Stefan se levanta. Ya se ha convertido en la casa de Olga. Da igual la habitación o el país en el que estén. Fuera, en la calle, Stefan le rodea los hombros con el brazo. Caminan hacia el piso de él. Olga piensa en su cuartito de Montague Street, en las noches que pasó a solas allí, inocente, en su cama

individual. Ha empezado a recordarlas con cariño. Las recrea mentalmente. Las recuerda, con la nostalgia de los colores del arco iris.

28

HOWARD (*arriba*): ¡Claude! ¡Claude! ¿Dónde estás?

CLAUDIA (*abajo*): ¿Qué?

HOWARD: ¡Claude!

CLAUDIA: ¿Qué pasa?

HOWARD: ¿Dónde están mis náuticos, Claude? No están donde siempre.

CLAUDIA: Estoy al teléfono.

HOWARD: ¿Dónde dices que están?

CLAUDIA: ¡Digo que estoy al teléfono! Estoy hablando con Juliet por teléfono.
(*A Juliet*) Perdona.

JULIET: No pasa nada.

CLAUDIA: Es Howard, que quiere los náuticos. Ya sabes cómo es cuando se pone a buscar cualquier cosa. Empieza a sacarlo todo de los armarios. Somos como la sucursal regional durante la visita del director ejecutivo. Me siento como si pasara una auditoría.

JULIET: ¿Para qué quiere los náuticos? ¿Vais a alguna parte?

CLAUDIA: Solo a pasar el fin de semana en Cornualles.

JULIET: ¿Ahora?

CLAUDIA (*sorprendida*): Sí.

JULIET: ¡Pero si son las diez de la noche!

CLAUDIA: ¿Sí?

JULIET: Las diez y diez.

CLAUDIA: ¡No puede ser! ¿Las diez? Es ridículo... ¡Los niños deberían estar en la cama!

JULIET: ¿No os los lleváis con vosotros?

CLAUDIA: Pues claro que nos los llevamos: ¡no podemos mandarlos a una residencia como al perro! Harán un cursillo de vela de un fin de semana.

JULIET: ¡Pero no llegaréis hasta las dos de la madrugada! ¿Cómo los vais a levantar para que hagan el cursillo?

(Silencio).

CLAUDIA: Bueno, supongo que dormirán un poco en el coche.

(Silencio).

JULIET: En ese caso, tendría que dejarte.

CLAUDIA: ¡Pero si todavía no me has contado nada!

JULIET: Bueno. En otra ocasión.

CLAUDIA: Pronto, te lo prometo.

JULIET: Pues nada, adiós.

CLAUDIA: Adiós. ¿Howard?

HOWARD: ¿Los has encontrado?

CLAUDIA: ¡Howard, son las diez! Es demasiado tarde para salir. ¡Los niños deberían estar acostados!

HOWARD: Pero es que he llegado del trabajo a las nueve, Claude.

CLAUDIA: ¡Yo creía que vendrías antes para que pudiéramos irnos!

HOWARD: He llegado a las nueve. He venido en cuanto he podido.

CLAUDIA: Bueno, pues podrías haberme avisado.

HOWARD: Pensaba que ya lo sabías. Normalmente sabes qué hora es.

CLAUDIA: Los niños deberían estar durmiendo. Es probable que ya estén dormidos. ¿Lo has comprobado?

LOTTIE: No estamos dormidos.

CLAUDIA: ¡Es ridículo! ¡Absolutamente ridículo! Tendrías que haber oído a Juliet al teléfono cuando le he dicho que salíamos esta noche. ¡Nos ha tomado por locos!

HOWARD: Tu hermana piensa que todo el mundo está loco, cariño. A excepción de ella misma.

CLAUDIA: No seas malo, Howard.

HOWARD: Claro que las diez le parece tarde. Ella se acuesta a las diez. Se mete en cama con el griñón, como una monja.

CLAUDIA: No estaba en la cama. Estaba hablando conmigo.

LEWIS (*desde su dormitorio*): Puede estar en la cama y hablar contigo. Podría estar dormida y hablando contigo al mismo tiempo. De hecho podría estar hipnotizada.

CLAUDIA: Obviamente piensa que soy yo la que está llevándolo todo demasiado lejos y olvidándose de que tiene una familia, incluida una niña de seis años cuyo crecimiento quedará afectado porque no había nadie lo bastante organizado para acostarla...

LOTTIE: A veces pienso que me gustaría ser monja.

CLAUDIA: ... y no puedo decir, mira, no soy yo, ¿verdad que no? No puedo decirle que algunas personas son rematadamente egoístas y solo piensan en sí mismas. Es una broma (*risas*), tiene que ser una broma, cuando podría haberme pasado el día entero en el estudio trabajando, todo el día y parte de la noche y estaría exactamente igual que ahora.

HOWARD: Bueno, sí, podrías, Claude. Es una buena definición de la situación, ¿no?

CLAUDIA: ¿El qué?

HOWARD: Que podrías haberte pasado el día trabajando sin menoscabo para la familia.

(*Silencio*).

CLAUDIA: Como haces tú.

HOWARD: Supongo. No lo sé. Me limito a repetir lo que has dicho.

CLAUDIA: Tú, que cuando llegas a casa te encuentras las camas hechas por arte de magia y la casa limpia, la comida comprada y los niños recogidos del colegio...

HOWARD: Lo digo por ti, Claude. Pienso en tu felicidad.

CLAUDIA: ... tú, que tienes una esclava, una esclava de verdad, ¡una persona que no cobra y cuyo tiempo te pertenece!

HOWARD: Lucia no es una esclava. Le pagamos, ¿no? Podemos pagarle más. Puede recoger a Martha, hacer la compra...

CLAUDIA: No hablo de Lucia. Hablo de mí.

HOWARD: Tú no tienes que hacer nada. Tienes todo el día para ti.

CLAUDIA: No puedes pagar a Lucia para que sea tu mujer.

HOWARD: El día entero, si quieres.

CLAUDIA: No es un día... es algo que me han pasado, algo compuesto del tiempo que les sobra a los demás. ¡No se puede ser creativo de nueve a cinco, de lunes a viernes salvo festivos!

HOWARD: ¿No?

CLAUDIA: ¡Tú no entiendes la creatividad! ¡No entiendes lo que pierde un artista al ser responsable de otros!

LOTTIE: ¿Nos vamos?

HOWARD: ¡No!

(Silencio).

HOWARD: Mira, Claude, olvidémoslo. Olvidémonos del fin de semana. Quedémonos en casa.

CLAUDIA: No podemos. Has reservado el curso de vela.

HOWARD: Pues anularé la reserva.

CLAUDIA: A los niños les hace ilusión. No puede ser.

HOWARD: Pues ya me los llevo yo. Tú puedes quedarte. Así tendrás todo el día de mañana y pasado mañana para ti sola.

CLAUDIA (*Pausa*): Ahora me da la impresión de estar castigada.

HOWARD: Pero si acabas de decir...

CLAUDIA: Me siento como si me dijeras, pues muy bien, si quieres más tiempo iremos a Cornualles y nos divertiremos sin ti. Puedes tener tiempo, pero solo si pagas por él. A expensas de divertirme.

HOWARD(*desconcertado*): Pues entonces vente.

CLAUDIA: Muy bien.

HOWARD: Aunque quizá sería mejor salir por la mañana. Son casi las once.

CLAUDIA: ¡Pero perderemos casi medio día! No tiene sentido ir si perdemos medio día.

HOWARD: No es tan importante.

CLAUDIA: Es mejor que salgamos ahora. No habrá tráfico.

HOWARD: ¿Y el problema de crecimiento de Martha?

CLAUDIA: Que duerma en el coche. Meteré mantas y almohadas en el asiento trasero.

HOWARD: ¡Ay, Claude, esto es de locos! No llegaremos hasta las dos. ¿No preferirías descansar y salir por la mañana?

CLAUDIA: Así está bien. No soporto la idea de arrastrarme por media Inglaterra un sábado por la mañana como todo el mundo y su parentela. Será divertido conducir a toda velocidad por la noche, ¿no te parece?

HOWARD: Claudia, cielo. Cuánto te quiero.

(*Se besan*).

LOTTIE: ¿Al final vamos o qué?

HOWARD / CLAUDIA: ¡Sí!

Tonie va a una fiesta en el piso que Janine tiene en Battersea. La noche es cálida y todo el mundo está en la terraza. Tonie mira alrededor pero, con tan poca luz, no reconoce a nadie. Luego ve a Janine, una silueta oscura con toques pálidos, los brazos desnudos y el vestido brillante la diferencian del resto. Pero la terraza está atestada y Janine demasiado lejos. Tonie consigue una bebida. Se pregunta por qué todos los presentes resultan tan informes y anónimos. Sus cuerpos parecen desiguales en la penumbra y sus rostros tan indiferentes y monótonos como las piedras. Tanta falta de emoción casi le da miedo. Solo Janine, envuelta en la sofisticación de la anfitriona, se distingue. Los otros, medio escondidos en las sombras, no parecen pertenecer a la misma realidad que Tonie. O ellos son irreales o lo es Tonie.

Ve a Lawrence Metcalf; demasiado tarde para fingir lo contrario. Él no se mueve, pero su mirada adopta una expresión devoradora que la obliga a aproximarse a él.

—¿Qué tal? —saluda Tonie.

Es alto, de modo que Tonie lo mira desde abajo. Lleva un aro de oro en una oreja, como un pirata.

—Estupendamente, la verdad —contesta él, paseando la mirada por encima de la cabeza de Tonie—. Acabo de pasar unos días en Estocolmo. Ha sido fantástico.

—Eso significa que has conseguido financiación —dice Tonie, resignándose a la conversación.

—Desde luego. Nunca llegó a cuestionarse. La junta lo aprobó desde el principio.

—Qué bien. —Intenta recordar para qué eran los fondos. Algo relacionado con los vikingos.

—Estocolmo es otro mundo. Un lugar bonito, gente guapa, todo limpio y organizado... ¿Lo conoces?

Tonie no conoce Estocolmo.

—Nos llevan años luz de ventaja en todos los sentidos que puedas imaginar. Comparados con ellos, en cuanto a recursos para la educación somos un país del Tercer Mundo. Y la calidad de vida es pasmosa. —Sus ojos

van de un lado a otro—. Igual que las mujeres. Prácticamente todas las chicas con las que te cruzas por la calle son diosas.

—Vaya.

—Y además son bastante liberales, ¿sabes?, y no me refiero al... cliché sobre las suecas, que por cierto les hace mucha gracia, sino a su actitud. No transmiten ese resentimiento femenino tan de aquí. ¿Tú qué dirías, Dieter?

Por primera vez Tonie se da cuenta de que hay otro hombre. Es mucho más pequeño que Lawrence. En la oscuridad, Tonie solo distingue el óvalo insulso de su cara y las formas acuosas de las gafas.

—No estoy seguro de saber de qué hablas.

Lawrence echa atrás la cabeza y se ríe. El otro hombre sonrío tímidamente y lo mira con curiosidad.

—¿Ves? —le dice Lawrence a Tonie—. Ni siquiera sabe de qué estoy hablando. Resentimiento, Dieter. Es lo que produce en las mujeres inglesas todas esas arruguitas alrededor de la boca.

—Sé lo que es el resentimiento —dice el hombre—. Es la consecuencia ubicua de la desigualdad sexual. Simplemente las mujeres suecas están más protegidas por la ley. Pero es algo que tiene que imponerse.

Lawrence parece algo enfurruñado. Tonie evalúa su cara grande y carnosa, sus ojos como flechas, ese cabello exuberante que lleva un poco largo y que se enrosca en el aro de oro. Es la clase de hombre que hace que se sienta invisible. Los intereses de Lawrence parecen ir en todas direcciones menos en la suya. Tonie es consciente de que Lawrence le desagrada... Entonces, ¿por qué le molesta no interesarlo? ¿Por qué se siente negada por los ojos inquietos de un hombre como Lawrence Metcalf?

El hombrecillo se vuelve hacia ella.

—Deduzco que los hombres ingleses no tienen arrugas.

—Solo alrededor del corazón —dice Tonie.

El hombre se ríe con ganas y la mira con ojos brillantes desde detrás de las gafas.

—Es todavía más desalentador.

—Dieter —dice Lawrence—, ven, que voy a presentarte a la anfitriona. La fabulosa Janine.

Tonie vuelve a quedarse sola. Luego pasa un largo rato charlando con un ayudante de cátedra cuyo nombre no recuerda. El cielo está negro, ahumado y sin estrellas, y el barullo de la terraza sigue siendo indistinto e informe. No parece conectar en ningún lado. No parece ver las caras de la gente, entender sus motivos, penetrar su realidad. Ve a su jefe, Christopher, y lo observa un

momento, observa el modo en que habla y escucha y ríe, observa cómo se le mueve la nuez en su cuello estrecho. Él no pone en cuestión la realidad de la fiesta de Janine. Christopher es absolutamente concreto, del mismo modo que Lawrence Metcalf es concreto. Tonie cae en la cuenta de que la mayoría de los presentes son hombres. En su vida anterior casi siempre estaba acompañada por mujeres y niños; recuerda la sensación de tarde perenne y de algo que crecía cada vez más, sin trabas, la sensación de estar expandiéndose en el vacío. Entonces no albergaba ningún resentimiento hacia los hombres. Simplemente se olvidó de que existían. Era como si hubiera vuelto a convertirse en niña, borrado y reemplazado su conocimiento de los hombres por una tarde perenne femenina. Cuando Thomas llegaba a casa por la noche, parecía recién emergido de la ciénaga de la creación, un invento reciente o, si no, obsoleto. Era su masculinidad lo que Tonie no recordaba nunca. Thomas parecía plantarse en la puerta con su masculinidad en las manos, un utensilio cuya utilidad Tonie no acaba de comprender.

Pero luego, poco a poco, con los años, Tonie empezó a ansiar algo más. Empezó a recordar lo multicolor que solía ser la vida, lo llena de contrastes que estaba: caía de golpe en la cuenta de que la existencia no era de sentido único, univalente, sino dual. Cada cosa tenía su opuesto necesario: eso era lo que había olvidado en el sopor de la tarde infinita. Había olvidado que moriría. Y de repente ansiaba su opuesto, la masculinidad. Lo ansiaba no de Thomas ni de ningún otro hombre, sino de sí misma. Quería su propia dualidad. No quería seguir creciendo sin parar como un árbol de la feminidad cada vez más ramificado: quería su conflicto entre lo femenino y lo masculino, su propia síntesis.

Pero ahora, esta noche, se pregunta si ha fracasado en su búsqueda de lo que quería. Y, al fin y al cabo, quizá el mundo de los hombres no la satisfaga. También a ellos les falta conciencia del contraste; también ellos han caído en una existencia unidireccional en la que lo femenino ha quedado olvidado sin remedio. ¿Ha recorrido Tonie todo este camino para darse de bruces con su frialdad y su engreimiento, con sus fantasías estériles? Lo que ella quiere es pasión, la pasión de la síntesis. Pero aquí no la va a encontrar.

Se fija en que Christopher se ha marchado. Es el comportamiento de un profesional: también ella debería irse y llegar a casa temprano. Salvo que cuando piensa en ello, comprende que no quiere estar en casa.

Nota una mano en el brazo y se vuelve. Es el hombre pequeño, el amigo de Lawrence. Aunque ahora que no está al lado de Lawrence resulta que no era tan pequeño.

—Nos han interrumpido —dice él—. Ha sido una lástima.

—La fabulosa Janine.

—La encantadora Janine.

Tonie se ríe. Él aprieta levemente los dedos por encima de la manga de Tonie.

—¿Te apetece que te lleve a cualquier otro lugar?

Es alemán, no sueco, aunque ha vivido en Estocolmo toda la vida. Es médico. Está aquí para un proyecto de investigación de tres meses en un hospital londinense. Durante la cena, se quita las gafas y se las guarda en el bolsillo.

—Háblame del hogar —le dice a Tonie.

Ella le habla de Thomas y Alexa, le explica los acontecimientos del año anterior, abordando conflictos y dificultades, tocando incluso el brote de sentimiento que ha estado luchando por alzarse entre todo ello, su deseo de experimentar la vida, de vivir su cuerpo con plenitud. Tonie no puede creerse que le haya contado tanto, tan rápido; y justo mientras lo piensa, ve que cierra los ojos. Tonie se ríe, preocupada.

—Te aburro —dice.

Él niega despacio con la cabeza. Sonríe. No abre los ojos.

—Quiero escucharte. Es mejor con los ojos cerrados.

Y de hecho es lo que ella necesita, aunque resulta un poco raro; ese ser testigo de su voz deja a su cuerpo inocente al margen. Él es mayor que Tonie, puede que tenga cincuenta años. Ella lo mira a la cara mientras habla. Es una cara pequeña, fuerte, muy modelada, con mejillas estrechas y frente y boca prominentes, como una cara de una profunda antigüedad. No es una cara de la que tuviera conocimiento previo. Sin embargo, tiene la impresión de reconocerla.

Cuando ha terminado, él vuelve a abrir los ojos. A Tonie le conmueve profundamente su cálido color castaño.

—Quiero atención —dice Tonie—. No sé por qué.

—Es la tragedia de la mayoría.

—¿Y tú? ¿También es tu tragedia?

—Yo tuve una buena madre.

Tonie sonríe.

—¿Tiene que ser la madre?

—No. Pero la mía estaba disponible.

—¿Y tu padre?

—Mi padre era lo que se llama el modelo estándar. Frío y crítico.

Tonie piensa en Thomas, que ha dedicado su atención a Alexa. Por tanto, en cierto modo la ha liberado a ella. Y, en cambio, aquí está ella, dedicando su atención a otro hombre.

—No hay bastante atención para todos —dice, riéndose.

Tonie comprende que después de todo se irá a casa, que abandonará su búsqueda de atención, de pasión. Este hombre es demasiado mayor, demasiado familiar. Está demasiado formado; Tonie no consigue adivinar sus intenciones.

—Eso suena a final de conversación —dice él en voz queda.

—Recuerda que esto es una tragedia.

Él extiende el brazo por encima de la mesa y le coge los dedos.

Fuera, en la calle, Tonie espera a su lado mientras él busca un taxi que la lleve a la estación. En la oscuridad, el tráfico parece lleno de dibujos abstractos y luces giratorias extrañas. Tonie se ha rendido a la autoridad del hombre: a ella no se le exige que entienda lo que ve ni lo que hace. Sin embargo sabe que esa autoridad, en lo que a él respecta, es efímera. Más bien es un lugar dentro de Tonie, una especie de hueco. Un total desconocido puede aparecer y encajar la forma de su autoridad en ese hueco. Puede conseguir que Tonie sucumba, lo obedezca. Dentro de unos minutos estará sola en el taxi, rumbo a la estación. Es una suerte que existan cosas como los taxis y los trenes y lugares en los que hay que estar a una hora determinada. De lo contrario él podría hacerle hacer cualquier cosa, lo que fuera.

Pero no hay taxis. Exasperado, el hombre se vuelve y apoya las manos en los hombros de ella. Tonie empieza a comprender que ese hombre tiene poder. Cuando la toca, su autoridad la paraliza. Es una suerte que existan aspectos prácticos que la mantienen alejada.

—Aquí no vamos a encontrar taxi —dice él—. Pero yo vivo cerca. Podemos pasar a por el coche y te llevo a casa.

—Qué tontería. Esperaré. Ya pasará alguno.

—Por favor. No quisiera dejarte aquí sola.

Se alejan de la carretera principal adentrándose en las calles residenciales tranquilas y desiertas. Tonie empieza a sentirse incómoda al alejarse de lo general y adentrarse en la sordidez de lo específico. Se imagina un espartano piso alquilado atestado de los tristes detritos de una vida solitaria. Se imagina confortada no por el poder, sino por el fracaso. En realidad, el hombre vive en una casa, no en un piso. No sabe muy bien por qué, a Tonie la habría avergonzado subir a un piso. Pero la puerta está en la calle: correcto.

—Entra —la invita él—. Voy a por las llaves del coche.

La casa es acogedora, bonita. Hay libros y cuadros. Él se pasea encendiendo luces.

—¿Quieres tomar algo?

Ella mira sus cosas, las antigüedades y las alfombras, los libros de las estanterías. La invade un anhelo extraño, como si no tuviera casa propia ni posesiones, ningún lugar al que pertenecer.

—Parece tan... permanente.

Él se ríe.

—Soy demasiado viejo para cualquier cosa que no sea permanente.

Le ha contado a Tonie que está amistosamente separado de su mujer, que sus hijos son mayores, que el trabajo cada vez es más vocacional, como el de un cura; y a ella esa soledad informada, esa independencia, le parece un auténtico logro. Entonces, ¿no es triste estar solo? ¿Al final resulta que es más verdad, más honorable? Se imagina a Thomas y a ella de viejos. Se imagina sus vidas tan enmarañadas que jamás podrían soltarse. Sería horrible morir enredado a otra persona, no saber exactamente qué es lo que se está muriendo.

Está de pie frente a ella. La puerta de la calle está abierta. Tonie lo mira a la cara pero solo ve sus ojos. Son tan cálidos, tan posesivos. No dejan nada de ella fuera.

—¿Cómo puede ser? —dice Tonie—. Tengo la impresión de que te conozco.

Es porque él ya está formado; no hay maraña, nada que empañe el ser. Tonie supone que puede ser mezquino, aburrido, exigente. Pero eso no tendría nada que ver con ella.

—Dime lo que quieres —le pide él, tocándole la cara.

Ella se ríe.

—Quiero conocer la naturaleza de tu relación con Lawrence Metcalf.

Él levanta las manos. La besa, la besa en el cuello y la boca y habla mientras la besa.

—Lawrence Metcalf es amigo de mi primo —murmura contra los labios de Tonie—. Lo tenía por un pelma, pero me equivocaba.

—¿Ah, sí? —ríe ella mientras él cuele los dedos por debajo de la chaqueta y los desliza en dirección a los hombros.

—Es... ¿Cómo se dice? Un buen tío. Siempre le tendré aprecio. Siempre —dice arrodillándose, desabrochándole la camisa, besándole el ombligo. Luego se levanta y va a cerrar la puerta. Recoge la chaqueta de Tonie. Ella

observa cómo la dobla con cuidado y la deja en una silla. Él le tiende la mano —. Sube.

La lleva en coche a casa. Pasa de la medianoche y las calles están vacías. Tiene un coche limpio y veloz, caro. Tonie se pregunta qué hará. No está nerviosa. Es la autoridad de él, la autoridad de su edad y su determinación, de sus conocimientos y de su coche veloz lo que disipa sus nervios. Es como si tuviera autoridad no solo sobre ella, sino también sobre Thomas. Así como ha prescindido de la complejidad de los planes de ella, esparcido a los cuatro vientos los horarios de tren desde su coche rápido y eficiente, así la maraña de los lazos y lealtades de Tonie parece alejarse y disolverse en la oscuridad por la cuneta siempre cambiante de la carretera. Sentada a su lado, Tonie se siente poderosa y serena. Se siente libre. Pero a medida que aparecen los familiares alrededores del hogar, la recorren súbitas oleadas de miedo. Siente que va a abandonarla. Va a dejarla ahí, privada de la integridad de su vida, destruidos todos sus planes. Sea lo que fuere de lo que Dieter ha prescindido, no da señales de tener intenciones de reemplazarlo por otra cosa. Da por hecho que Tonie sabía lo que hacía, que ha hecho lo que pensaba hacer. Lo que haga Tonie es cosa suya. Tonie comprende que, después de todo, no es poderosa. El poder es de él; la ha rodeado durante unas horas, como ahora la rodea en su coche; la ha trasladado de un sitio a otro.

Él alarga la mano y la toca. La otra mano sigue al volante. Tonie nota otra vez lo formado que está, lo completo que es. Pero ahora ella está fuera. Se ha quedado encerrada fuera, ansiosa por entrar de nuevo.

—Es difícil —dice él.

Tonie se pregunta qué quiere decir. ¿Se refiere a una dificultad genérica, a la dificultad de devolver a una mujer a casa tras un encuentro sexual?

—Está bien —dice ella, mirando por el parabrisas oscuro las calles tan familiares. Se han detenido en un semáforo. Él la está mirando. La está mirando mirar las cosas que ha roto, como un adulto observa a un niño mirando un juguete roto. Él es comprensivo, pero no forma parte del mundo de Tonie.

—No está bien. ¿Quieres volver a mi casa?

Ella niega con la cabeza. Pero el ofrecimiento ha conseguido disipar su pena. Se siente mejor. Se siente poderosa otra vez. Solo que esta vez, desconfía de la sensación.

—Gira a la izquierda.

Sí, es desconcertante, incomprensible, descubrir que el amor y la pérdida y la desesperación y la esperanza son celulares, partitivos; que en el fragmento de cada uno está presente la estructura del conjunto como en los especímenes que los científicos analizan en los microscopios; toda la estructura y el carácter de su vida están presentes en estos momentos de terror y euforia. ¿Cómo puede amar a un hombre al que ha conocido hace apenas unas horas? ¿Cómo puede sentirse abandonada por alguien de quien esta mañana ignoraba que vivía? Y sin embargo así es. El amor y el terror quedan fuera de su alcance, a nivel celular. Existían antes de que Tonie supiera lo que era la existencia.

Eso es lo que ha sido la llamada de su cuerpo, las propias células buscando satisfacción.

—Es aquí mismo —dice Tonie al principio de Montague Street.

—Tengo la impresión de que algo no funciona —dice Dieter. Aparca en la oscuridad, en el arcén de la calle.

Y Tonie nunca sabrá a qué se refería exactamente, aunque le parecerá que en aquel momento Dieter estaba misteriosamente dotado de una comprensión especial, de nuevas formas de conocimiento; Tonie nunca sabrá lo que quería decir. Se limitará a maravillarse ante la rapidez de lo ocurrido, la fusión de los impulsos, del modo en que sacó el móvil del bolso al recordar que lo había apagado hacía horas. Después piensa a menudo en ello. Piensa en cómo se sintió durante ese trayecto en coche con Dieter, en cómo comprendió que su destino, inextricable, estaba inscrito en las partículas más pequeñas de su ser; que siempre amaría y se desesperaría y lucharía y triunfaría sin acabar de saber por qué lo hacía. Piensa en la pasión que experimentó con Dieter, una pasión de las células, de las partículas más pequeñas. Por eso, piensa Tonie, no puede hallar una explicación lógica para lo que Dieter dijo. Y esa oportunidad de proceder sin lógica, sin razón, sin explicación, murió nada más nacer. Por un bello y catastrófico momento Tonie vislumbró la posibilidad de una relación de puro instinto.

El teléfono vibra y pita, vibra y pita, vomita mensajes. Thomas ha telefoneado más de veinte veces en cuatro horas. Está en el hospital. Dieter arranca el coche y la lleva directo al hospital.

Thomas está leyendo una historia de Tolstói titulada *Sonata a Kreutzer*. Trata de un hombre a quien la interpretación al piano de su mujer le empuja a matarla. No queda claro si todo es culpa de la música. En la narración, la música posee también una función simbólica. Simboliza el deseo sexual. Cuando la esposa toca la *Sonata a Kreutzer* de Beethoven con un apuesto y caballeroso violinista es como si mantuvieran una aventura a la vista del marido. Este enloquece de celos y, después de expulsar al violinista, la mata de forma espantosa. No debería haber música, dice el hombre, de nombre Pózdnyshév. Es demasiado excitante; facilita la inmoralidad, elimina el poder del pensamiento individual del mismo modo que los deseos sexuales eliminan las inhibiciones.

Fue el título de la historia lo que atrajo a Thomas, así que le sorprende el curioso mensaje de la narración. Pero hay una parte que le resulta particularmente sorprendente, en la que Pózdnyshév argumenta de forma harto persuasiva que el amor no existe. El amor es solo un aspecto del deseo sexual: como la música, es un disfraz culturalmente aceptado del estado de excitación. Pero el deseo sexual —el amor— destruye al ser moral. Cuando un hombre pierde la virginidad, dice Pózdnyshév, debería considerarse casado de por vida con esa mujer —en el caso de Pózdnyshév, una prostituta—. Thomas se acuerda de Emily Griffiths a los dieciséis años, parecía muy fría y serena en los tiempos en que llamó su atención y se vino completamente abajo al año siguiente, cuando Thomas finiquitó su relación con ella. Thomas se iba a la universidad y pensaba, alegremente, que era lo mejor. Pero Emily no quiso admitirlo. Chilló y gritó como la mujer pianista cuando Pózdnyshév le clava el cuchillo en las costillas. Sinceramente, fue como si la estuviera matando. Y Thomas partió hacia la universidad convertido en asesino, puesto que Emily no volvió a dirigirle la palabra nunca más. Tal vez ella considerara que estaban casados de por vida, de modo que la vida posterior fue una especie de muerte. Cuando Thomas regresó por vacaciones, su madre le contó que Emily había sufrido una crisis nerviosa. Su madre parecía de la opinión que había hecho bien dejándola.

—A tu edad no tienes por qué cargar con una chica que tiene los nervios destrozados —le dijo.

Sí, el dolor de Emily, su extraordinaria aflicción, fue una experiencia instructiva para Thomas, mucho más que el puñado de ocasiones en que habían compartido lecho. Mientras hacían el amor charlaban y se reían. ¿Quién iba a adivinar que aquellos momentos serían fatales? Thomas ha reconocido desde entonces que las mujeres infelices le pueden. Y, no obstante, ahora que piensa en ello, se pregunta si la infelicidad no será precisamente lo que ha estado buscando; si no será la infelicidad lo que despierta su interés y atrae sus sentimientos. La Emily infeliz le parecía mucho más real que la Emily feliz. Al observarla sentía dentro de sí la intransigencia masculina que siempre había visto en su padre y que despertaba tormentas emocionales en su madre. Durante años Thomas se había aliado con su madre, la había defendido, había sufrido en su nombre. Pero al ver a Emily comprendió que él también era un hombre.

Son las ocho y media de la mañana. El desayuno espera en la mesa. Thomas levanta la vista del libro: ni rastro de Alexa.

Sube las escaleras llamándola. No responde. Cuando abre la puerta ve que las cortinas siguen corridas. Alexa está en la cama.

—¿Qué ocurre? —pregunta Thomas—. ¿Estás enferma?

Ella le mira. Asiente sin hablar.

—De acuerdo. Pues quédate en cama. Hoy no tienes que ir al colegio. Y no, no me olvidaré de telefonar para avisarles.

Thomas se pasea por la habitación recogiendo cosas del suelo. Cuando vuelve a mirar a Alexa, la niña se ha dormido.

A las diez y media llama Tonie.

—¿Te acuerdas de que esta noche voy a casa de Janine? Esta mañana se me ha olvidado recordártelo.

—Ah. —Thomas está decepcionado—. No, no me acordaba.

—¿Te importa?

—No.

—Pues lo parece.

Thomas permanece en silencio.

—No, pensaba que quizá podría buscar un canguro y acompañarte.

—¿Sí? —A Tonie la propuesta le parece algo estafalaria.

—Aunque, bien pensado, es mejor que no. Alexa está enferma.

Thomas cae en la cuenta de que se ha olvidado de Alexa por completo. Ha estado muy callada. Thomas se ha olvidado de que no está en clase.

—¿Qué le pasa? —pregunta Tonie con el tono duro de voz que emplea para quitarlo de en medio y obtener determinada información.

—No lo sé. Está dormida. Lleva toda la mañana durmiendo.

—Ah, bueno. Seguro que solo está cansada.

—Seguro.

—Pero sí, parece mejor no arriesgarse con un canguro.

Thomas la nota aliviada.

Va arriba, Alexa sigue dormida. Thomas se sienta con el libro en el descansillo frente a la puerta de su hija. Quiere que se despierte. Cree que es para poder consolarla pero en realidad es al contrario. Quiere que Alexa lo consuele por la conversación que ha mantenido con Tonie. No le contaría la conversación; no mencionaría a Tonie. Se limitaría a calmarse gracias a la aceptación de Alexa. Es tan inocente, tan pequeña; confía tan ciegamente en él, más que él mismo. Es eso lo que hace que se sienta solo. Cuando está Alexa, Thomas se da cuenta de lo poco que puede exigirle. Al fin y al cabo, no puede haber igualdad entre ellos. Thomas tiene que esconderse para que los sentimientos de su hija hacia él puedan salir a la luz. No puede pedírselo de forma directa. Aunque, al menos, sabe que existen.

A mediodía entra en el cuarto. Sigue dormida. Thomas sonríe, como si tanto dormir le pareciera una excentricidad. Recuerda que un día, al volver a casa Tonie, le contó que Alexa se había pasado todo el día durmiendo. Estaba enferma y había superado la enfermedad durmiendo, un milagro de autocorrección. De hecho, piensa Thomas, resulta bastante agradable que esté y no esté, que esté corrigiéndose, mejorándose. Se pregunta si Tonie disfrutaría de momentos así, si estos días formarían parte de su secreto, de la vida sobre la que Thomas, ahora que le toca vivirla, considera que no le han contado lo suficiente. Baja y se come un bocadillo. A las dos en punto vuelve a subir. Esta vez le sorprende encontrarla todavía dormida. Se sienta a su lado en la cama. Le apoya una mano en la frente. Al instante Alexa suelta un grito horrible, de loca. Por un segundo, Thomas está más molesto que asombrado. Cree que Alexa finge, que ha gritado solo para asustarle. Thomas opina que se lo ha buscado. Se ha pasado el día reverenciándola en petición de dulzura y comprensión, y ella aquí arriba, maquinando cómo preocuparlo.

—¿Qué es esto? —dice Thomas—. A ver, dime qué pasa.

Alexa tiene los ojos cerrados. No contesta. Thomas no consigue sacarse de la cabeza que está engañándolo. Nota que en la habitación hace mucho calor y poco a poco cae en la cuenta de que el origen de ese calor es Alexa. Le

toca los brazos, el pecho, el cuello. Está ardiendo. Thomas va a buscar el termómetro.

—Intenta sentarte. Tengo que tomarte la temperatura.

La levanta por los brazos y Alexa deja caer la cabeza. Thomas ve vómito en la almohada. Retira la almohada y vuelve a tumbar a la niña. Va a por un paño húmedo y le lava los restos de vómito de la boca. Se sienta a su lado en la cama. Se pregunta qué hacer. Al cabo de un rato se levanta y va a la planta de abajo, pero cuando llega allí no sabe para qué ha bajado. Vuelve a subir. Alexa sigue acostada en el mismo sitio. Un mechón de su larga melena le tapa la cara. Thomas intenta incorporarla otra vez por los brazos pero está tan laxa que no puede aguantarla. La tumba y después la levanta desde abajo. La cabeza de Alexa rueda hasta el brazo de su padre y la niña abre fugazmente los ojos. El blanco está totalmente amarillo. Thomas está asustado. De repente, Alexa se ha convertido en una desconocida.

Abajo, Thomas va dando tumbos con Alexa en brazos mientras busca las llaves. Alexa se golpea la cabeza con el hombro de su padre y chilla otra vez. Cruzan la puerta principal. Fuera hace un día gris y cálido. Thomas ha sacado a Alexa. Parecía importante sacarla al exterior, pero ahora que lo ha conseguido no está seguro de que esté bien. ¿No debería estar dentro, en la cama? Alexa gime y se tapa los ojos con las manos como una profetisa. Él la lleva al coche y la coloca torpemente en el asiento de atrás. Pasa mucho rato tratando de agarrarla con el cinturón de seguridad. El coche está desordenado y sucio. No parece adecuado que Alexa esté allí. Al final, Thomas se sube al coche y enciende el motor. Pensaba llevarla a la consulta del médico, pero cuando llega no encuentra sitio para aparcar y decide pasar de largo mientras el coche se desliza misteriosamente y la gente de las aceras le parece alienada e irreal. Alexa gime y llora en el asiento de atrás. Thomas habla con ella mientras conduce, con la vista al frente.

—No pasa nada, tesoro. No pasa nada, cosita.

Conduce hacia el hospital. Cuando abre la portezuela trasera del coche, ve que Alexa ha vomitado otra vez. Está derrumbada en el asiento. Thomas quiere gritar, entregar a su hija. Imagina cuánto se enfadaría Tonie si viera lo que ha hecho su marido. Está seguro de que Tonie habría hecho algo distinto, habría recurrido a algún conocimiento del que él carece. Coge a Alexa y la lleva a Urgencias. La cabeza de su hija va rebotándole en el brazo. Alexa tiene vómito en la cara y en el pelo. Thomas se acerca a la mujer que hay sentada tras una mampara de cristal.

—Creo que tiene un poco de fiebre —dice Thomas.

Espera que la mujer lo fustigue y lo mande de vuelta a casa, pero en lugar de eso, coge el teléfono que tiene al lado y marca un número mirándole a los ojos. Tiene los ojos castaños. Inclina la cabeza hacia Thomas, todo sin apartar la mirada. Habla y luego tapa el auricular con la mano.

—Ahora viene el médico.

Pasan varias horas, las cinco, las seis, las siete. Alexa tiene meningitis. La han instalado en una habitación individual. Thomas se sienta a su lado mientras los médicos van y vienen, mientras las enfermeras le ponen el gotero y lo enganchan con un vendaje blanco. A las seis en punto Thomas sale al aparcamiento y telefonea a Tonie.

Le han dicho que Alexa podría morir. Debería haberla traído antes. No se lo dicen, pero Thomas lo sabe. Le dan información, folletos, como programas para clases nocturnas o unas vacaciones. Los lee, lee sobre su situación, sus peligros y características especiales. Es una tontería que te den los folletos cuando ya ha sucedido. Todos los folletos coinciden en que la detección precoz, aunque difícil, es primordial. Evidencian su fracaso, el fracaso de Thomas en esta difícil prueba. Sin embargo, no acaba de ver dónde radica la dificultad. En ningún momento ha existido la menor posibilidad de que esa mañana, cuando estaba dormida, trajera a Alexa al hospital. Para superar esta prueba, Thomas tendría que haber sido otra persona distinta.

—¿No hay nadie a quien pueda llamar? —le pregunta la enfermera.

Thomas nota que sospecha de él. La enfermera se pregunta dónde está la madre de Alexa.

—En este momento no.

Por lo visto no se puede hacer nada. Solo cabe esperar. Thomas, en el aparcamiento, vuelve a telefonar a Tonie. Nota una losa de culpa en el pecho. Le tiemblan los dedos cuando marca los números. Espera oír el terror en la voz de Tonie en cualquier momento. Pero a medida que pasan las horas se acostumbra al silencio de su mujer, a su ausencia. La culpa se modifica, se vuelve enfado, se transforma otra vez en paz, en la paz de la responsabilidad. Recuerda haber esperado en ese mismo hospital a que naciera Alexa. Entonces sus preocupaciones eran por Tonie, por su dolor. Ahora, en cierto sentido, el dolor es de él. Lo está destrozando, al final lo está destrozando. No cree que Alexa vaya a morir. Pero para que viva, tiene que acabar destrozado, como Tonie acabó una vez. Thomas tiene que ofrecerse: ofrecer el que era antes, el que nunca volverá a ser.

Hacia medianoche se abre la puerta del cuartito blanco. Es Olga.

—Hola, Olga —dice Thomas. Solo se sorprende un poco. Ha olvidado que no está en la cocina de su casa.

—Aquí estoy —dice Olga.

—Sí —dice Thomas—. Gracias por venir.

Olga se sienta a su lado con las manos juntas sobre el regazo.

—Es terrible —dice Olga.

Thomas asiente. El médico le ha comunicado que existe la posibilidad de que el oído de Alexa quede dañado. Y un silencio espeso y vacío ha descendido sobre Thomas como la nieve. Thomas está sentado en la silla temblando, envuelto en el silencio sofocante. No hay ni un hilillo de sonido que tire de él. Se descubre pensando en *Sonata a Kreutzer*. Visualiza las palabras en la página, como pequeños ejércitos negros marchando blanco a través. El libro sigue en su bolsillo.

—Se me había olvidado que trabajas aquí —dice Thomas.

—Sí. Esta noche me han mandado a esta sala, no sé por qué. Es una suerte.

Vuelve el silencio, tan pesado y tan vacío.

—Hoy he estado leyendo un libro —cuenta Thomas— sobre un hombre que mata a su mujer porque toca el piano.

Su voz suena áspera y débil. Apenas logra expulsarla por la garganta. Alexa tiene los ojos abiertos. Lo está mirando con cara espectral, como si lo escuchara. Pero Thomas sabe que no lo reconoce.

—El hombre le echa la culpa de todo a la música —continúa—. Dice que bajo la influencia de la música la gente siente cosas que no son sus sentimientos verdaderos. Creen que entienden algo cuando en realidad no entienden nada. Es todo una ilusión, como el amor.

Olga se lo queda mirando.

—Ese libro es malo —dice por fin Olga.

—Sí. —Si no hubiese estado leyendo, quizá habría estado más atento a Alexa. Podría haberse percatado de que lo estaban poniendo a prueba. De pronto no soporta seguir con el libro en el bolsillo. Lo saca y lo tira a la papelera. Luego se vuelve a sentar.

—Debería leer libros alegres. ¿Para qué complicarse más la vida?

—No lo sé.

¿Qué es el arte? Es, quizá, una destilación de la dificultad, como el folleto del hospital... una especie de conocimiento posterior a los hechos, una descripción de lo que no puede saberse hasta que se vive, cuando ya es

demasiado tarde. Cuando Thomas toca el piano no está viviendo. Está describiendo lo que se esconde tras su capacidad de redimirse.

—No sé por qué —dice Thomas—. Nunca lo he pensado. ¿Tú lees libros alegres?

Es medianoche. La oscuridad total cubre las ventanas. Thomas se ve reflejado en el cristal. Su reflejo está fracturado, astillado, es una composición de un millón de líneas separadas.

—Yo leo revistas —dice Olga.

Los Bradshaw se van fuera. Mamá y Papá se llevan al perro.

Es siempre un follón salir de vacaciones de verano; cada año, igual. Todos los problemas de los Bradshaw parecen erguirse y enfrentarse a ellos, sitiarlos casi, como una muchedumbre amenazadora que deben atravesar para ponerse en camino. Tienen esa sensación extraña de retirar las sábanas que protegen los muebles del polvo cuando, lógicamente, tendría que ocurrir al revés. Como si la vida misma —o su vivirla— fuera unas anteojeras, una venda; siempre tienen esa sensación en los días previos a la partida hacia Francia o España con los tres niños embutidos en el asiento trasero y el equipaje tan apretujado en el maletero que el coche parece a punto de reventar, ya sea de rabia o de alegría.

Sí, es un follón; no solo limpiar y hacer las maletas, organizarlo y planificarlo todo, sino también descoser una especie de distanciamiento que parece haber ido tejiéndose entre ellos a lo largo del año. Al empezar los preparativos se impone cierta rigidez, un estrangulamiento de las relaciones. Normalmente, cuando se marchan, ya ha desaparecido, una vez Howard y Claudia han discutido acerca del estado de la casa y de los niños, del hecho de que hay menos dinero y más cosas que hacer con él de lo que habían previsto, del hecho de que Howard ha trabajado demasiado y Claudia demasiado poco, por no empezar con las quejas, las verdaderas injusticias que han quedado pendientes no solo una semana o un mes, sino años, algunas de las cuales se remontan incluso a antes de nacer los niños, incluso a la primera noche que Howard y Claudia pasaron juntos hace casi veinte años. Aunque no siempre llegan a ese punto. En cierto modo esos son los años bisiestos de su matrimonio, las ocasiones en que, misteriosamente dotados de una mayor penetración en el pasado, mientras preparan el equipaje pueden pelearse porque Howard pasó las primeras horas que estuvieron juntos en el The Freemason's Arms de Camberwell hablando de cuánto le gustaba Angelina Croft, que lo había dejado recientemente. Hay años en que Howard lo niega sin más. Otros asegura que fue una táctica mediante la que confiaba demostrar su sinceridad, en honor de Claudia. Un año aciago de pronto decidió no

arrepentirse. ¿Y qué? ¿A quién le importa lo que dijera? ¿Por qué Claudia tiene que andar siempre tratando de clavar las zarpas en todo?

A veces el asunto de la partida significa más que un mero aligerar el ambiente. Es la muerte y el renacer de todos ellos. El problema es que las vacaciones, cuando llegan, a veces parecen estar ocurriéndoles a otros.

El sol matinal ilumina Laurier Drive y presiona, como a través de una celosía o un enrejado: a través de los incontables detalles de la morada humana; a través de las ausencias sincopadas en el enladrillado sofisticado y las balaustradas de hierro forjado al estilo español, a través de las hileras de verjas de seguridad electrónicas acabadas en pinchos y de pérgolas de pino curtido. De vez en cuando los arriates plantados proyectan sombras de encaje sobre las aceras y en las orillas de la calle la brisa mueve las pesadas ramas estivales de los castaños, que casi parecen bailar rígidos, con faldas arremolinadas de luces y sombras.

—Howard está cargando demasiado la baca —observa Papá, de pie y con los brazos cruzados, junto a la ventana de la cocina—. Si no va con cuidado rayará la pintura.

Mamá está sentada a la mesa, bostezando. La madre de Howard opta por dramáticas demostraciones de agotamiento cada vez que los visita. Se queda ahí sentada, con el pelo gris y erizado, y la cara flácida, exhalando bostezos cada vez más largos hasta que parece que se vaya a desinflar del todo. A menudo se queda dormida en la silla con un tenue ronquido silbando en su vieja nariz de filigrana. Es curioso: en su casa está alerta y con la mirada brillante y se mueve con soltura por sus fríos dominios. Es como si no soportara el clima más cálido que reina en el mundo de Howard y Claudia, la humedad de sus pasiones y su tolerancia, su lujuriosa atmósfera de emociones. Fuera de su elemento, cae en el sopor; se hunde en el letargo del desarraigo.

Skittle está arañando la puerta con sus patas pequeñas y duras. De vez en cuando suelta un ladrido agudo, penetrante.

—Se olvida de que todavía tiene que sacar el coche del garaje marcha atrás —apunta Papá—. Habría sido mucho mejor sacar primero el coche y luego montar la baca.

—Supongo que sí. —Mamá vuelve en sí y mira alrededor con expresión vacía—. ¿Puedo ayudar en algo?

Claudia, que está limpiando el interior del frigorífico, asoma un momento y grita:

—¡Skittle! ¡Para!

Skittle titubea. Una mirada atormentada cruza sus ojos amarillos y saltones. La gatera está rota; la puerta ya no es permeable. Su atribulada cara estrecha y sus orejas asimétricas tiemblan. Retuerce los cuartos traseros. Acucian su cuerpecillo asalchichado extrañas contorsiones cuya causa los Bradshaw no alcanzan a imaginar.

—Sí, ¿qué es ese ruido espantoso? —dice Mamá—. Espero no tener que pasarme la semana pendiente de ti.

El perro se arroja una vez más contra la puerta y rebota derrumbándose contra el suelo enlosado, donde rasca frenéticamente con las patas, emitiendo nerviosos chorritos de orina dorada. Es la primera vez que dejan a Skittle. Mamá y Papá se lo llevarán a casa con ellos, a Little Wickham. A veces Claudia percibe que el espíritu de la delincuencia ha entrado en su hogar bajo la forma de ese animal. Ha entrado, por así decirlo, por la puerta de atrás, a cuatro patas.

—¿Sabes? —bosteza Mamá—. Creo que ni siquiera sé adónde vais.

—Ah, bueno, a Francia —contesta Claudia. Oye que Howard la llama desde fuera—. Lo de siempre. Perdona, ¿podrías dejar salir al perro?

Sí, se ha colado la desafección, el descontento... en realidad Claudia no sabe cómo llamarlo. Solo sabe que siempre se ha esforzado mucho por mantenerlo alejado: con el nacimiento de cada niño, con el paso de cada año, con el paso incluso de cada noche compartida con Howard... se ha mantenido vigilante en todo momento, en el correr de los días, ha cumplido con su creencia, que consiste en la importancia de querer lo que tienes. Es esta creencia lo que da realidad a su vida: más aún, es, en cierto misterioso sentido, lo que le da calidez.

—¡Ah! —Mamá echa atrás la cabeza extasiada, como si Claudia le hubiera dicho que se van al Pacífico Sur—. ¡Francia! ¡No tenía ni idea! ¿Tú sabías que se iban a Francia? —le pregunta a su marido.

—No recuerdo que lo convirtieran en un secreto —replica Papá.

—¡Me gustaría tanto ir a Francia! —dice desconsolada, para que Claudia sienta que están privando a la abuela de hacerlo por el hecho de ir ellos.

—¿Y por qué no vas? —dice Claudia desde dentro de la nevera. Lleva en pie desde las seis y todavía no ha empezado las habitaciones de arriba—. No está lejos. No es como irse a Tombuctú.

Los débiles y exasperantes «¡Claude!» de Howard son como si le clavaran las espuelas en los costados mientras trabaja. Para empezar, fue Howard quien trajo a Skittle a casa. Fue idea suya. Ese es el problema: Claudia no ha dado con el modo de quererlo. Si se hubiera concentrado, si le hubiera dedicado

tiempo... si hubiera recordado el sentido, el principio angular de su creencia, que consiste en evitar no querer lo que se tiene.

—Tu suegro preferiría ir a Tombuctú a cruzar el canal —dice Mamá con expresión taciturna.

Papá, con una sonrisa amenazadora, prosigue con el escrutinio de Howard desde la ventana.

—¿Por qué debería ir a gastarme el dinero allí? —replica enseguida Papá—. Ellos no vienen aquí.

—No creo que puedas afirmar que no vienen. ¡Es pura generalización!

—Llámalo como quieras. —Papá sigue sonriendo—. Pero es un hecho.

Sí, es terrible no querer lo que tienes. Claudia sufriría —siente que ha sufrido— cualquier humillación para evitarlo. Va sacando de una en una las cosas de la nevera. Por lo visto, dentro ha tenido lugar una batalla mítica. Las formas macilentas y en descomposición de las verduras pasadas, los restos grasientos de mantequilla y beicon y las cortezas endurecidas de queso como trozos de piel muerta se le antojan una especie de representación, un retrato del paso del tiempo. ¡Con qué brutalidad han sido forzadas esas cosas a entregar su forma y esencia! ¡De qué modo tan frío y mecánico han sido destrozadas, cuajadas, licuadas!

—Dices que es un hecho... —Mamá parpadea—. ¿Y de dónde has sacado el dato? Siempre andas diciendo que las cosas son hechos, pero a veces me da la impresión de que confundes un poco los hechos con las opiniones.

—Lo que dices no tiene lógica —replica Papá. Detrás de él, Skittle sigue arañando la puerta, luego se agacha y se encoge en actitud de persecución—. Hechos y opiniones no tienen por qué contradecirse unos a otros. Al menos, no para la mayoría. Quizá a ti te lo parezca porque eres poco observadora. No te fijas en las cosas.

Claudia, poniéndose en pie, ve a su suegro iluminado por la luz de la ventana en saledizo. Tiene el pelo canoso, suave como un cúmulo de nieve y luce un fular a topos recogido bajo el cuello de la camisa. A veces Claudia no consigue creerse que Howard sea hijo de ese hombre. Su suegro le resulta opaco y en cambio Howard es transparente. Sin embargo, cuando están juntos, es Howard quien no acaba de tener sentido. Parece menos real, más hecho a sí mismo. Claudia se descubre empezando a dudar de su marido, como si la presencia de su suegro demostrara que de algún modo Howard es artificial.

—Será mejor que vaya a ver lo que quiere Howard —dice Claudia.

Abre la puerta y Skittle sale disparado de la cocina. El perro corre hacia el recibidor avanzando a toda velocidad por el pasillo, pisoteando como un loco la resbaladiza madera del suelo y tropezándose una y otra vez con sus frenéticas patitas. Claudia sale tras él.

—¡Lottie! —grita a los pies de la escalera—. ¡Lottie! ¡Lewis! ¡Martha!

Solo Martha contesta, con un débil grito desde las profundidades de la casa. Claudia sale por la puerta principal y da la vuelta a la esquina, donde Howard espera de pie en la boca del garaje trasteando en la baca y con un destornillador entre los dientes. Su cabeza, cada vez más calva, está colorada y perlada de sudor. Skittle corretea en círculos neuróticos a sus pies.

—Tu padre cree que no podrás sacar el coche del garaje.

—Que espere y verá —contesta Howard, jugueteón, sin soltar el destornillador.

—Ya, pero no hay razón para colocarlo todo ahí dentro, ¿no crees? —insiste Claudia—. Podrías hacerlo fuera, como siempre.

Howard no contesta. El rojo de la cabeza se intensifica. Howard tensa tanto los pulpos de la baca que la carne gruesa y musculosa de sus brazos tiembla y el coche se balancea de un lado a otro.

—¿No? —persiste Claudia.

Al final Howard se quita el destornillador de la boca.

—Simplemente he decidido hacerlo así, Claudia —le reprocha.

Claudia cruza los brazos y aparta la mirada de él, hacia el espectáculo moteado de Laurier Drive. Se fija en que en el número 22 han instalado dos unicornios de escayola en el porche.

—No veo por qué, encima, tengo que ser yo la que se ocupe de tus padres.

—Se te da muy bien.

—Es horrible, se lanzan a la yugular del otro constantemente. Y los niños, apoltronados en sus cuartos como ministros del dux.

—Yo hablaré con ellos. Mándamelos.

—Me siento como una esclava —dice Claudia, asqueada. Todos los años igual—. Aquí me tienes fregando de rodillas mientras tu madre me toma por una ricachona ociosa solo porque me voy dos semanas de *camping* a Auvernia, cuando lo único que quiero es perder de vista al perro. —De verdad, le dan ganas de llorar—. Y pensar que podría estar en mi... en mi...

Howard ha dejado la baca. Nunca una mención al estudio de Claudia ha dejado de recabar su inmediata atención. No obstante, de pronto Claudia comprende que la atención de Howard es el pálido sustituto de la satisfacción que podría haber obtenido pintando algo en el estudio. Antes era un cobertizo

en ruinas, lleno de arañas y viejas herramientas oxidadas. Cuando llegaron a Laurier Drive hace catorce años, embarazada y con Lottie en brazos, Claudia puso sus ojos en aquel lugar ruinoso al fondo del jardín y vio reflejada en él una parte de sí misma. Parecía detenido entre la existencia y la aniquilación, igual que ella se sentía flotar al borde mismo de la identidad, como una imagen que iba desvaneciéndose. Se había vuelto teórica en su abandono, como la misteriosa región de sí misma para la que la vida no parecía encontrar utilidad, la serie de necesidades que Claudia había bautizado con el nombre de creatividad. Así que se hicieron obras, instalaron electricidad y calefacción, enyesaron las paredes, repararon el tejado. La imagen desvaída volvió a quedar enfocada, recuperada al borde de la disolución. Pero Claudia perdió el bebé. Después de todo, la estructura no tiene el poder de sujetar el misterio de la creación. Claudia deseaba que el bebé no saliera, pero, aunque lo acogía en su cuerpo, por lo visto ella no podía dictar sus idas y venidas. En última instancia el bebé era libre.

Y de un modo muy similar el estudio se había mantenido al fondo del jardín, año tras año, completo. Ya no guarda la menor relación con las teóricas necesidades de Claudia. Aunque Claudia no se lo había contado a nadie, ellas también se habían escapado.

—Pobre Claudia —dice Howard, cogiéndola de los hombros y mirándola suplicante, con ojos pequeños y redondos—. Cosita. Pobre Claude. —Espera unos instantes, escruta el rostro de su mujer, luego añade—: ¿Crees que podrías echarme una mano? Hay que atar algo con los pulpos que requiere dos personas. He intentado hacerlo antes, pero no te encontraba. Será solo un minuto, lo prometo.

De vuelta a la casa Claudia cruza la puerta de la cocina con Skittle pegado a sus talones y oye las voces alteradas de sus suegros.

—¡Que no es verdad! —chilla Mamá.

—Porque tú lo digas.

—¡Pero es que no es verdad!

—Porque tú lo digas. Porque tú lo digas.

Claudia se tapa los oídos con las manos. La voz de su suegro es dura y repetitiva. Barre la de su mujer como una escoba rígida echa fuera del camino la hojarasca. Arriba, los niños están sentados junto a las maletas en el dormitorio de Lottie, en actitud pensativa. Lewis lleva puestos los cascos. Solo Martha levanta la vista cuando entra Claudia. Claudia se ha percatado de que cuando vienen los abuelos, los niños se quedan arriba. Es la frialdad lo que los empuja a subir, la frialdad de esa gente de pelo nevado y ojos como

esquirlas de hielo. Al verlos siente lástima de su marido. Tiene la impresión de estar mirando por un extraño túnel del tiempo hacia Howard y sus hermanos, viendo todo el arco y el desarrollo de sus vidas, su lucha por emigrar a territorios cálidos.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Martha.

Martha solo tiene seis años y sabe mejor que los otros lo que quiere su madre. Lewis, con los auriculares pegados a la cabeza, finge hablarle por señas con los ojos como platos. Al final se quita los cascos.

—¡Mira! —grita el niño, señalando al suelo detrás de Claudia—. ¡Skittle está enfermo!

Todos miran a Skittle, que con patas temblorosas está arrojando un montón de vómito en la moqueta.

—¡Se acabó! —grita Claudia, llorosa—. ¡Ya está! ¡Ya basta! ¡Que lo limpie vuestro padre! ¡Él es el que quería un perro! ¡Yo nunca... jamás! ¿Y quién lo ha hecho todo? ¿Dónde estaba vuestro padre cuando había trabajo que hacer? ¿Quién le ha dado de comer, lo ha sacado a pasear, lo ha sacado hiciera viento o lloviera porque no había nadie más, ni un alma, y el animal no paraba de arañar la maldita puerta...?

—Mamá. —Lottie se estremece—. ¡Mira! ¡Se lo come!

Es cierto. Temblando entero como en un éxtasis de perversión, Skittle se agacha sobre el montón humeante y mueve las mandíbulas con voracidad. Todos miran, fascinados, mientras hasta el último rastro de vómito desaparece cuello abajo.

Lottie chilla. Lewis rueda en la cama, asqueado. Martha dice:

—Bueno, al menos no tendrás que limpiarlo.

Claudia permanece en el umbral con piernas temblorosas.

—Bajad las maletas. Todos —ordena en un susurro marchito—. Nos vamos.

El coche todavía sigue en el garaje cuando salen con las bolsas. Howard ha llenado medio maletero. El equipaje se amontona entre los pulpos de la baca.

—No vas a poder sacarlo de ahí —dice Claudia, en tono irrevocable—. Vamos a perder el barco.

Howard sale al sol y se planta a su lado con los ojos entornados, midiendo el coche y la puerta por la que tiene que pasar marcha atrás.

—Creo que pasará.

—No lo hará.

—Si todos nos subimos al coche, pasará.

Claudia ve salir de la casa a sus suegros. Papá avanza en cabeza por el sendero y Mamá lo sigue como una furia. Mientras que él parece plantar cada paso con una precisión y un cuidado angustiantes, ella parece volar con la falda hinchada y el brazo alzado en un curioso gesto, como si estuviera dando la orden de avanzar. Claudia tarda un poco en entender lo que está viendo. Ve a Mamá ganar terreno, ve a Papá seguir adelante, ajeno incluso cuando el brazo alzado de su mujer desciende y le aterriza de golpe en la coronilla. El hombre encoge un poco las rodillas, la sorpresa le altera momentáneamente la expresión de la cara. Luego continúa adelante.

—¡Todos adentro! —grita Claudia, asombrada, y los niños echan a correr hacia Howard, de nuevo en el garaje. Abren las portezuelas traseras del coche y entran en tropel.

—¡Se admiten gorditos! —grita Howard—. ¡Bienvenidos los elefantes!

Nadie más lo ha visto, solo Claudia; y descubre que no puede seguirlos y subirse al coche aun a pesar de que Howard necesite el peso para que pase por debajo del marco de la puerta. Tiene que quedarse donde está, una niña inmovilizada por el desmoronamiento de la autoridad, por la constatación de que la autoridad es infantil. Solo al percatarse de ello su propia autoridad se le hace evidente, de modo que no puede abandonar a los padres de Howard. Son demasiado infantiles, están demasiado indefensos. ¿Es eso lo que siente Howard? ¿Es eso lo que explica esa impresión que tiene Claudia de que Howard nunca se entrega del todo ni a ella ni a los niños? ¿De que aunque Howard quiere estar cada vez más, en realidad nunca está, nunca está en la raíz; si no que más bien, como el cerezo de los vecinos cuyas ramas se cuelan en el jardín de los Bradshaw mientras que el tronco se yergue al otro lado de la cerca, mantiene entre ellos una presencia perpetua a la que se le niega para siempre el consuelo fundamental de la pertenencia? Cuando las cerezas caen en el césped de los Bradshaw, los Bradshaw nunca están seguros de a quién pertenecen... quizá, después de todo, sea bueno para Howard sentirse tan ambiguo, tan libre; sentir que no pertenece a nadie del todo. Howard arranca el motor y de inmediato un penacho de humo emerge del tubo de escape.

—¡Claude! —la llama—. ¿Estás ahí, Claude?

—¡Sí! —contesta ella a gritos.

Los padres de Howard se mantienen a corta distancia. El ruido del motor les ha llamado la atención. Sus caras parecen tranquilas. Claudia comprende que están acostumbrados, habituados a lo que ha presenciado en el sendero. No ha sido, como ella creía, una emergencia. Lo que ha visto era mucho peor: era intimidación.

—¡Claude! ¡Necesito que me indiques cómo salir!

Lewis baja la ventanilla y asoma la cabeza fuera.

—¡Papá ha dejado escapar aire de los neumáticos! —grita, delirando de entusiasmo.

Poco a poco el coche empieza a recular para salir del garaje. Claudia ve cómo esquiva por la mínima las jambas de la puerta. Siente ese paso imposible, como parece haber sentido tantas cosas en su vida con Howard. Es todo, casi, casi, imposible. La sacude una risa silenciosa y extraña que no puede evitar.

—¡Cuidado! —grita con voz ahogada cuando las ruedas mutiladas topan con la ligera elevación de cemento del suelo que da paso al camino de entrada.

El coche retiembla un poco y rueda hacia atrás. Howard pisa más el acelerador. Por la periferia de su campo de visión, Claudia atisba la figura blanca y veloz de Skittle. El perro corre por el caminito en dirección al coche, contorsionando torpemente el cuerpo. Al instante se planta detrás de los neumáticos. Claudia le ve meter el morro en el tubo de escape y estremecerse entusiasmado, inhalando los gases negros.

—¡Howard! —chilla Claudia.

Ve al perro caer de lado, inconsciente. Al momento, el motor acelera y empuja las ruedas por encima de la elevación de cemento y el coche sale del garaje con un solo movimiento, atropellando a Skittle con un ruido sordo y haciéndolo rodar hasta la oscuridad de debajo de su vientre. Se produce una pausa y luego sigue otro golpe sordo cuando las ruedas delanteras pisan el cuerpo.

—¡Cuidado con el perro! —grita Mamá—. ¡El perro, Howard!

El coche frena de golpe. Howard salta fuera. Corre a la parte delantera del vehículo y se arrodilla junto al cuerpo de Skittle, que yace entre el polvo, con un hilo de sangre saliéndole por la boca.

—Pobrecillo —dice Howard, negando con la cabeza—. Pobre chaval.

Uno a uno los niños bajan de la parte de atrás del coche. Lottie está llorando. Lewis está blanco y rígido.

—Han sido dos baches —le dice Martha a su madre con segundas intenciones—. Primero, uno. Poco después, otro.

—¿Está muerto? —pregunta Lewis.

—Me temo que sí —contesta Howard con ternura.

—Dos baches —repite Martha, para sí—. Primero uno y después otro.

Howard coge a Claudia de la mano. Ella ve que su marido tiene los ojos enrojecidos por las lágrimas. Mamá y Papá se acercan a la familia, que forma un círculo de pie.

—Dios mío —dice Papá, mirando el pequeño cadáver—. Qué pena.

—Al menos estas dos próximas semanas tu vida será más fácil —dice Howard, con tristeza.

—Supongo —dice Papá.

—¡Con las ganas que tenía de tenerlo! —dice Mamá—. ¡Lo dices como si fuera una molestia! ¡Pero a mí me apetecía!

Lottie rompe a llorar de nuevo.

—Bueno —dice Papá—. Si no hay nada más que hacer, tendríamos que irnos.

Howard se levanta y mira de frente a sus padres. El perro sigue en el suelo entre ellos. El cadáver confiere una finalidad a la escena, a Howard enfrentándose a la frialdad de sus padres. Es como si, con esa ofrenda de muerte, Howard estuviera liberándose de su obligación hacia ellos, liberándose de la maldición de la esterilidad de sus padres.

—Adiós —dice, abrazando primero a su padre y luego a su madre—. Hasta pronto. Adiós.

Howard y Claudia entierran a Skittle en el jardín de atrás. Coinciden en que el perro era demasiado para ellos. Coinciden en que, en este caso, han forzado la máquina. Visto todo el trabajo que da un perro, comenta Claudia, podrían haber tenido otro crío.

Luego suben a los niños al coche y parten veloces como el viento, confiando en no perder el barco.

En el tren, Thomas piensa en el dinero. Siempre ha tenido suficiente, suficiente dinero. Luego, durante un año, no ganó nada. Ahora vuelve a entrar dinero. ¿Qué es el dinero?

—Perdone, ¿está libre el asiento?

Levanta la vista. Hay una chica de pie. Quiere sentarse, pero le estorba el maletín.

—Perdone —se disculpa Thomas, colocando el maletín a sus pies.

—No pasa nada. —La chica lo perdona con extremada seriedad. Se sienta y saca fajos de papel y un ordenador portátil. Empieza a teclear a toda prisa con las uñas pintadas.

El dinero es una representación: en puridad, carece de autenticidad. Podría ser que el valor de una cosa decrezca en proporción al poder del dinero para representarla. La chica de al lado luce en el dedo anular un anillo de diamantes sobre un engarce grande de oro. El diamante vale mucho dinero. Sin embargo, tiene menos valor que prácticamente cualquier cosa. Si la chica perdiera el dedo, le afectaría mucho más que perder el diamante. Pero su dedo no vale nada.

De todos modos, una vida tan valorada y tan poco valiosa esconde ciertos peligros. Hay una vulnerabilidad que deriva de la ausencia de representación. El anillo de la chica representa el hecho de ser amada. Pero Thomas no tiene pruebas de las cosas que ha perdido. No tiene nada que mostrarse por los días que no dejaron tras de sí ningún rastro de dinero, sino que simplemente se desvanecieron, como los días de una civilización de la que no queda constancia. Mira por la ventanilla el paisaje que pasa. Se pregunta si Tonie se sintió así alguna vez; si se sentaba en este tren, hace un año, y sopesaba la vida que se había desvanecido como el humo detrás de ella, su amor y sus horas, sus emociones no celebradas. Y luego regresaba para encontrarse a Thomas en el espacio que solía ocupar ella, era como volver al hogar de la niñez y encontrar a otra gente viviendo en él. De modo que Thomas regresa a Tonie al final del día y descubre su intimidad con algo que a él ya no le pertenece. Se ha fijado en que Tonie limpia alrededor del piano con especial esmero, quita el polvo de la tapa y reajusta mínimamente las pilas ya

ordenadas de libros sobre música. Él ya no toca el piano. A veces Tonie coloca un jarrón con flores encima. Thomas las ve y se ríe. Resulta morbosamente conmovedor, como ver una tumba bien cuidada.

En el tren de la noche se queda dormido con la mejilla aplastada contra el cristal. Es septiembre, todavía hay luz. Va a pie desde la estación hasta casa. Piensa en lo que pasará cuando llegue. Normalmente por la noche Tonie se muestra muy solícita con él. Va de un lado para otro y charla animadamente. Por las mañanas está más callada, algo rígida. Es como si tuviera que inventar la historia de su amor por él de cabo a rabo a diario. Por la mañana la página está en blanco. Thomas ve cómo contempla a Alexa con ojos enrojecidos pero no obstante secos, en actitud devota y algo estridente. Tonie nunca le ha pedido que le cuente lo que hizo el día que Alexa enfermó, al igual que él nunca le ha preguntado a ella dónde estuvo esa noche. Se han intercambiado territorios, ratificado el acuerdo mediante un pacto de silencio. Tonie no volvió al trabajo, ni siquiera un día. Se vistió los sencillos hábitos de la maternidad allí mismo, en el hospital. Estaba sola cuando le dijeron que Alexa había perdido la audición del oído derecho. Tonie había mandado a Thomas a casa, a dormir, a ocuparse de las cosas, a ser hombre otra vez. Quizá hasta se había olvidado de que estuvo alguna vez allí.

A veces, por las noches, se miran con ojos que a Thomas le parecen cargados de culpa. Son miradas accidentales; sus ojos se encuentran por azar, sorprendidos, y por un instante algo nuevo se revela, una nueva separación entre los dos, como si fueran desconocidos cuyas miradas se encontrasen por primera vez. La culpa es la culpa de la experiencia, que solo los desconocidos admiten entre sí. Sin embargo, nunca acabarán de decir de qué son culpables.

Montague Street está tranquila, casi en silencio. Thomas camina por la acera con el maletín en una mano y las llaves en la otra. La calzada está cubierta de hojas caídas. El aire está en calma. No hay movimiento, no hay ruidos. El propio Thomas se ha vuelto silencioso, sus pies no pesan, ha dejado de respirar y la mano acalla las llaves. El silencio se hincha más y más, espeso y vacío. Thomas se para y espera. Por fin llega: por fin el trino de un pájaro rompiendo alegremente el silencio, gorjeando sin parar, engalanando el aire en calma con el lazo de una canción.